

213

Sergio Hernández Montiel

Image not found.

# Capítulo 1

## PRIMERA PARTE

### VÍCTOR

Despierta. Abre los ojos lentamente, con trabajo. ¿Ya es la hora de ir a trabajar? No, no está en su casa. ¿Dónde se encuentra?

—El sujeto ha despertado, repito, el sujeto ha despertado.

—Ya era hora —dice el doctor García—. Lleva dos días durmiendo. Avisen al doctor Pérez, no sabemos cómo puede reaccionar —dice el doctor Izquierdo.

Esa no es su cama, no es su habitación. De hecho, no sabe dónde está ni cómo ha llegado ahí. ¿Es acaso un sueño?, ¿sigue dormido todavía?

—Doctor Pérez —comienza el enfermero Gutiérrez—. El sujeto ha despertado.

—De acuerdo —le responde el doctor Pérez—, voy enseguida para allá, no hay tiempo que perder, no sabemos cómo puede reaccionar.

La habitación en la que se encuentra está perfectamente iluminada por lámparas halógenas. Las paredes pintadas enteramente de blanco dotan al lugar de un aspecto parecido a una celda de manicomio.

El doctor Pérez recorre los pasillos de la instalación con la máxima celeridad, a sabiendas de la importancia que tiene el sujeto que ahora obra en su poder. No es el primero, pero sí es el más especial.

Víctor no puede ver nada más en la habitación aparte de la cama donde descansaba y una mesa con un par de sillas en la esquina. Está muy desconcertado y comienza a preocuparse.

Por fin, el doctor Pérez llega a la habitación donde se encuentra el sujeto. Dando la orden al vigilante de seguridad que allí se ubica abre la puerta y entra en la sala. Allí puede verle de pie, confuso, desorientado.

En ese momento Víctor ve cómo, lo que parecía ser una parte más de la pared se abre como si fuera una puerta y, tras la sorpresa inicial, aparece un hombre joven, vestido con bata blanca y con barba afeitada portando

un bloc de notas y un bolígrafo.

—Buenos días —dice el doctor Pérez—. Me alegro de verle en tan buen estado—. Dirigiéndose hacia él le invita a sentarse en una de las sillas que flanquean la mesa y, colocándose en la de enfrente, añade —En los dos últimos días temíamos por su salud.

—¿Dónde estoy? —pregunta Víctor.

—Está usted en el centro de control de enfermedades

—¿Me sucede algo? —pregunta Víctor preocupado.

—Eso estamos investigando. ¿Se acuerda de lo que hizo hace dos días?

—No sé ni cómo he llegado aquí.

—Nosotros le trajimos, le encontramos en la calle en estado grave ¿De verdad no recuerda nada de lo que hizo hace dos días?

—No, lo último que sé es que volvía a casa del trabajo.

—¿En qué trabaja, Víctor?

—Soy contable, ¿por qué? ¿Tiene algo que ver con esto? —pregunta Víctor intrigado.

—No, nada, solo curiosidad —responde el doctor Pérez, que prosigue—. ¿Ha notado usted en los últimos días algo extraño? ¿Alguna reacción extraña de su cuerpo? No sé, lo que sea.

—No que yo sepa, ¿algo en concreto que usted sepa?

—Verá Víctor, todavía es pronto para revelar todos los detalles, lo único que le puedo contar es que le hemos hecho unas pruebas, entre ellas un análisis de sangre y un test neuronal, y hemos constatado que posee una actividad, tanto neurológica como de glóbulos blancos superior a lo normal.

—¿Y eso qué quiere decir doctor?

—No lo sabemos todavía, para eso ha de permanecer aquí en observación un tiempo y hemos de realizar más pruebas ¿Lo entiende verdad?

—Sí, por supuesto, lo que sea con tal de curarme. Una cosa, por favor debo avisar a mi novia. Debe estar muy preocupada.

—No se preocupe lo haremos nosotros.

Dicho esto el doctor Pérez se levanta y, despidiéndose de Víctor, abandona la habitación. Víctor se queda solo. Asustado y confuso se tumba en la cama y trata de descansar.

El doctor Pérez se encamina a la sala de reunión con cierta celeridad para compartir con sus colegas la información que posee. Una vez allí toma asiento, y, junto a los doctores García e Izquierdo, pone en común sus pensamientos.

—¿Cómo se encuentra el sujeto quince, doctor Pérez?

—Perfectamente doctor García, todo ha salido como esperábamos. Cree que volvía del trabajo cuando se desmayó y lo trajimos aquí, y no solo eso, me ha dicho que avisáramos a su novia para decirle que está bien.

—O sea, que la operación fue un éxito.

—Eso parece, sí.

—Entonces hemos de pasar a la fase dos, solo tenemos que observar y analizar sus habilidades —dice el doctor García.

—¿Qué tipo de habilidades creen que puede desarrollar? —pregunta el doctor Izquierdo.

—No sé, supongo que al haberle aumentado la actividad cerebral a lo mejor es capaz de influir en objetos o algo por el estilo.

—¿Estás sugiriendo que podría desarrollar telequinesia?

—¿Tan extraño te parecería? —pregunta el doctor Pérez—. Sabes que tenemos casos más asombrosos como el del sujeto diez.

—Sí, en eso tienes razón.

—¿Qué tratamiento sugiere doctor Pérez?

—Lo más adecuado es continuar con el actual. Por la noche mientras duerma le administraremos otra dosis.

—¿No será demasiado? Si aumentamos mucho su capacidad cerebral a lo mejor no sobrevive —comenta el doctor García.

—Sobrevivirá, ya hemos tenido suficientes fracasos, presiento que éste es

el definitivo. Si te fijas, cada nuevo sujeto es mejor que el anterior.

—Eso es innegable.

—Bueno caballeros, si no hay más cuestiones que tratar les emplazo a la próxima reunión pasado mañana —dice el doctor Pérez.

Dicho esto los tres doctores se levantan y abandonan la sala cada uno por su lado. El doctor Pérez se dirige a su habitación, la cual se localiza en el complejo como la de todos los trabajadores de El centro de control de enfermedades. Sin embargo, antes de llegar a ella el enfermero Díaz le detiene en el pasillo.

—Doctor Pérez, un segundo.

—¿Qué ocurre?

—El sujeto cinco está sufriendo convulsiones, señor.

—¿Qué ha sucedido?

—Mientras probábamos sus capacidades se despertó y...

—¡Se despertó! —grita el doctor Pérez—. No puede despertarse un sujeto mientras utilizamos sus habilidades. Puede echar a perder todo el experimento. Si es consciente de sus habilidades no podremos detenerlo.

—Lo sé doctor, fue un error en la anestesia.

—Me encargaré del culpable cuando todo esté solucionado.

En tan solo un momento el doctor Pérez llega a una habitación exactamente igual a la de Víctor y, allí, tras abrir la puerta, accede al lugar donde se encuentra el sujeto cinco que está siendo sujetado por dos enfermeros.

—¡Suéltenlo! —grita enfurecido el doctor Pérez—. Si su temperatura cambiase bruscamente podrían morir.

A la orden del doctor los enfermeros sueltan al sujeto cinco, y este se acurruca en el suelo. El doctor Pérez saca de su bolsillo una aguja y, tras prepararla le inyecta su contenido en el brazo al sujeto. Éste grita de dolor, y, tras unos segundos se queda dormido. El doctor Pérez comienza a dar órdenes inmediatamente.

—Subidle a la cama y acostadle. Recoged todo, que se quede como antes.

Traedme el controlador del sujeto cinco.

Media hora más tarde el doctor Pérez se encuentra al otro lado de la habitación esperando a que el sujeto despierte. Observándole a través del falso cristal de la pared. En ese momento un enfermero entra en la sala donde está el doctor, y este último le dice:

—Tome, devuelva el controlador del sujeto cinco a su sitio. Y quiero que el anestesista se persone mañana en salidas.

—Sí, señor.

Dicho esto, el doctor Pérez continúa observando al sujeto durante más de tres horas hasta que este finalmente despierta. Entonces el doctor coge su bloc de notas y un bolígrafo, y entra en la habitación.

—Buenos días —dice el doctor—. Me alegro de verle en tan buen estado. En los dos últimos días temíamos por su salud.

—¿Dónde estoy? —pregunta el sujeto.

—Esta usted en el centro de control de enfermedades. Estamos investigando ya que le encontramos tirado en la calle hace dos días. ¿Recuerda algo?

—No, lo último que recuerdo es que volvía a casa del trabajo.

—¿En qué trabaja Víctor? —interrumpe el doctor Pérez.

—Soy contable.

—Bien, verá, le voy a contar lo que va a pasar. Creemos que puede tener usted una enfermedad de la piel bastante grave por lo que debe pasar unos días en observación mientras le hacemos unas pruebas ¿Lo entiende verdad?

—Sí, solo que tengo miedo.

—Es normal, pero no se preocupe, todo va a salir bien.

—Una cosa doctor —dice Víctor.

—Quiere que avisemos a su novia ¿no es así? —interrumpe el doctor anticipándose a la pregunta de su paciente.

—Sí, si no le importa.

—En absoluto.

—Nos vamos a casar ¿sabe?

—Lo harán, no se preocupe—. Cada vez añaden algo —piensa para sus interiores el doctor mientras abandona la habitación.

Ya en la sala adyacente le dice a un enfermero —Manténgalo en observación, ya estoy harto de repetir siempre la misma historia.

El doctor Pérez se dirige a su habitación con el firme propósito de descansar un poco. El hecho de ser el máximo responsable del proyecto hace que cada avance, cada problema, cada suceso, le tenga que ser informado en el momento en que se produce. El trabajo que aquí realizan es el más importante en la historia de la ciencia sin ningún tipo de dudas, y es necesario que sea el personal más cualificado el que se encargue de realizarlo. El doctor Pérez siempre ha brillado dentro de la comunidad científica. Sus logros en materia de genética le llevaron hace siete años a quedarse a las puertas del Nobel. Sin embargo, un accidente de coche acabó con su vida hace cinco. Eso fue lo que trascendió a los medios y el mundo entero. Fue entonces cuando comenzaron a trabajar en el proyecto Víctor, y era imprescindible para el futuro del mismo que todos los implicados estuviesen oficialmente muertos para poder desarrollar su trabajo sin trabas. Lo que están haciendo no es legal en ningún país, y, aunque recibían dinero del gobierno debido a una serie de argucias y tapaderas, este no sabía de la existencia del proyecto.

El complejo donde se desarrolla el proyecto se ubica bajo tierra, enterrado a los pies de una planta de residuos, o lo que queda de ella, puesto que hace tiempo que fue abandonada y ahora no queda más que una serie de salas individuales y piscinas de basura. Están ocultos a la vista de todos. Los trabajadores involucrados, desde el doctor Pérez hasta el último enfermero, no pueden abandonar el complejo bajo ningún concepto, entre otras cosas, porque se supone que están muertos. Y en el caso de que alguien quiera hacerlo o se jubile se procede a borrarles la memoria y a dotarles de una nueva identidad en otro país. Todos asumen que entrar a trabajar aquí les supone una dedicación absoluta y un sacrificio máximo en detrimento de sus vidas. Y es que todo está calculado al milímetro, hasta esta noche.

El doctor Pérez llega finalmente a su habitación y, acostándose en su cama se dispone a dormir un rato. Su habitación es tan austera como las del resto de residentes. Lo único que destaca por encima del blanco de las paredes, es una gran cristalera situada frente a la cama tras la cual puede contemplarse un pequeño jardín artificial. Es la única nota de color, no solo en las habitaciones, también en todo el recinto, donde todas las paredes son blancas y existen normas de vestuario. Estas obligan a todos los médicos a llevar batas blancas, así como el pelo corto y la barba

afeitada. Los enfermeros sin embargo van vestidos con monos, de color blanco, por supuesto, y siguen las mismas normas en cuanto al pelo y la barba. La única nota de color en todo el complejo procede del negro de los uniformes de los encargados de la seguridad. Sin embargo, no son muchos en el centro, apenas diez, por lo que casi siempre el color blanco es el más visto por los residentes. Esta disciplina casi militar y, en alguna ocasiones fascista, es necesaria para poder llevar un perfecto control de todo y no dejar nada al azar. Todo está calculado al milímetro, hasta esta noche.

Cuando la alarma se dispara el doctor Pérez aún no ha entrado en fase REM por lo que el estruendo del sonido provoca que salte de la cama como impulsado por un muelle. La alarma es sinónimo de problemas, de alguno muy gordo. Desde que Pérez trabaja aquí, es decir, desde el principio, solo una vez sonó la alarma como esta noche, y fue un simulacro hace tres años. Obviamente el doctor se teme lo peor, que les han descubierto o que se ha escapado algún interno, o algo así. Nada más lejos de la realidad.

El doctor Pérez sale inmediatamente de la habitación, y, deteniendo a un enfermero que corre en dirección contraria a la suya le pregunta:

—¿Qué está pasando?

—No lo sé exactamente, por lo que he podido oír, ha habido un incidente con el sujeto quince.

—Bien, voy hacia allí, usted llame a todos los miembros de seguridad y cuénteles lo sucedido.

Dicho esto el doctor corre en dirección a la habitación de Víctor temiéndose lo peor. Ha sido el último en llegar y, al parecer, el más perfecto de todos. Es normal que los primeros días los sujetos experimenten cambios debido a su organismo único, pero nunca pasan de simples ataques de pánico. De camino al lugar indicado por el enfermero el doctor Pérez se cruza con dos enfermeros que corren en dirección contraria. Cuando están a su altura este les detiene y les pregunta:

—¿Qué sucede? ¿Por qué no vais a la habitación del sujeto quince?

—El sujeto ha escapado doctor, se ha vuelto loco. Todo el que se ha cruzado en su camino ha muerto.

—¿Cómo? No es posible, no tiene esas habilidades. De hecho, no debería poder usarlas todavía ¿Y los inhibidores?

—No ha dado tiempo a inyectárselos doctor.

Consternado por lo que acababa de oír, el doctor Pérez se dirige corriendo hacia el lugar de los hechos mientras escucha de fondo los gritos de los enfermeros pidiéndole que no vaya, que huya, o morirá.

## DESCUBRIMIENTOS

Despierta. Abre los ojos lentamente, con trabajo. ¿Ya es la hora de ir a trabajar? No, no está en casa ¿Dónde se encuentra? Esa no es su cama, ni su habitación. De hecho, no sabe dónde está ni cómo ha llegado allí ¿Es acaso un sueño? ¿Sigue dormido todavía? Sin embargo hay un detalle que le sobresalta sobremanera, un detalle que hace que todo esto no sea un sueño sino que lo que le está pasando es muy real. Tiene las manos manchadas de sangre, y no solo las manos, la ropa e incluso las blancas paredes de la habitación están pintadas de rojo bermellón ¿Qué es lo que ha sucedido? Pero lo más impresionante de todo es que a su lado reposan los cadáveres de dos enfermeros, decapitados ¿Quién ha hecho esto? ¿Y por qué a él no le habían hecho nada? De hecho ¿cómo había permanecido dormido mientras algo así ocurría en su habitación? Confuso, desorientado, e incluso, un poco asustado, se encamina hacia la puerta abierta de la habitación. Cuando sale, descubre otra sala más grande, igualmente destrozada pero, en este caso la situación es con mucho, peor. No solo hay sangre en abundancia repartida por toda la estancia, sino que los cuerpos de otros dos enfermeros descansan en el suelo, también decapitados. Muebles destrozados y dos monitores rotos son el resto de cosas que quedan a la vista, de no ser por el hecho de que debajo de uno de los monitores, asoman unas hojas de papel cuya presencia Víctor detecta rápidamente. Dirigiéndose a ellas las coge y ojea con curiosidad pudiendo leer lo siguiente:

Sujeto: Víctor quince

Estado: Iniciado

Tratamiento: Potenciador dos veces al día

Habilidades: Ninguna apreciada

Peligrosidad: Baja

Fecha implantación de recuerdos: 17—7—2005

Víctor lee perplejo lo que parece ser su ficha de algo que no alcanza a comprender. Datos que no entiende ni puede recordar nada lo que ahí se dice. El resto de hojas recogen sus características físicas, grupo sanguíneo y un extraño nivel de compenetración cuyo valor es ochenta y cinco. No entiende nada, pero está dispuesto a averiguar que le ha sucedido. Sin más que mirar por allí y, asqueado ante la visión de los cuerpos decapitados, abre la puerta que da al pasillo central del complejo. Antes de salir asoma la cabeza, y, con miedo, mira a uno y otro lado esperando no encontrar nada. Cuando todo parece seguro y tranquilo, Víctor sale para recalar en un pasillo igualmente decorado con sangre y algún que otro cadáver yaciendo en el suelo. Víctor se pregunta qué ha podido pasar y cómo es que sigue habiendo tantos muertos por allí. Lo único que tiene claro de momento es que ha de salir de ahí, y volver a casa donde sin duda su novia le espera preocupada. Ni siquiera sabe cuánto tiempo ha pasado allí, lo último que recuerda es que volvía a casa del trabajo.

Con estos pensamientos encamina sus pasos en dirección este. Durante varios metros lo único que puede ver son cuerpos sin vida y charcos de sangre en el suelo y paredes. Entonces aparece ante él una puerta igual a la que acaba de atravesar para salir de la sala donde despertó. Curioso, decide abrirla y entrar. Lo que ve es una sala idéntica a la que hace poco ha abandonado, con la diferencia de que esta está ordenada y sin sangre y cadáveres tirados por ahí. Un cristal se sitúa enfrente y permite a Víctor ver lo que hay al otro lado de la sala. Lo que Víctor ve es a un hombre muy similar a él sentado en una cama, pensativo. Delante del cristal hay una mesa con dos monitores a semejanza de la sala anterior, como en todas las salas, donde unas hojas descansan. Víctor las coge y ojea como hizo antes leyendo lo siguiente:

Sujeto: Víctor uno

Estado: Avanzado

Tratamiento: Observación

Habilidades: Desarrollo de la vista

Peligrosidad: Ninguna

Fecha implantación de recuerdos: 14—11—2000

Confuso por lo que acaba de leer, Víctor decide abrir la puerta y hablar con el individuo de la habitación a ver si puede sacar algo en claro de todo esto. Su sorpresa es mayúscula al descubrir que el hombre que tiene enfrente es físicamente idéntico a él, su rostro, su estatura, incluso su corte de pelo es exacto. Sin embargo, no es Víctor el único sorprendido ante este hecho asombroso, ya que el otro hombre se encuentra en su misma situación. Tras unos segundos de mutuo asombro, Víctor pregunta primero:

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Víctor ¿Puedo irme ya de aquí? Me dijeron que hoy me darían ya el alta.

—Espera ¿Te llamas Víctor igual que yo?

—Sí —responde el nuevo Víctor— ¿Te conozco? ¿Cómo es que eres igual que yo?

—No lo sé. Yo estoy tan sorprendido como tú. No sé ni dónde nos encontramos, desperté hace un rato y no entiendo cómo he llegado aquí.

—Esto es un centro de control de enfermedades, a mí me aislaron porque tenía un problema grave en los ojos, según me dijeron —dice Víctor uno— ¿Cómo has entrado en la habitación? Se supone que está cerrada.

—No lo sé, la puerta estaba abierta y en la sala contigua encontré esto.

Víctor quince le enseña a Víctor uno el informe que acaba de encontrar al lado de los monitores y este lo lee despacio.

—¿Qué es esto? ¿Habla de mí? —pregunta Víctor uno.

—Eso parece. Yo encontré uno parecido en la sala de al lado de la habitación en la que desperté.

—¿Y qué significa eso de Víctor uno? Yo me llamo Víctor a secas.

—No lo sé, en mi informe ponía Víctor quince. ¿No te parece mucha casualidad que nos llamemos igual y seamos físicamente gemelos?

—Sí, la verdad es que esto es muy sospechoso. ¿Qué crees que pasa?— pregunta Víctor uno.

—No lo sé, pero si te llaman Víctor uno y a mi Víctor quince tal vez existan más personas como nosotros en otras habitaciones.

—¿Insinúas que están experimentando con nosotros o algo así? Porque a mí esto de que nos pongan número me suena a algo de ese estilo.

—No lo sé, pero la única manera de averiguarlo es registrando todo el recinto. Además, hay otra cosa que me preocupa.

—¿De qué se trata? —pregunta Víctor uno denotando cierta preocupación en su tono de voz.

—Cuando desperté encontré sangre en las paredes y a varios enfermeros muertos. Al salir al pasillo la escena se repitió. Estaba todo lleno de sangre y cadáveres.

—Joder, ¿Qué ha pasado aquí?

—Ni idea, yo debía estar dormido o inconsciente cuando sucedió. ¿Tú no viste o escuchaste algo?

—Que va, desde aquí dentro no se puede oír nada.

—Bueno —comienza Víctor quince—. Entonces lo único que podemos hacer es salir al pasillo y buscar a alguien que nos ayude.

—Estoy de acuerdo, a mí esto me parece un sueño, un mal sueño.

—Y que lo digas —añade Víctor quince mientras ambos abandonan la habitación y salen al pasillo central.

—Yo vine por ahí —señala Víctor quince indicando el lugar del que llegó—. Lo lógico es continuar en la otra dirección, seguir el camino que empecé.

Dicho esto los dos Víctor recorren el pasillo encontrando a su paso más sangre y algún que otro cuerpo decapitado. Al rato llegan a una puerta blanca igual a las que conducen a las salas donde ellos se encontraban. La abren y entran en una sala más bien conocida por ambos ya que es exactamente igual a todas las demás. Todo es igual, incluido el informe al

lado de los monitores.

Nombre: Víctor dos

Estado: Avanzado

Tratamiento: Observación

Habilidades: Regeneración de la piel

Peligrosidad: Ninguna

Fecha implantación de recuerdos: 28—12—2000

Con el informe en la mano ambos Víctor entran en la nueva habitación donde les espera un hombre físicamente idéntico a ellos. Este se sorprende, pero tanto Víctor uno como Víctor quince se asombran menos y enseguida comienzan a hablarle:

—Antes de que digas nada —dice Víctor quince—, ¿Cómo te llamas?

—Víctor —responde el hombre.

—Joder —masculla Víctor uno—. Esto no puede ser real.

—¿Qué sucede? —pregunta Víctor dos—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Puedo irme ya? Me dijeron que podía irme hoy. ¿Por qué son idénticos a mí?

—A ver, despacio —dice Víctor quince—. Vamos a aclarar todo lo que podamos ahora antes de salir de esta habitación, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —responde Víctor uno.

—Sí, vale, solo quiero saber qué sucede —dice Víctor dos.

—A ver Víctor —dice Víctor quince dirigiéndose a Víctor dos—. Estás aquí porque dicen que tienes una enfermedad de la piel, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Víctor uno.

—En el informe dice en el apartado de habilidades que posee regeneración

de la piel.

—¿Qué informe? —pregunta Víctor dos.

Víctor uno, que lleva en la mano el informe, se lo enseña, y, mientras Víctor dos lo lee, Víctor quince le pregunta:

—¿Sabes si tienes esa habilidad de regeneración de la piel?

—No, yo nunca he notado nada.

—¿Y tú, notas algo en la vista? —le pregunta a Víctor uno—. En tu informe decía desarrollo de la vista.

—No he notado nada raro. Por cierto, ¿qué ponía en el tuyo?

—Ninguna apreciada, eso es lo que ponía.

—Joder —interrumpe Víctor dos—. Aquí tienen todos mis datos, mi altura, mi peso, grupo sanguíneo, todo.

—Sí, y me he fijado en que son los mismos que los míos en todo —añade Víctor uno—. Es como si fuésemos gemelos, clones incluso.

—¿Clones? Yo no soy clon de nadie —dice Víctor dos—. Yo tengo una vida fuera de aquí, a mí nunca me han clonado. De hecho, volvía del trabajo cuando me desmayé y me trajeron aquí.

—¿Eres contable? —pregunta Víctor quince.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—¿Y tienes una novia que se llama Susana?

—Sí, pero...

—Y apuesto a que tú me responderías lo mismo —le dice a Víctor uno.

—Joder, sí, ¿cómo es posible? ¿Qué me han hecho? —pregunta asustadísimo Víctor uno.

—Puede que el último punto de los informes nos aclare eso —dice Víctor quince.

—¿Cuál es el último punto? —pregunta Víctor dos mientras lo busca desesperado.

—Fecha de implantación de recuerdos —responde Víctor quince—. Nos han hecho algo en la cabeza, estoy seguro.

—Pero aquí dice que a mí me los implantaron en el 2000 y yo llevo aquí solo tres días, en el 2000 yo estaba en...

—En Italia donde conociste a tu novia, ¿verdad? —pregunta Víctor quince siendo consciente de la respuesta que va a obtener—. Y estoy seguro de que al que llaman Víctor uno también recuerda lo mismo.

—Sí joder, ¿qué nos han hecho?, ¿qué somos?

—Bueno —comienza Víctor quince que, de alguna manera, se ha convertido el líder de todos ellos—. Lo único que podemos hacer desde mi punto de vista es registrar hasta el último rincón de esta instalación y, si hay más como nosotros, como sugiere la numeración, liberarles y ayudarnos mutuamente a descubrir la verdad.

Tanto Víctor uno como Víctor dos asienten y reconocen que no solo es lo mejor, es lo único que pueden hacer. Una vez advierten a Víctor dos sobre lo que se va a encontrar en el pasillo, salen y continúan en dirección este.

Durante la siguiente media hora van entrando en diversas habitaciones encontrando más hombres iguales a ellos con la salvedad del número que se les atribuye en el informe. Según se encuentran a uno nuevo le cuentan todo lo que saben y parten en busca del siguiente. Víctor uno se encarga de recoger todos los informes y de llevarlos consigo por si pueden llegar a ser de alguna utilidad. Los informes encontrados son los siguientes:

Nombre: Víctor tres

Estado: Avanzado

Tratamiento: Observación

Habilidades: Memoria ilimitada

Peligrosidad: Ninguna

Fecha implantación de recuerdos: 2—3—2001

Nombre: Víctor cuatro

Estado: Avanzado

Tratamiento: Observación

Habilidades: Desarrollo del oído

Peligrosidad: Ninguna

Fecha implantación de recuerdos: 8—6—2001

Nombre: Víctor cinco

Estado: Avanzado

Tratamiento: Pruebas de habilidad

Habilidades: Cambio temperatura corporal

Peligrosidad: Baja

Fecha implantación de recuerdos: 20—9—2001

Nombre: Víctor seis

Estado: Desarrollo

Tratamiento: Pruebas de habilidad

Habilidades: Elasticidad de los huesos

Peligrosidad: Baja

Fecha implantación de recuerdos: 5—5—2002

Nombre: Víctor siete

Estado: Desarrollo

Tratamiento: Observación

Habilidades: Desarrollo del olfato

Peligrosidad: Ninguna

Fecha implantación de recuerdos: 10—10—2002

Nombre: Víctor ocho

Estado: Desarrollo

Tratamiento: Pruebas de habilidad

Habilidades: Elasticidad de los músculos

Peligrosidad: Baja

Fecha implantación de recuerdos: 3—2—2003

Nombre: Víctor nueve

Estado: Desarrollo

Tratamiento: Observación

Habilidades: Sentido del radar

Peligrosidad: Ninguna

Fecha implantación de recuerdos: 11—12—2003

Nombre: Víctor diez

Estado: Desarrollo

Tratamiento: Observación

Habilidades: Regeneración de tejidos

Peligrosidad: Ninguna

Fecha implantación de recuerdos: 5—5—2004

Nombre: Víctor once

Estado: Iniciado

Tratamiento: Observación

Habilidades: Conocimientos avanzados sin aprendizaje

Peligrosidad: Ninguna

Fecha implantación de recuerdos: 7—9—2004

Nombre: Víctor doce

Estado: Iniciado

Tratamiento: Potenciador una vez al día y regenerador dos veces al día

Habilidades: Degeneración del tejido

Peligrosidad: Ninguna

Fecha de implantación de recuerdos: 1—3—2005

Nombre: Víctor trece

Estado: Iniciado

Tratamiento: Tranquilizantes tres veces al día

Habilidades: Fuerza superior

Peligrosidad: Media

Fecha implantación de recuerdos: 3—4—2005

Nombre: Víctor catorce

Estado: Iniciado

Tratamiento: Observación

Habilidades: Ninguna

Peligrosidad: Ninguna

Fecha de implantación de recuerdos: 7—6—2005

Los quince Víctor han registrado todas las habitaciones de control en donde se encontraban ellos, y las cinco restantes que parecen ser habitaciones de descanso del personal de la planta. Lo único que queda por hacer es coger el ascensor y registrar ahora otra planta. Como son muchos para entrar, deciden separarse en dos grupos y, visto que hay dos plantas más que registrar, cada grupo buscará una. Los Víctor del uno al ocho son los primeros en ir, su destino la planta dos.



## PLAN DE EMERGENCIA

El doctor Pérez corre sin descanso desde hace un par de horas. La idea de construir el centro en una zona alejada, casi desértica, es muy buena en relación con su seguridad pero, en este momento, al doctor le parece una ocurrencia estúpida. Lleva dos horas huyendo del caos, de la masacre en la que su experimento se ha convertido, deseoso de encontrar un teléfono para dar cuenta de lo ocurrido al equipo de limpieza, y que no dejen rastro de lo sucedido, ni prueba alguna de que una vez allí se cometió semejante actividad en nombre de la ciencia.

No tarda mucho más tiempo en encontrarlo, y, cuando lo consigue, llama al jefe del equipo de limpieza no sin antes indagar en su bolsillo en busca de algunas monedas.

—¿Sí? —pregunta la voz al otro lado de la línea.

—Bermejo soy el doctor Pérez.

—Doctor Pérez, ¿cómo es que no llama desde el número del centro? ¿Cómo es que ha salido? ¿Ha ocurrido algo?

—Desde luego, ha habido una fuga. Un sujeto ha perdido el control y anda suelto por el centro.

—Un segundo doctor —Un breve paréntesis de tiempo en el que Pérez escucha como Bermejo manda a sus hombres un código rojo—. Mis hombres ya se están movilizando doctor, en cuanto cuelgue salimos para allá.

—Muy bien, ahora escuche. Es de prioridad absoluta que ningún sujeto abandone el centro, de hecho, es necesario que acaben con los quince sujetos. Deben, no obstante, permanecer los cuerpos para asegurarnos de que ninguno escapó, ¿de acuerdo?

—Sí doctor, mis hombres están suficientemente preparados para luchar contra pequeños ejércitos si fuese necesario, además triplicamos su número, no obstante, me gustaría que me aclarase cuál es nivel de

peligrosidad de los sujetos.

—Le diría que no mucha —dice Pérez —, pero en vista de lo que ha hecho el sujeto número quince les advierto de que a lo mejor no se han enfrentado nunca a nada tan peligroso. La mayoría tiene habilidades inofensivas para otra persona, pero ese sujeto quince, no sé, no detectamos nada en él, sin embargo, su gran capacidad cerebral quizá pueda llevarle a usar telequinesia o algo así, mas solo son conjeturas.

—No se preocupe doctor, le aseguro que todo esto se quedará en un susto cuando acabemos.

—No, nunca será solo un susto, no solo por la cantidad de gente que ha muerto ahí abajo, también porque se habrán echado a perder cinco años de investigación. Si tenemos que volver a empezar desde el principio...

—Bueno señor, mi equipo está preparado. Le dejo doctor, no podemos perder más tiempo.

—Desde luego Bermejo, adiós y suerte.

El doctor Pérez cuelga el teléfono y se dirige a una gasolinera que se encuentra a varios metros de allí. Sabe que el éxito del grupo de limpieza es fundamental o, no solo su carrera estará acabada, también su vida. Por si acaso piensa en lo que ha de hacer si todo falla, si algún sujeto lograra salir a la superficie y llegase a algún núcleo urbano. Ese Víctor daría cuenta a las autoridades de la existencia del complejo, y, una vez allí, descubrirían no solo los experimentos que habían estado llevando a cabo, también la existencia del sujeto cero y, probablemente, su origen. Por ese motivo, para cubrir esa posible eventualidad, Pérez tiene que ir a la base y destruir todo lo relacionado con el sujeto cero.



## EL EXPERIMENTO

Víctor uno se ha convertido, sin saberlo, en el guía de esta expedición de prisioneros. Su tarea es la de registrar la segunda planta en busca de una salida, un superviviente, o una explicación a lo que está pasando. Apenas han asimilado el hecho de ser quince personas con, no sólo el mismo nombre y recuerdos, sino también con el mismo cuerpo, la misma apariencia. Saben que, en algún lugar del complejo, debe existir algo que les explique la situación.

Después de un rato buscando llegan a la conclusión de que toda la segunda planta está dedicada a albergar habitaciones de descanso, si no contamos lo que parece ser una cafetería o comedor en el ala oeste.

Sin embargo, las cosas son distintas en la primera planta a la que han ido a investigar los Víctor numerados del nueve al quince.

En lo que respecta a la distribución del edificio no sigue una estructura normal. El centro consta de tres plantas más un piso bajo que se ubica en la superficie y que no es más que una construcción de apenas diez metros cuadrados cuyo único fin es albergar el ascensor que conduce a las plantas inferiores. Las plantas están numeradas en orden descendente, esto es, la menos profunda es la primera, y la más profunda es la tercera. Así que el grupo liderado por Víctor quince se encuentra a tan sólo una

planta del exterior.

Investigando la planta en dirección este—oeste han ido encontrando las siguientes salas: Salón recreativo, donde hay mesas de billar y televisores, dos salas enormes de laboratorio, sin nada sospechoso en su interior o, por lo menos nada que ninguno de ellos pudiese comprender. También hallaron dos despachos y una sala esterilizada donde no sabían que tipo de cosas podían hacer. Sólo queda por revisar una gran sala en cuyo cartel reza biblioteca. Es la última de todo el complejo por comprobar a no ser que sus compañeros en la segunda planta hubiesen encontrado algo.

Si bien una sala llamada biblioteca no parece que les vaya a proporcionar nada útil. Se equivocan. Lo que descubren en su interior les hace plantearse por qué llaman a ese lugar biblioteca. Realmente no hay un solo libro en su interior, tan sólo decenas de ordenadores y mesas de control conectadas a cámaras de vigilancia que observan cada rincón del centro. Los siete Víctor deciden separarse para registrar cada uno una parte de la biblioteca. Buscan en los ordenadores datos e información que pueda esclarecer algo su situación. Afortunadamente para ellos, todos los ordenadores están encendidos puesto que el personal del centro estaba trabajando con ellos cuando saltó la alarma.

Víctor quince se encarga del que parece ser el ordenador central, el principal. En la pantalla puede verse un fichero abierto con el nombre del tratamiento. En él, Víctor lee exactamente lo mismo que ya vio hace una hora en cada uno de los expedientes de los Víctor. Decide cerrar el archivo y buscar en varias carpetas alguno que tenga nombre llamativo. Encuentra multitud de programas y archivos con nombres como Protocolo de seguridad, normas internas y resultado de las pruebas. En todos ellos nunca se hace referencia al nombre de Víctor, que se refieren a ellos con el nombre de sujeto seguido de un número. Aparte de esto no descubre mucho más. Cuando está a punto de desistir en su búsqueda, un fichero llama su atención, su nombre: Tesis del doctor Pérez: Principios de la investigación. Víctor quince llama a sus compañeros los que se arremolinan en torno a él y leen todos juntos lo siguiente:

Continuación del descubrimiento de nueve de abril de 1999:

“Los experimentos que nos proponemos llevar a cabo tienen por objeto analizar y estudiar muestras aisladas del genoma original del sujeto cero. Para ello procederemos a clonarle a partir de diferentes partes de su ADN esperando conseguir clones del sujeto cero que experimenten por separado las habilidades que hemos constatado que posee dicho sujeto. El procedimiento a seguir es el siguiente: Extraeremos una muestra del genoma del sujeto cero en la instalación de Badajoz y lo traeremos aquí donde lo desarrollaremos y, aplicándole la recién descubierta técnica de aceleración del crecimiento conseguiremos tener sujetos clonados adultos

en apenas tres años. Una vez adulto el sujeto será clasificado como sujeto y un número dependiendo del orden de ingreso. Como el sujeto cero recibe el nombre de Víctor cero, el primer clon será llamado Víctor uno, y así sucesivamente. El sujeto en cuestión deberá estar convenientemente aislado en las habitaciones construidas a tal efecto donde se le administrará el tratamiento adecuado y se establecerán sus reacciones. Al sujeto se le implantarán los recuerdos base que establezco en el Protocolo de seguridad, y, a partir de ese momento, se le mantendrá totalmente aislado pudiendo verle solamente el doctor Pérez en estado consciente, ya que para que los enfermeros le traten, ha de estar el sujeto inconsciente, de manera que no lo recuerde. En el caso de que se produzca un error y el sujeto entre en contacto con algún miembro del personal, habrá que proceder a reiniciar sus recuerdos por medio del controlador habilitado a tal uso. El objetivo de este controlador es el de bloquear la memoria reciente mediante el uso del chip que se le implanta al sujeto antes de experimentar con él. Ha de limitarse en lo posible el uso de este controlador, debido a que, su uso continuado puede dañar el cerebro de forma irreparable y dejar inservible al sujeto. Mientras los sujetos permanezcan en estudio se les dirá que han sufrido un desmayo de camino al trabajo y que han de permanecer en observación. En el centro de control de enfermedades. A la semana el doctor Pérez usará la película de memoria en el paciente para que no recuerde nada cuando vuelva a despertar. La película de memoria, al contrario que el uso del controlador, nos permite hacer que el sujeto olvide lo ocurrido en la última semana sin necesidad de dañar su cerebro, sin embargo, no se muestra eficaz más allá de ese plazo, y, lo más importante, no funciona en el caso en el que el sujeto entre en contacto con otras personas o su percepción de la situación cambie.

Una vez expuesto todo esto recomiendo encarecidamente tanto a los doctores como a los enfermeros, a regirse por lo escrito en este documento, así como a acatar los siguientes documentos como ley: Protocolo de seguridad, Normas internas, Filiación de nuevo personal y Procedimiento experimental.”

El documento lo firma el doctor Pérez.

Todos los Víctor permanecen consternados tras su lectura. Algunos se quedan inmóviles, los ojos fijos en la pantalla del ordenador intentando comprender que lo que dice el documento es real, otros se llevan las manos a la cabeza buscando una cicatriz que demuestre que han sido sometidos a la implantación del chip al que el doctor Pérez hace referencia en el escrito. Obviamente la encuentran. Víctor quince comienza a pensar en su vida, dándose cuenta de que todo lo que cree haber vivido es una mentira, que nunca pasó. Víctor nueve habla a los demás:

—¿Somos clones no? Eso es lo que somos.

—Creo que no queda ninguna duda —responde Víctor trece—. Es increíble lo que está sucediendo aquí, tenemos que encontrar la salida y denunciar esto, contarle al mundo lo que aquí se ha estado haciendo.

—Pero, ¿quiénes somos? —pregunta Víctor diez—. Es decir, no existimos, en el mundo real no somos nadie, ¿cómo podríamos vivir en él?

—Mirad —comienza Víctor quince que, pese a que continua obviamente confuso y enfadado con la situación, se muestra calmado ante sus compañeros—. —Lo único seguro es que lo primero que tenemos que hacer es salir de aquí. Además, lo que hemos leído de Víctor cero, ¿quién es?, ¿de dónde ha salido? ¿Es un clon también o él es un hombre original por completo?, ¿por qué experimentan con él si es este el caso?, ¿acaso se prestó voluntario, o lo tienen prisionero? Yo quiero saber todo esto, quiero terminar de ver el puzle, tenerlo completo, porque sólo una vez que lo sepamos todo podremos decidir qué hacer o adónde ir. ¿Estáis conmigo?

Todos asienten unánimemente. Víctor doce pregunta:

—¿Pero cómo encontraremos a Víctor cero? ¿Dónde está?

A lo que Víctor quince le responde:

—Según el documento hay una instalación en Badajoz, es posible que se encuentre allí. No sé donde estamos nosotros pero una vez fuera veremos en un plano a que distancia nos encontramos de allí.

En ese mismo momento los Víctor numerados del uno al ocho entran en la biblioteca. Allí les cuentan sus compañeros todo lo que saben ahora. Después de quince minutos de explicaciones y preguntas deciden echar un vistazo al resto de documentos por si descubren más información referida a Víctor cero antes de salir en su busca, pues esto es lo que han decidido que van a hacer todos. Sin embargo, no ven más que normas internas, formas de ingresar y de abandonar el centro, tratamientos, fórmulas, etc. Nada que les ayude ahora mismo.

## LIMPIEZA

Lo primero que ve Bermejo al abrir la puerta es el hueco del ascensor. Organiza a sus hombres de forma que se distribuyan en grupos para limpiar las tres plantas. Llamam al ascensor y baja el primer grupo a la

planta tercera. Tras esperar que vuelva vacío el ascensor, otro grupo toma rumbo a la segunda planta. Por último, el grupo comandado por Bermejo y formado por diez hombres, van a la primera planta. Cualquiera que los viese pensaría que son militares, impresión que causa tanto su uniforme, como sobre todo, el armamento con el que cuentan. Cada uno de los limpiadores tiene un fusil de asalto así como una pistola de cuarenta y cinco milímetros y un cuchillo de combate. Nada debe quedar en el centro tal y como el doctor Pérez ordenó, por eso no escatiman en medidas. Según el doctor la mayoría de los sujetos no son peligrosos en absoluto, pero alguno de ellos puede entrañar algún riesgo.

Bermejo llega pronto a la primera planta. Allí divide a su grupo en dos, cinco hombres registrarán hacia el este y cinco hacia el oeste. Él va hacia el este. No les ha dado tiempo a revisar ni un par de habitaciones cuando escuchan los primeros disparos. Han encontrado a alguno de los sujetos. Bermejo y sus hombres corren hacia el oeste con las armas preparadas. En la biblioteca se forma una autentica masacre.

Cuando el grupo formado por los Víctor del uno al quince va a abandonar la habitación y, en consecuencia, el centro, son sorprendidos por un grupo de cinco soldados que no dudan en abrir fuego contra ellos al tener un mínimo contacto visual. Víctor nueve y Víctor siete reciben el impacto de las balas los primeros, muriendo en el acto. El resto reacciona rápidamente y se apartan de la puerta. Los limpiadores entran uno tras otro disparando indiscriminadamente al menor movimiento. Víctor ocho recibe un impacto en la cabeza y muere. Víctor diez tiene más suerte y solamente es herido en el brazo, pero, activando su habilidad latente de forma instintiva e involuntaria, regenera sus tejidos obteniendo el mismo resultado al que se hubiese producido si la bala hubiera pasado a un metro de distancia.

Entonces las luces se funden, estallan todas las lámparas dejando el lugar sumido en la más absoluta oscuridad. Nadie puede verle, pero Víctor quince se retuerce en el suelo y grita de dolor de forma muy ostentosa. Entonces, y sin previo aviso, uno de los limpiadores pierde la cabeza, literalmente. Esta explota espontáneamente dejándolo todo manchado de sangre y masa cerebral. Sus compañeros asustados abandonan la biblioteca y permanecen en el pasillo apuntando a la puerta a la espera de que alguno de los sujetos asome para fusilarlo en el acto. En ese mismo momento el grupo de Bermejo llega al lugar.

—¿Qué sucede? —pregunta Bermejo.

—Hemos abatido a tres de los sujetos, pero García ha muerto. No sé cómo decirlo señor pero le ha reventado literalmente la cabeza.

—Parece que uno de los sujetos es más peligroso de lo que pensábamos —dice Bermejo—. Bien, permanezcan aquí esperando a que se asomen, la

habitación no tiene más salidas ni ventanas. Es cuestión de tiempo limpiar el centro.

De repente las armas de todos los limpiadores comienzan a calentarse, hasta tal punto, que se ven obligados a dejarlas caer si no quieren quemarse las manos. En cuanto la primera de las armas cae, todos los Víctor supervivientes salen de la habitación en furiosa estampida. La confrontación es inevitable, los Víctor se enzarzan en una pelea física con sus asesinos con el único objetivo de llegar al ascensor, realmente no buscan dañar a los limpiadores, sólo luchan por su supervivencia. Ni siquiera saben quiénes son esos hombres y porqué les atacan, no les ha dado tiempo a plantearse nada, solamente a luchar. Sin embargo, los limpiadores sí luchan por matarlos a todos por lo que desenvainan sus cuchillos e hieren de forma mortal a Víctor seis, Víctor diez y Víctor cuatro. Al ver morir a sus compañeros el resto de Víctor corren en dirección al ascensor sin preocuparse de que, tanto Bermejo como varios de sus hombres han recogido las armas del suelo, ya frías, y se disponen a abrir fuego contra ellos. Las balas silban en el aire y penetran en la piel de Víctor cinco y Víctor tres precipitando su caída y posterior muerte. Aprovechándose de que el pasillo va adquiriendo forma de círculo según se recorre, esto es, que es ovalado, el resto de Víctor logran apartarse del campo de tiro de los limpiadores aunque estos inmediatamente van tras sus pasos.

Los Víctor supervivientes son muy rápidos, quizá espoleados por el miedo, y llegan pronto al ascensor. Este no está en la planta, sino que viene de abajo, sin embargo, ellos no lo han llamado. No tarda más que unos pocos segundos en llegar que a los Víctor se les hacen horas. Sus perseguidores están cerca, ya les habrían alcanzado si no tuviesen que seguirlos con la precaución propia de un soldado que trata de prevenir un posible contra ataque. El ascensor ha llegado y, cuando se abren las puertas, los Víctor ven el fin muy cerca. Diez limpiadores en su interior que, en el mismo momento de verles, levantan sus armas y abren fuego. Lógicamente sólo disparan los tres que se localizan más cerca de la puerta ya que el resto, de hacerlo, mataría a sus propios compañeros. Tanto Víctor uno como Víctor dos caen y Víctor doce es herido. Viendo caer a sus compañeros Víctor quince entra en cólera y profiere un potente grito que hace detenerse de súbito a los limpiadores que les persiguen. Entonces Víctor quince cae inconsciente en los brazos de Víctor trece que le sujeta instintivamente en cuanto le ve desplomarse. Mientras Víctor quince pierde el conocimiento los diez limpiadores del ascensor mueren instantáneamente. Sus cabezas explotan como hizo antes la de su compañero.

El interior del ascensor es ahora una fosa común en la que yacen diez limpiadores decapitados. Los Víctor pisotean sus cuerpos para entrar en su interior donde arrastran a Víctor quince y pulsan el botón que conduce a la planta baja. El espacio que queda libre en el ascensor es mínimo. Los

cinco Víctor apenas entran subidos en los diez cadáveres que ocupan todo el largo del elevador. Si hubiesen contado con las cabezas la puerta no se hubiese cerrado. Además, suben muy despacio debido al exceso de peso que soportan.

Entonces, a medio camino, un ruido les alerta, los limpiadores de la primera planta les están disparando. Asomados al hueco del ascensor un par de ellos disparan hacia arriba penetrando en el suelo del elevador e impactando los proyectiles en los cuerpos de sus compañeros muertos. No obstante, y gracias a estos peculiares escudos humanos, los Víctor llegan ilesos a la planta baja. Allí abandonan el ascensor todos menos Víctor doce que se queda sujetando la puerta.

—¿Qué haces?, vámonos de aquí cuanto antes —dice Víctor catorce.

—Nos cogerán si no les retenemos de alguna forma, voy a romper los controles del ascensor y luego atrancaremos la puerta con uno de los cadáveres —responde Víctor doce—. Intentad reanimar primero a Víctor quince o no iremos muy lejos.

Víctor doce entra en el ascensor tras atrancar la puerta con el cuerpo de uno de los limpiadores y, dando un fuerte golpe, rompe los mandos del ascensor imposibilitando su uso, sin embargo nota como comienza a marearse y, sujetándose a las paredes del ascensor, cae. Víctor once se percata y va a ayudarlo si bien esto ya no será posible. La herida provocada por el último disparo es más grave de lo que pensaba y le ha provocado la muerte. Nada más que quedan cuatro. De quince que eran. Afortunadamente para ellos Víctor quince recupera el conocimiento por lo que se disponen a alejarse todo lo que puedan del complejo. No recuerda nada de lo sucedido antes de desmayarse, pero no hay tiempo para explicaciones, ahora no, ahora su vida está en juego. Pronto han dejado atrás el centro y corren sin rumbo fijo.

EL HUEVO

El doctor Pérez espera impaciente la llegada de Bermejo para que le informe de la situación. Hace dos horas que salieron, y, durante ese tiempo, Pérez ha llegado a la nave de los limpiadores y se ha desesperado al no tener noticias. La situación es tan crítica que es normal que esté tan preocupado. Si uno de los sujetos llega a una ciudad y entra en contacto con algún organismo oficial sería el fin de todo. Del experimento y del doctor. Este ya ha pensado posibles maneras de escapar, de huir. Si Bermejo le dice que ha sucedido lo peor debería tomar el primer avión que salga para Europa, sin importar el destino exacto, y, allí, hacer uso de la cuenta que tiene en Alemania bajo una identidad falsa. En realidad es su plan de pensiones, un dinero que guardaba para cuando dejase de trabajar en el complejo.

Tras de diez minutos pensando esto, Bermejo aparece por la puerta de la habitación donde el doctor espera. Entra y cierra la puerta. Están los dos solos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta nervioso el doctor.

—Hemos eliminado a once de los sujetos, los otros cuatro han logrado escapar.

—¿Cuatro? Dios, se supone que son una unidad de élite. ¿Cómo pueden dejar escapar a cuatro sujetos? ¿Cuántos eran ustedes?, ¿no eran treinta acaso? Treinta contra quince por dios.

—No habríamos tenido problema en deshacernos de todos ellos si nos hubiese prevenido contra el más peligroso de todos.

—El más peligroso es un sujeto que tiene la habilidad de calentar los objetos cercanos a él, nada más —dice el doctor.

—Se equivoca. ¿Cómo si no explica que once de mis hombres estén muertos completamente decapitados? Uno de esos hizo reventar sus cabezas sin tan siquiera tocarles.

—No puede ser —dice el doctor—. Ninguno de ellos contaba con ese tipo de habilidad, a no ser... A no ser que el sujeto quince sea de quien me habla, pero no había desarrollado ningún poder, estaba recién iniciado.

—Pues parece que ya ha despertado doctor.

—Esa habilidad le convierte en el más peligroso de todos los que pisan este planeta, ¡es un arma viviente!, y lo peor de todo es que no debe ni ser capaz de controlarlo, cualquiera que esté con él corre serio peligro. Aún recuerdo el alcance tan terrible de la última vez que presencié tal

poder, fue terrible.

—Yo lo siento doctor —dice Bermejo—. Pero no voy a poner en peligro ni mi vida ni la de mis hombres para capturar a ese sujeto.

—No se preocupe, ha hecho todo lo que ha podido, esto es el fin, todo se ha perdido, alguien encontrará a los sujetos y todo nuestro trabajo desaparecerá. En este momento pueden estar en cualquier parte.

—Bueno, doctor, es posible que sepa adonde se dirigen si mis sospechas son ciertas. Una vez huyeron, y mientras mis hombres reparaban el ascensor que, por cierto, es la única salida de ese maldito lugar. ¿Cómo se les ocurrió semejante idea? Tantas medidas de seguridad y protocolo y el centro entero no cuenta más que con una entrada, que es a la vez la salida, ni una salida de emergencia, ¿por qué?, ¿y si el ascensor se estropea?

—Bermejo, la idea es que nadie debe entrar y salir de allí mas que en contadas ocasiones, si se estropea lo arreglamos. Pero bueno, vaya al grano, que se ha desviado sin intención del tema principal. ¿Dónde cree que han ido?

—Al Huevo doctor. Como le decía, mientras mis hombres arreglaban el ascensor revisamos todos los lugares en los que pudieran haber entrado los sujetos. Parece ser que estaban todos juntos en la biblioteca cuando mis hombres los encontraron. Revisamos los ordenadores para ver a que ficheros habían tenido acceso, y, descubrimos que en la pantalla del ordenador principal había un plano de la zona donde se esconde el Huevo. Vimos que habían abierto ficheros donde usted detallaba el propósito de los experimentos y nombraba al sujeto cero. En mi opinión, han ido al huevo a liberar al sujeto cero.

—Bien —dice Pérez—. Entonces las cosas no están tan mal como creía.

—¿Por qué dice esto doctor? Si descubren al sujeto cero será el fin.

—Desde luego, la humanidad entera correrá un gran peligro. Pero eso nos da la posibilidad de atraparlos allí. Puede que el sujeto quince sea tan poderoso como dices pero allí tenemos a más de cien hombres armados vigilando. Jamás podrán entrar. Son nuestros. Tú quédate aquí, Bermejo, no puedes hacer nada más, yo iré al Huevo ahora mismo para asegurarme de que nada sale mal.

—De acuerdo doctor. Yo daré permiso a mis hombres para irse a casa y mañana enterraremos al resto. Por la discreción no se preocupe doctor, no dirán nada, ya han tomado el inhibidor. Además, hemos sacado los cuerpos de los doctores y enfermeros muertos allí abajo y los hemos incinerado. Bueno, realmente lo están haciendo mis hombres mientras

usted y yo hablamos, así como limpiar toda la sangre de las paredes y destruir toda la información que pueda revelar algo de lo que allí se hacía.

—Excelente trabajo Bermejo, discúlpame por precipitarme antes al hacer un juicio sobre usted y sus hombres, sin duda han realizado el mejor trabajo que era posible, dadas las circunstancias. Si todo esto termina bien promoveré su ascenso, ocupará el más alto cargo de seguridad dentro del Huevo.

—Gracias señor —dice Bermejo.

—Muy bien, ahora debo irme, el Huevo no está muy lejos del complejo, quizá a cinco horas andando si no han encontrado ningún vehículo, así que no he de perder más tiempo.

Sin decir nada más, el doctor Pérez abandona la habitación y se dirige al garaje de donde coge el coche que hace una hora le han traído. Arranca el vehículo y abandona el lugar rumbo al Huevo.

## REFLEXIONES

Llevan dos horas caminando sin parar. Cansados, Víctor once propone a sus compañeros tomarse un respiro y descansar quince minutos.

—Esto es un puto desierto —dice Víctor once—. Llevamos dos horas

caminando y no hemos encontrado nada, nada de nada.

—Desde luego construyeron el laboratorio lejos de cualquier cosa —dice Víctor trece—. De todas maneras y según los planos que vimos, si seguimos hacia el este tenemos que llegar al lugar donde tienen a Víctor cero.

—¿Por qué creéis que le tienen a él solo en otro lugar? —pregunta Víctor catorce.

—Supongo que es porque tal vez él sea el primer clon o algo así —responde Víctor quince—. Lo único seguro es que allí obtendremos más respuestas.

—Espero que todas —dice Víctor once—. Quiero saber por qué tenemos todos estos recuerdos del trabajo, de la novia, ¿serán de Víctor cero? ¿Será su vida? Decía el informe que nos los implantaron, pero ¿serían de alguien antes?

—Es posible. Lo único seguro es que no es nuestra vida la que recordamos. Es como si nunca hubiéramos existido realmente —suspira Víctor catorce.

—De hecho no lo hemos hecho —dice Víctor trece—. El mayor de entre nosotros no hace ni cinco años que vino a la vida. Somos adultos pero como si fuésemos niños, no hemos vivido nada pero nos parece que sí al implantarnos todos esos recuerdos.

—Yo me pregunto entonces —dice Víctor quince—. ¿Y si nunca hubiésemos descubierto que somos clones y que nos implantaron estos recuerdos? Si hubiésemos seguido viviendo normalmente, ¿acaso no sería tan real nuestra vida como la del resto del mundo que ha nacido y crecido?, ¿qué es entonces la vida?, ¿una sucesión de recuerdos?, ¿y el tiempo? Hace nada que yo existo y, sin embargo, me acuerdo de cosas que hice hace diez años, que creí haber hecho, claro, pero esos recuerdos están ahí y la percepción del tiempo también.

El silencio se apodera de todos los Víctor que no saben qué responder.

—Hace diez años estuve en Praga, bueno, estuvimos todos nosotros —dice Víctor once.

—Claro, ¿quién dice que eso no pasó, que no es real? Todos recordamos haberlo vivido, haber oído las flores del jardín del hotel y habernos puestos malos tras comernos ese filete —dice Víctor catorce.

—Cierto —responde Víctor trece—. ¿Quién decide que es real y que no lo es? Lo cierto es que quien nos diese recuerdos tan elaborados y precisos

es un genio.

—Bueno, creo que ya hemos descansado bastante. Continuemos el viaje si queremos llegar antes de que anochezca —dice Víctor quince.

Y dicho esto retoman el camino. Cae la noche cuando los Víctor alcanzan a ver el edificio conocido como el Huevo. El nombre hace justicia al complejo, sin duda. Durante todo el trayecto han cruzado varias carreteras, pero nunca ha parado coche alguno para recogerles. Sin embargo, no han visto casas o pueblos en todo el camino. Ahora se encuentran a apenas un kilómetro del Huevo y, desde su posición, pueden observar que no les será nada fácil entrar, ya que decenas de guardias vigilan el perímetro cercano.

—¿Cómo coño vamos a entrar ahí? —pregunta Víctor catorce.

—¿No puedes usar tus habilidades para entrar Víctor quince? —pregunta Víctor trece.

—¿Qué habilidades? No tengo ninguna, eso es lo que ponía en mi informe.

—¿Qué dices? Pero si les hiciste explotar las cabezas a todos esos guardias —dice Víctor once.

—¿Qué? ¿Explotar las cabezas? Nunca pasó tal cosa, no recuerdo nada de eso.

—Es verdad, Víctor quince se desmayó justo cuando reventaron las cabezas de los guardias del ascensor, quizá por eso no se acuerda, debe ser algún tipo de amnesia— dice Víctor catorce.

—Claro, ahora entiendo lo de los cuerpos decapitados tirados en el suelo a lo largo de toda la tercera planta —razona Víctor trece—. Conseguiste librarte de tu encierro matando a los enfermeros y saliste al pasillo central donde nos rescataste a todos nosotros.

—No recuerdo hacer tal cosa, además cuando desperté yo estaba tirado en la habitación y no fuera, y al salir lo vi todo.

—No sé cómo pasó, quizá volviste a la habitación y allí te desmayaste. El caso es que sí hiciste tu eso, cosa que ahora me parece evidente. Demostraste más poder que contra los guardias y, sobre todo, más control de ti mismo ya que no pudiste caer desmayado hasta mucho rato después —dice Víctor catorce.

—Vale, fui yo, me lo creo, ya no hay nada que no me crea hoy después de todo. De todas maneras no sé cómo usar esas habilidades, siempre ha

sido algo inconsciente.

—Por lo menos en el caso de los soldados a los que nos enfrentamos parece que usaste tu habilidad al sentirte en peligro —dice Víctor once.

—¿Y qué sugieres?, ¿que nos lancemos contra todos esos guardias a ver si, con suerte, se manifiestan mis habilidades? —pregunta Víctor quince.

—Si se te ocurre algo mejor.

—Yo creo que lo mejor que podemos hacer es tratar de encontrar una entrada y dirigirnos allí lo más rápidamente posible —dice Víctor trece—. Lo que es obvio es que necesitamos tus habilidades para defendernos, es la única manera de que cuatro personas entren en un edificio vigilado por al menos veinte, que pueda ver desde aquí.

—Está bien, no tenemos nada que perder, ¿no? Echémosle un par de huevos —dice Víctor quince.

Con este plan suicida en mente los cuatro Víctor rodean el edificio desde lejos esperando encontrar una entrada con poca vigilancia. Tras un primer vistazo ven una puerta por la que cada cinco minutos aparece un guardia y otro que está fuera entra al Huevo. Hay solamente cinco fuera, por lo que parece la opción más factible después de todo.

Los cuatro Víctor corren con todas sus fuerzas hacia la entrada y, a doscientos metros de los guardias, son vistos por estos. Hay que decir que el huevo se ubica enclavado bajo una pequeña elevación rodeado de vegetación a unos trescientos metros. Aprovechando la oscuridad de la noche los cuatro sujetos lograron apartarse del campo de visión de los guardias hasta los doscientos metros antes citados.

Entonces uno de los guardias grita a sus compañeros alertándoles de la presencia de los intrusos y, cogiendo la radio, da el aviso al resto de guardias del complejo. Los cinco que allí se encuentran guardando y protegiendo la entrada, que realmente es una de las cuatro con las que cuenta el Huevo, en este caso la entrada este, levantan sus fusiles y comienzan a disparar contra los asaltantes.

Consiguen alcanzar a Víctor trece en la pierna derribándole al instante, pero el resto sigue avanzando hacia lo que parece ser un suicidio. Víctor once también cae, esta vez muerto, ya que una bala lo alcanza directamente en el corazón. Víctor quince lo ve y se tropieza, cayendo al duro suelo mientras pierde el conocimiento.



## EL COMIENZO

El doctor acaba de abandonar la sala. Víctor se siente confuso y, sobre todo, asustado. El doctor acaba de decirle que cuando volvía del trabajo ha sufrido un desmayo y que, probablemente, se deba a una enfermedad que puede tener. Por eso el doctor le ha dicho que lo mejor es que permanezca en observación aquí, en el centro de control de enfermedades. A Víctor la situación le supera, que te digan eso de repente y te encierren en una habitación como en la que se encuentra asusta a cualquiera. De todas maneras, Víctor piensa que lo mejor que puede hacer ahora es tumbarse en la cama y esperar a que vuelva el doctor con novedades.

Durante media hora ni un solo ruido perturba el silencio de la estancia. Víctor, cansado de esperar en la cama, se levanta y pasea de una esquina a otra de la habitación. De repente, se detiene. Un fuerte dolor de cabeza se apodera de él. Se lleva las manos a la sien y cae al suelo de rodillas en clara postura de sufrimiento. Segundos después, pierde la consciencia.

Se levanta de nuevo, pero ya no parece la misma persona, está en una especie de estado de trance. Sus ojos, totalmente en blanco, denotan que algo malo le está sucediendo. En ese momento dos enfermeros entran en la habitación y se apresuran a sujetarlo. Uno de ellos grita algo acerca de un estabilizador, que le traigan un estabilizador. Y ya no dice nada más. Tanto su cabeza como la de sus compañeros explotan al unísono llenando la habitación de sangre y restos de masa cerebral. Víctor, en estado de trance, camina hacia la puerta y abandona la estancia yendo a parar a otra más pequeña en la que no hay mucho más que dos ordenadores. La puerta que da al pasillo se abre, y de ella surge un enfermero que le ve y grita algo a sus compañeros, que no deben estar muy lejos. Entonces, su cabeza revienta también. Todo se tiñe de rojo sangre salpicando incluso a Víctor, cuyas ropas y manos adquieren un color bermellón penetrante. Una alarma comienza a sonar. Suena muy fuerte. Las luces que están colocadas en el techo de las habitaciones y el pasillo central comienzan a

emitir un brillo rojizo.

Víctor abandona la sala y accede al pasillo central. Este, circular en su estructura, presenta dos opciones por las que continuar, este y oeste. Por ambas se acercan hacia Víctor enfermeros corriendo con la esperanza de detenerle. No lo consiguen. Todos son brutalmente decapitados a unos pocos metros del sujeto. Aproximadamente ocho cuerpos tirados en el suelo que ofrecen una macabra estampa. A lo lejos, Víctor ve venir al doctor Pérez que se detiene a unos veinte metros de él. A él no le sucede nada. No le revienta la cabeza. Intercambian miradas por un instante y, entonces, el doctor Pérez corre hacia Víctor. Detrás de él cinco enfermeros, el mismo número que viene desde el otro lado del pasillo. Los diez enfermeros se precipitan sobre Víctor y, agarrándole de piernas y brazos, lo inmovilizan mientras el doctor Pérez prepara lo que parece ser una inyección.

Cuando la tiene lista y alza la vista, lo único que puede hacer es esbozar una mueca de profundo terror al contemplar al sujeto quince de pie, rodeado de diez cadáveres decapitados. El doctor Pérez es consciente en ese instante de que, posiblemente, morirá. Pero también sabe que si no logra detenerlo nadie lo hará, y no sólo el proyecto desaparecerá sin dejar rastro, sino que el mundo entero podría estar en serio peligro. Armándose de valor, se coloca al lado de Víctor quince y le inyecta el contenido de la aguja. El sujeto no hace nada para impedirlo puesto que se encuentra en una especie de trance hipnótico. Sin embargo, al notar como el líquido penetra en su cuerpo reacciona, y, enfurecido, golpea al doctor derribándolo. Pérez reacciona enseguida y, levantándose, corre en dirección contraria a Víctor buscando la salida, luchando por su propia supervivencia. Si, aunque fuera solamente una vez, hubiese mirado hacía atrás mientras emprendía su escape, habría visto a Víctor tambaleándose por efecto del suero, y muy débil. Pero no lo hizo pensando que el suero no había tenido ningún resultado en él.

Mientras el doctor Pérez escapa, Víctor, visiblemente mareado busca algo a lo que sujetarse, a lo que agarrarse para no caer al suelo. Sosteniéndose en la pared y, sin darse cuenta, encamina sus pasos a la habitación en la que despertó hace menos de una hora. A trompicones, y, sin saber por dónde camina, consigue llegar hasta lo que parece una cama, y, tumbándose en ella, termina por perder el conocimiento.

## BUSCANDO A VÍCTOR CERO

Víctor quince despierta. Se descubre en un largo pasillo metálico. A su lado está Víctor catorce. No sabe dónde se encuentra ni cómo ha llegado hasta allí, no obstante, recuerda que llegaron al Huevo, él y Víctor once, trece y catorce. Recuerda que se lanzaron como locos en dirección a una

puerta, y que los guardias comenzaron a dispararles. Entonces se cayó, y nada, ya no consigue nada más.

Víctor catorce, que está vigilando el pasillo a pocos metros de él, no se ha dado cuenta de que su compañero ha despertado. Víctor quince recuerda la caída por lo que se toca por todo el cuerpo en busca de una herida de bala, pero no la localiza, no le dieron, simplemente se tropezó y perdió el conocimiento. Pero, ¿cómo entonces ha llegado hasta allí?, y ¿qué pasó con los guardias y sus dos compañeros a los que no puede ver ahora? Levantándose, se dirige a donde está Víctor catorce, que se ha percatado de su vuelta al mundo real, y le pregunta:

—¿Dónde estamos?, ¿qué ha pasado?

—Estamos dentro del Huevo. Exactamente tras la entrada sur. Lo que ha pasado es que les has dado una buena paliza. ¿No te acuerdas de nada?

—No, de nada, lo último es que caí al suelo.

—Sí, pero luego te levantaste y las cabezas de los guardias reventaron, si bien vinieron más.

—¿Y los demás?

—Víctor once murió nada más lanzarnos contra ellos, lo acribillaron el primero. En cuanto a Víctor trece, bien, no sé dónde está, ha desaparecido. Cuando nos rodearon en la garita cayó por una especie de agujero trampilla. No le he vuelto a ver desde entonces.

—Entonces, ¿cómo está la situación? Hazme un resumen, por favor.

—Bien, como ya te he dicho, Víctor once ha muerto y Víctor trece ha desaparecido. Por lo que sé, no quedan más guardias en el exterior, creo que están todos muertos o al menos los que se cruzaron en nuestro camino. No creo que encontremos ninguno dentro puesto que llevamos aquí quince minutos y no ha venido nadie. Ahora estamos junto a la entrada sur, no he podido ir más lejos ya que al entrar te has desmayado y no podía dejarte solo o cargar contigo. Estimo que llevas unos quince minutos inconsciente.

—Bien, debemos continuar e investigar todo lo que aquí encontremos, aunque nuestra prioridad debe ser encontrar a Víctor cero. En cuanto a Víctor trece, esperemos que esté vivo y lo encontremos, pero hemos de pensar que ha muerto, ¿no crees?

—Cierto. Bien, vamos —dice Víctor catorce.

Los dos Víctor caminan juntos siguiendo el pasillo hasta que llegan a una intersección en la que nacen tres pasillos más. Los pasillos a los que conducen son muy largos, no permitiendo ver lo que hay al fondo de cada uno.

—¿Y ahora que hacemos? ¿Por cuál vamos? —pregunta Víctor catorce.

—Elige tú el camino que prefieras, creo que no hay que comerse mucho el coco, cualquiera servirá. No conocemos este lugar así que no nos queda más remedio que probar la técnica de ensayo y error.

Tras decidirse por el de la izquierda, prosiguen su camino hasta llegar a otra intersección idéntica a la anterior.

—Joder —dice Víctor catorce—. Esto parece un laberinto. Como todos los pasillos sean así no encontraremos nunca nada, acabaremos por perdernos. Parecemos ratas de laboratorio.

—No desesperes —le dice Víctor quince mientras mira alrededor y ve un plano pegado a la pared—. Mira esto Víctor catorce.

—¿Qué es?

Ambos se acercan a la pared donde está pegado el plano y comprueban con satisfacción que se trata de un plano del edificio, del Huevo. El letrero que preside el mismo reza: "Sistema de evacuación de emergencia". Sin embargo, en el plano, detallado al milímetro, no aparece ningún nombre o escritura de algún tipo, simplemente multitud de habitaciones y plantas coloreadas de diferente manera por lo que creen los Víctor que es el orden de evacuación o emergencia de cada zona, o eso piensan ellos.

—Este plano nos viene muy bien para no dar vueltas sin sentido —dice Víctor catorce con alivio.

—Voy a arrancarlo de la pared —dice Víctor quince—. El problema es que no sabemos dónde estamos, alguna vuelta tendremos que dar para ubicarnos.

Víctor quince arranca el plano y ambos lo ojean con curiosidad.

—Parece que los pasillos de cada entrada son idénticos y llevan a intersecciones como la que hemos pasado, aunque luego dan a habitaciones diferentes.

—Cierto, pero si este plano respeta la ubicación de las puertas sabemos donde estamos exactamente —dice Víctor quince.

—Claro, ya que hemos accedido por la entrada sur, luego debemos estar aquí al haber tomado el pasillo izquierdo después —afirma Víctor catorce señalando en el plano a lo que se refiere—. Entonces si cogemos ahora el pasillo derecho, llegaremos a esta habitación en la que se supone que debe haber unas escaleras.

—Eso es, además parece que la segunda planta es más fácil de seguir. De orientarse me refiero. No hay largos pasillos como en esta, son habitaciones interconectadas entre sí.

—Sí —dice Víctor quince—. Fíjate en esta habitación en la tercera planta, juraría que ahí debe haber algo importante, si no se trata de Víctor cero a juzgar por el tamaño de la misma. De hecho, diría que parece la habitación más grande de todo el complejo. Si bien no son más que conjeturas, vayamos allí cuanto antes y ya lo descubriremos. Pensar en ello ahora no nos llevará a nada

—Tienes razón —afirma Víctor catorce.

Siguiendo el plano llegan a la habitación, donde, efectivamente, están las escaleras. Suben a la segunda planta, pero deciden pasarla de largo e ir a la tercera directamente donde creen que puede estar Víctor cero. Durante todo el trayecto no se cruzan con nadie ni oyen ruido alguno, lo que por un lado les tranquiliza y por otro preocupa, ya que algo que han encubierto tanto y con tanto esfuerzo, y a lo que han dedicado semejante personal de seguridad, es poco probable que de repente se quede desguarnecido. Y es verdad. Lo que no saben los Víctor es que la impresionante demostración de Víctor quince había llevado a los responsables del proyecto a pensar que ya nada podían hacer contra ellos y, en otra parte de la instalación, el doctor Pérez se apresura en destruir cualquier prueba incriminatoria.

Todos los esfuerzos dedicados al proyecto. Los cinco años de experimentos más los dos previos de trabajo con la muestra están siendo destruidos. Todos los documentos, todos los ficheros de ordenador, todas las muestras y resultados de laboratorio, el doctor Pérez está acabando con todo. Quizá si no quedaba prueba alguna podría huir a Europa como pensó anteriormente y empezar una nueva vida. Afortunadamente y, como Bermejo le contó, los limpiadores se encargaron de destruir todas las pruebas del centro de control de enfermedades, como él lo llamaba delante de los sujetos. Lo que sin duda es el mayor descubrimiento en la historia de la humanidad, y podría haber sido mucho más, en apenas unos minutos iba a dejar de existir.

El Nobel incluso con el que Pérez llevaba soñando toda su vida, el deseo de quedar en los libros de historia como el descubridor más brillante y el mayor genio científico de todos los tiempos. Ah, pero eso ya no es nada, ya nunca conseguiría eso. Y todo por culpa de un sujeto descontrolado, de

un sujeto imperfecto.

Pensando en todas estas cosas el doctor Pérez termina de destruir cualquier evidencia que revele lo sucedido en los últimos años. Es como si el proyecto jamás hubiera existido, excepto por un detalle que ahora se disponía a solucionar. Víctor cero tenía que ser destruido. Con él todo quedaría tapado. El único pero serían esos sujetos que han quedado libres y que no han podido controlar. Seguramente denunciarían todo, pero nadie les creería, no habría ninguna prueba. Con el centro de control de enfermedades limpio y vacío de información, y los cadáveres de todo su personal incinerados por Bermejo hace dos horas nada quedaba para probarlo. Solamente quedarían los dos edificios vacíos que nunca nadie relacionaría ni sabría para que han sido construidos. Todo estaba atado y bien atado. Tomarían a los clones por locos o les harían análisis y descubrirían sus habilidades y los encerrarían para siempre debido a su elevada peligrosidad. Pero, aunque todo saliese bien finalmente, al doctor le dolía mucho poner fin a todo ello. Pensar en la cantidad de dinero que había invertido en el proyecto. Millones de euros. Ah, pero había un fallo. ¿Cómo no había reparado en él? Los cadáveres de decenas de guardias se encontraban en el exterior del edificio, decapitados todos. Desde luego eso provocaría una investigación acerca del Huevo, y, pese a que no llegasen a descubrir nunca el experimento, a lo mejor podían inculpar a Pérez de todo ello y acabaría sus días en la cárcel. Que fallo tan flagrante. Pero ya no puede hacer nada para remediarlo. Todo terminó, o casi.

De todas maneras tenía que eliminar a Víctor cero y, pensando en esto, el doctor Pérez se encamina a la tercera planta en donde el proyecto original se ubica.

Los dos Víctor supervivientes llegan a la tercera planta primero, no obstante. Ante ellos, un largo pasillo se vislumbra con salas a ambos lados. Registran todas, pero no descubren nada. Hasta que llegan a la última puerta. Tras esta, unas escaleras únicamente de subida con un ascensor a su lado y otra puerta. La abren y llegan a un inmenso laboratorio de proporciones gigantescas. Bajan unas escalerillas y observan todo lo que hay. Probetas, pilas, pero ningún documento, ningún ordenador. En realidad no hay nada útil en toda la sala con la excepción de lo que ven al llegar al centro de la misma: Víctor cero. Se encuentra dentro de un tubo de proporciones considerables. Un humano como ellos, idéntico físicamente, sujeto con arneses y respirando por una mascarilla debido a que todo el tubo está lleno de un líquido verde que parece sumirlo en un estado de sueño permanente. Al fin han encontrado a Víctor cero.

Mientras se recrean en la visión de semejante descubrimiento, escuchan como una puerta se abre detrás de ellos.



## MATANZA EN EL EXTERIOR

El duro contacto con el suelo le hace perder el conocimiento a Víctor quince. Víctor catorce es el único que queda ya en pie, sin embargo, Víctor quince se levanta en el acto y, mirando a los guardias con los ojos en blanco, provoca que sus cabezas estallen al unísono creando una dantesca imagen de sangre y trozos de cerebro. Por ahora están a salvo. Víctor catorce le dice algo a Víctor quince pero este no parece poder escucharle, está en trance. Entonces se preocupa por Víctor trece al que hace un momento hirieron en la pierna.

—¿Cómo estás?, ¿puedes moverte?

—No lo creo, tengo la bala todavía dentro de la pierna. No puedo moverla.

—No creo que tarden mucho en venir más guardias, tenemos que movernos. Víctor quince está en trance otra vez, supongo que si llegan más guardias podría matarlos con facilidad pero no podemos arriesgarnos.

—Yo lo siento pero no puedo ni levantarme.

—No te preocupes, yo te ayudo, agárrate a mí.

—No, déjalo. Sólo os retrasaría. Nos cogerán a todos. Si me quedo aquí, al menos vosotros tendríais la posibilidad de salvaros.

—Está bien, no voy a insistir más. Es tu decisión. Nos vamos.

Y dicho esto, y con gran pesar, Víctor catorce echa a correr en dirección a la puerta y Víctor quince le sigue a paso más lento. Desgraciadamente para ellos, cuando llegan a la puerta se encuentran esta cerrada a cal y canto. Quizá cada cambio de turno la cierran, de ser así no podrían entrar al Huevo jamás, no con unas medidas de seguridad como esas. Mientras Víctor catorce hace este desafortunado descubrimiento, otro grupo de cinco guardias corren hacia ellos. Aún están lejos, pero el verdadero peligro lo suponen las balas que ya han comenzado a disparar. Víctor catorce corre con todas sus fuerzas en dirección este y, esta vez sí, Víctor quince le sigue al mismo ritmo, si bien en ningún momento deja de estar bajo el estado de trance.

Afortunadamente para los Víctor, logran ponerse fuera de vista de sus perseguidores doblando una esquina tras la cual alcanzan a ver una garita a la que Víctor catorce se dirige con la esperanza de encontrar allí refugio, o, al menos, una salida. Víctor quince le sigue.

Mientras tanto Víctor trece continúa tirado en el suelo y, haciendo caso de su instinto, se hace el muerto con la intención de que los guardias no se detengan a comprobar si está realmente muerto. Así es, haciendo caso omiso de los dos clones que se encuentran allí tirados en el suelo, los guardias pasan de largo con la única intención de perseguir a los que creen únicos Víctor supervivientes. En cuanto desaparecen del campo de visión de Víctor trece, este hace un esfuerzo por levantarse, pero no lo consigue. Quizá muera allí después de todo.

Ya dentro de la garita Víctor catorce descubre con horror que están atrapados. Lo único que allí hay son cuatro paredes y un par de ventanas por las que vigilar el exterior. Si los guardias registran el lugar no tendrán escapatoria, a no ser que Víctor quince hiciese uso de sus habilidades. Pero es tan impredecible. Nunca saben cuándo va a hacer uso de ellas, lo único seguro es que siempre que había hecho demostración de su poder se encontraba en esa especie de estado de trance. Es a lo único a lo que Víctor catorce puede apelar en estos momentos.

Pese a que teme una llegada inmediata de los guardias, estos no llegan. Y ya han pasado al menos cinco minutos. O eso cree Víctor catorce ya que medir el tiempo en ese tipo de situaciones es hartamente complicado, los segundos se convierten en minutos, y los minutos en horas. Quizá hayan

pasado de la garita por considerarla un escondite demasiado obvio o quizá pensando que en su interior debía haber algún guardia. Quizá estén fuera reagrupándose para atacarles todos juntos y no dejarles opción o tal vez estén dentro del Huevo atrincherados para impedir por todos los medios que logren entrar. Víctor catorce no puede saberlo, pero todas estas variables pasan por su cabeza. Entonces alguien aparece por la puerta, pero Víctor catorce se da cuenta de que no corren peligro ya que la persona que acaba de entrar en la garita no es otra que Víctor trece.

—Me alegro de que estés bien —le dice Víctor catorce visiblemente sorprendido de ver caminar a su compañero—. Pero, ¿cómo puedes caminar?

—No lo sé, aunque me duele la pierna siento que no está tan débil como debería. Creo que puede ser debido a la habilidad que, según mi informe, poseo.

—¿Y cuál es?

—Fuerza aumentada. Es la única explicación que se me ocurre. Que posea más fuerza de la normal en la pierna y por eso ha aguantado mejor el impacto.

—Es posible. Dime una cosa, ¿has visto guardias en el exterior?

—No, ahora no me seguía ninguno.

—Bien, quizá sea el momento de salir y buscar otra entrada —dice Víctor catorce.

Pero, en ese mismo instante, un grupo de doce guardias aparece a lo lejos y ven al grupo de Víctor dentro de la garita a través de una de las ventanas. Estos se quedan en el interior esperando el milagro, pues es lo único que puede salvarles en una situación semejante. En un momento un montón de guardias se encuentran apostados en las puertas y ventanas apuntándoles con sus armas, sin embargo, no disparan.

—No disparen, tenemos ordenes de cogerles con vida.

Los guardias les apuntan desde tres ángulos y los Víctor esperan, nadie hace nada. Entonces un guardia situado en la entrada dispara asustado ya que, de repente, una de las grandes baldosas que cubren el suelo se desprende haciendo caer a Víctor trece a algún lugar desconocido debajo de la garita. El disparo del guardia alarmado no alcanza a ninguno de los Víctor que quedan, que, sorprendidos, no imaginan que ha podido suceder a su compañero, ni por qué hasta ahora no se había activado la trampa que se lo ha llevado. Entonces ocurre lo inevitable. Las cabezas de los cuatro guardias que se sitúan tras una de las ventanas estallan y, Víctor

catorce aprovecha el momento para saltar por ella. Afortunadamente para él están desprovistas de cristales. Víctor quince, absorto, lo sigue. Quizá podían haberse dejado caer por el agujero que se tragó a su compañero, pero no es seguro que allí donde cayesen fuesen a estar a salvo.

Una vez fuera de la garita corren hacia el este donde ven que más guardias salen por una puerta del interior del Huevo. Es su oportunidad de entrar. Los guardias que quedan en el exterior de la garita les persiguen. Pronto se encuentran rodeados, pero los Víctor no dejan de correr ya que todos los guardias en un radio de quince metros a su alrededor son decapitados uno tras otro. El resto, los que se encuentran más lejos, conocen la muerte gracias al cruce de balas con sus compañeros.

Cuando los Víctor llegan a la puerta no queda ni un solo guardia en pie. Decenas de cuerpos esparcidos por el suelo en un vano intento de detener a los clones. Víctor catorce abre la puerta y entran al Huevo. Nada más acceder al complejo Víctor quince cae inconsciente de nuevo por culpa de la excesiva fatiga ocasionada por el uso masivo de sus habilidades.



## EXPLICACIONES

La persona que acaba de entrar por la puerta no es otra que Víctor trece. Cuando los dos Víctor le ven van hacia él y le preguntan:

—¿Estás bien? ¿Dónde caíste?

—Sí, estoy bien. Como te dije mi pierna es más fuerte de lo que debiera ser, puedo caminar sin problemas. En cuanto a donde fui a parar al caer en la garita, he de decir que era una especie de cuarto de descanso por extraño que parezca. No sé la razón por la que estaba esa trampilla ahí, o si verdaderamente era una trampa y no una especie de atajo para que los trabajadores llegasen a esa sala más rápidamente. Ciertamente, es posible que sea esta la hipótesis correcta ya que la altura era mínima y además caes en un mullido sofá. Si bien es cierto que como caigas mal te puedes hacer mucho daño, pero bueno, la verdad es que no importa cual fuese realmente el propósito de la trampilla. Decidme, ¿qué paso después?, ¿cómo escapasteis de allí?

—Conseguimos huir gracias a las habilidades de Víctor quince, y hemos llegado aquí donde hemos encontrado esto —dice Víctor catorce señalando al tubo donde está Víctor cero.

—¿Quién es? ¿Víctor cero? —pregunta Víctor trece.

—Eso creemos, pero sólo lo sabremos si no le sacamos de ahí.

—Sí, busquemos un modo de hacerlo —dice Víctor quince en el mismo momento en el que el ruido de la puerta al abrirse alerta al grupo, que se vuelve a ver quien ha entrado en la sala, descubriendo frente a ellos al doctor Pérez.

—Mis pequeños clones —dice el doctor Pérez—. Veo que habéis llegado antes que yo.

—¡Doctor Pérez! —exclaman los Víctor al unísono.

—Habéis llegado demasiado lejos, no puedo dejar que liberéis al sujeto cero.

—¿Por qué doctor? ¿Por qué no nos cuentas toda la verdad? No tienes nada que hacer, eres tu el que está acorralado, Víctor quince puede matarte en un abrir y cerrar de ojos. No se trata de que tú no nos dejes liberarlo, se trata de que no hay forma posible de que puedas

impedírnoslo.

—Lo sé, y no me preocupa. Os contaré todo lo que queráis saber, pero no porque me obliguéis a ello sino porque solamente entonces comprenderéis el tremendo error que supondría liberar al sujeto cero. Después de que os cuente la historia espero que seáis lo suficientemente inteligentes como para no sólo dejarle en el tubo prisionero, sino incluso destruirlo.

—Bien —dice Víctor quince—. Usted cuéntenos la historia y nosotros decidiremos qué es lo mejor que podemos hacer.

—De acuerdo. Para empezar deciros que todos vosotros, los quince que en principio erais, sois clones de Víctor cero, si bien supongo que eso ya lo habréis deducido tras verle. He de deciros también que de no ser porque Víctor quince perdió el control y echó a perder el experimento, habría habido más Víctor.

—¿Qué hacíais con nosotros? —pregunta Víctor trece.

—Experimentar. Dejadme contar la historia desde el principio y sin interrupciones y entonces entenderéis todo.

Los tres Víctor asienten con la cabeza.

—Bien —prosigue el doctor—. Todo comenzó hace siete años. Yo trabajaba por entonces en una pequeña estación espacial en las afueras de Barcelona. Realmente no era gran cosa, simplemente una pequeña instalación de recogida de datos. Todo ruido o perturbación que tuviese lugar en el espacio así como todas las transmisiones de la agencia espacial internacional enviadas por los astronautas eran registradas y remitidas a la misma agencia espacial internacional. Yo antes había trabajado como genetista en Madrid, pero surgió la posibilidad de este trabajo gracias a un amigo y no dudé en aceptarlo. El sueldo era buenísimo y yo creía haber tocado techo ya en mi campo, y ni siquiera eso me reportó el Nobel. Era uno de los mejores genetistas del mundo, pero mis investigaciones iban dirigidas a otros ámbitos diferentes a los de mis colegas de profesión. Mientras estos dedicaban sus esfuerzos en las células madre, buscar cura para enfermedades genéticas y cosas por el estilo, yo prefería dedicar mi tiempo en investigar otro tipo de cosas que creía que podrían ser más útiles en el futuro, y, porqué no decirlo, que me reportarían a corto plazo más fama y reconocimiento.

El caso, es que un día recibimos una señal. Una señal que ninguno de mis compañeros podía comprender o interpretar. Afortunadamente, yo sí podía, ya que se trataba de una secuencia de ADN. Tardé algún tiempo en descubrirlo pero le pedí a mis compañeros que no enviaran todavía la señal hasta que no hubiese averiguado de qué se trataba y, cuando lo hubiese hecho, yo mismo se la enviaría a la agencia. Cuando finalmente

averigüé de qué se trataba les dije a mis compañeros que se trataba de la trasmisión de un aparato de radiofrecuencia que se había colado y que no se preocupasen por ello, yo les enviaría a la agencia enseguida el informe. Nunca lo hice por supuesto y, en caso de que alguno de mis compañeros se hubiese tomado la molestia de comprobarlo, quizá no estaríamos aquí y ahora hablando de esto.

El descubrimiento era asombroso. Nos habían enviado desde algún punto remoto del espacio una secuencia de ADN. Era un hallazgo impresionante y lo quería para mí. A las dos semanas me despedí de allí y fundé una empresa tapadera para poder investigar sin molestias. Por aquella época yo tenía bastante dinero ahorrado, mis investigaciones me habían reportado mucho y ser candidato para el Nobel también contribuyó a llenar mis arcas. Asimismo, para mis investigaciones previas no tuve que poner nunca un duro ya que todo eran becas y demás. Por lo tanto, fundé una nueva empresa y, en ella realicé mis experimentos sin revelar a nadie lo que estaba haciendo.

Pero no podía llevar a cabo mi investigación solo. Para poder trabajar en una secuencia de ADN como aquella necesitaba ayuda. Así que se lo conté a dos excompañeros, los doctores García e Izquierdo. Los conocía de la facultad donde trabajamos amistad enseguida ya que los tres éramos personas con las mismas ambiciones y sueños. Yo era el mejor, pero eran sin duda dos de los mejores genetistas del país. Con ellos trabajé en descifrar el código genético de la secuencia llegando a la conclusión de que era muy similar a la de un ser humano corriente en su estructura. Sin embargo, seguimos investigando y llegamos a encontrar pruebas que demostraban que en la misma cadena genética no sólo había cromosomas e información típica de un ser humano, también tenía varios cromosomas adicionales con información que se podía encontrar en algunos animales de la naturaleza. Era extrañísimo.

Decidimos que lo mejor era desarrollar el código y clonarlo para obtener a ese ser peculiar. Pero para ello necesitábamos mucha gente y privacidad, además de medios más avanzados. Por lo que, a través de mi empresa, compré un terreno en una zona desierta de Badajoz y construí el centro donde vosotros estabais encerrados. A su vez, mandé construir el Huevo con los ingresos que nos quedaban. Nos quedábamos sin dinero, pero obtuvimos ingresos extra del estado por medio de nuestra empresa tapadera en forma de subvenciones y ayudas, ya que mi empresa se suponía que era una ONG.

El caso es que a los dos años de recibir la señal del espacio, teníamos ambas instalaciones listas para funcionar. En todo ese tiempo idee un plan para llevar a cabo los experimentos que quería hacer. Elaboré los protocolos, busqué el personal necesario, desarrollé nuevos programas informáticos necesarios para el trabajo que nos proponíamos realizar, y, lo más importante, creamos entre los tres doctores responsables del

proyecto, el aparato por medio del cual os controlábamos y los implantes de recuerdos que luego un experto cirujano os metió en la cabeza. Estaba todo bajo control. Esa podía ser la investigación que, finalmente, me condujera al Nobel. Pero todo ha salido mal.

Una vez clonamos el ADN y aceleramos su crecimiento hasta alcanzar el estado adulto, nos encontramos con lo que ahora llamamos sujeto cero. Entonces obtuvimos un niño, un niño humano completamente. ¿Cómo era posible con una secuencia genética semejante que el resultado fuese un humano corriente? Nuestra decepción fue muy grande. ¿Por qué circulaba la secuencia genética de un ser humano por el espacio? Era inconcebible. Pero entonces lo comprendimos, ese niño no era del todo humano. Empezó a mostrar habilidades extraordinarias una vez lo convertimos en adulto que ningún ser humano podría jamás tener. Podía curar sus heridas, tenía los sentidos más desarrollados y una fuerza superior a la de un adulto de constitución fuerte. Era sorprendente. Era como un ser humano mejorado en todos los aspectos.

Decidimos aislarlo y lo tuvimos bajo observación mientras descubríamos nuevas habilidades. Pero un día se reveló contra nosotros. Empezó a decir que nos daba las gracias por devolverle a la vida pero que debía cumplir con su cometido. Que para eso había venido a la tierra. Atacó a los guardias haciendo uso de todas sus habilidades incluyendo una que no habíamos visto hasta entonces, reventaba las cabezas a voluntad. Afortunadamente, parecía que hacer uso de esta nueva habilidad le cansaba mucho y nosotros contábamos con mucha seguridad, por lo que pronto estaba agotado, a costa de muchas vidas, eso sí, y conseguimos sedarlo y aprisionarlo. Entonces decidimos meterlo en el tubo que tenéis detrás de vuestro para mantenerlo con vida pero sin que pudiese despertarse nunca y ser un peligro para todos. Era un descubrimiento demasiado importante para matarlo o dejarle escapar.

Para poder seguir investigando con él decidimos sacarle muestras de su ADN, siendo nuestra sorpresa mayúscula al comprobar que su secuencia genética se había modificado. Nuevos cromosomas la conformaban ahora. Decidimos clonarlo extrayendo tan sólo una pequeña muestra de información diferente cada vez y estudiar el resultado. La idea era que obtuviésemos un sujeto idéntico al original pero con sus habilidades mucho más limitadas. Y lo conseguimos. El resultado fue un sujeto idéntico en forma pero muchísimo menos peligroso. No es que las habilidades del original se hubiesen visto reducidas, era que el nuevo sujeto solamente contaba con una de ellas. Achacamos este hecho al haber extraído muestras de un único cromosoma y creímos que si clonábamos los cromosomas de manera individual podríamos obtener sujetos con cada una de las habilidades del original.

Decidimos trasladar al sujeto resultante al centro de control de enfermedades, como nosotros lo llamábamos, y continuar experimentado

allí. Llamamos al proyecto Víctor en homenaje al hijo del doctor García que murió poco antes de comenzar el proyecto atropellado al salir de la escuela. Fuimos dando a los sujetos números según los íbamos clonando del que ahora era considerado como sujeto cero. Observábamos sus habilidades y las potenciábamos, llegado el caso, en espera de poder reproducirlas en seres humanos. Si podíamos dotar a los seres humanos con ese tipo de habilidades, la comunidad científica entera se rendiría a nuestros pies. Pero decidimos no experimentar con humanos hasta clonar el código genético del sujeto cero por completo. Eso implicaba crear Veintiséis sujetos. Pero con el número quince se estropeó todo al clonar la habilidad más letal de todas. Sabíamos que algún día podía pasar, pero intentábamos estudiar los genes antes de clonarlos para evitarlo con cada nueva clonación.

En cuanto a por qué creéis tener todos una vida previa es muy sencillo de responder. Decidimos no manteneros como al sujeto cero ya que, obviamente, no representabais el mismo peligro y, en ese estado, no podríamos estudiaros con detenimiento. Preferíamos teneros reclusos en habitaciones desde las que observar vuestra evolución. Nada más crearos os operamos para infiltraros una serie de recuerdos que os permitiesen creer que una vez fuisteis personas normales. De esta manera, os teníamos reclusos voluntariamente al haceros creer que teníais una enfermedad. Así podíamos trabajar con absoluta libertad sin tener que preocuparnos de que intentaseis nada raro. Cada tres o cuatro noches os sedábamos y reiniciábamos vuestra memoria reciente hasta el día después de que yo os explicase lo que os pasaba. No quería tener que repetir la misma charla todos los días. De modo que siempre pensabais que acababais de ser traídos al centro. Sin embargo, y, pese a que podíamos reiniciar vuestra memoria reciente, vuestros recuerdos de una vida previa siempre permanecían al ser proporcionados por otros medios. Nada podía fallar, lo teníamos todo previsto al milímetro.

Quizá el único error que cometí, y ahora me doy cuenta de ello, es el de dejar los documentos y protocolos archivados en los ordenadores del centro. Quizá lo mejor para haber evitado cualquier posible contacto con la existencia del sujeto cero en caso de que alguno escapase, como se dio el caso, hubiese sido transmitir a los nuevos enfermeros toda la información por medio de la palabra, por vía oral. Pero nadie es perfecto, y en esto fallamos.

Y eso es todo, creo, si no me he dejado nada. ¿Tenéis alguna pregunta?

—No, ahora encaja todo —dice Víctor quince—. Sois unos animales, habéis jugado a ser dioses creando vidas para jugar con ellas, para experimentar.

—No dramáticas —dice el doctor—. Ni siquiera sois personas. No sois más

que partes de un ente que ni siquiera es humano.

—¿Y eso hace que nuestra vida no signifique nada? —pregunta Víctor catorce.

—Tú no deberías hablar catorce. Tú eres el más humano de todos. No tienes ninguna habilidad del sujeto cero. La verdad es que eso me desconcertó mucho, ya que se supone que eso significa que el sujeto cero es en parte humano. Pero no puede serlo, no de un ADN que viaja por el espacio y que puede llevar cientos de años vagando entre las estrellas a millones de años luz. Es imposible. No lo entendéis, pero tenemos que seguir experimentando, no podemos liberar al sujeto cero o nunca comprenderemos el origen de todo esto. Ya no se trata de conseguir reconocimiento o dinero por ello, se trata incluso de comprender quienes somos y por qué compartimos parte del código genético con un individuo que, obviamente, no es de la tierra.

—No, vamos a liberarlo ahora mismo. Dices que es peligroso pero no lo creo, simplemente es que no quería ser esclavizado por vosotros. Además, ¿qué mejor forma de saberlo todo, de conocerlo todo, si no es hablando con él?

—No lo entendéis, si lo liberáis condenaréis al resto del mundo.

—¿Acaso usted sabe algo más que no nos ha dicho doctor? —pregunta Víctor trece.

—Nada más. No puedo impedir que lo liberéis si queréis, pero, si os he contado toda la historia es para que comprendáis el riesgo que conlleva soltarlo. Tiene habilidades con las que podría poner en jaque a cualquier ejército el solo, y ni siquiera es humano, ¿es qué no lo veis?, es demasiado peligroso.

—Bien, pues ha fracasado en su intento de que no le soltemos igual que ha fracasado en su patético intento de crear humanos más fuertes a costa de las vidas de otros. Los clones no habremos nacido como todo el mundo, pero somos personas igualmente —le increpa al doctor Víctor quince.

—Se nota en ti la personalidad del doctor Izquierdo. Los recuerdos los fabricamos para vosotros, pero la personalidad y el carácter son del doctor Izquierdo. Escribimos en vuestra secuencia genética parte de la suya que implica la personalidad y el carácter. ¿Es qué no os dais cuenta? ¿No veis que podemos llegar a ser humanos perfectos en el futuro? Esto es sólo un paso para que cada persona pueda tener lo que siempre ha querido. Escribiendo de manera individual el código genético y clonando las habilidades de las personas que las poseen, podríamos ser superhombres. ¿Acaso queréis condenar a la humanidad a no disfrutar de todas estas

ventajas? ¿No veis que igual que sirve para otorgar más poder a los hombres, también puede ser usado este conocimiento para curar enfermedades por otra parte incurables? Darle al ser humano la oportunidad de vivir en el mundo sin sufrir enfermedades ni morir más que del paso del tiempo.

—Eres un monstruo —le reprocha Víctor trece—. Eres un auténtico Frankenstein, me das asco. ¿Sabes acaso lo que es el libre albedrío? La naturaleza sigue un rumbo que no conviene alterar. Tú quieres crear mutaciones. Dices que nosotros no somos personas, ¿y lo que tú quieres crear, sí que lo son?

—Basta de discusiones —dice Víctor quince—. Liberemos a Víctor cero. Víctor catorce, busca algún botón o algo que lo suelte.

—No lo hagáis —dice el doctor en tono de súplica.

Pero ya es tarde. Víctor catorce ha bajado dos manivelas del panel de control que provocan que el líquido que cubría por entero a Víctor cero se pierda por un conducto que tiene el tubo alojado en su parte inferior. Al momento, Víctor cero abre los ojos, despierto después de tantos años. Se quita la mascarilla y, con extrema violencia, comienza a golpear el cristal del tubo. Al primer golpe consigue resquebrajarlo, y, al segundo, romperlo en pedazos permitiéndole liberarse y saltar al suelo a la altura de los tres Víctor y el doctor. Está desnudo, pero no parece importarle. Como consecuencia de la rotura del cristal tiene cortes en los brazos y el torso, pero en apenas un instante, las heridas se cierran. Víctor cero es ahora libre.

## INTENTO DE FUGA

Despierta. Abre los ojos lentamente, con trabajo. Víctor está despierto. Otro día más encerrado en esa miserable habitación. Confinado. Víctor

reconoce, que, en cierto modo, ha tenido suerte al darle la vida los científicos que recogieron su secuencia de ADN. Pero por otra parte... Encerrado en esa habitación, sedado, vigilado. Pero hoy ha decidido escaparse. ¿Cómo si no va a llevar a cabo su plan? Imposible.

En ese momento entra el doctor Pérez. El genio que cambiará la ciencia. O eso es lo que él cree. Se sienta frente a él en la mesa que se encuentra en la esquina de la habitación, en la misma en la que Víctor se acaba de colocar presintiendo la llegada del doctor.

—¿Qué tal estás hoy Víctor? —pregunta Pérez.

—No me llame así doctor, si es que lo es realmente. Ese no es mi nombre.

—¿Y cuál es? Nunca nos has dicho como quieres que te llamemos.

—No es como quiera que me llaméis, es como me llamo. Mi nombre es doscientos trece.

—Eso no es un nombre Víctor, es un número.

—Para usted es un número, para mí es un nombre.

—Como quieras —dice el doctor—. ¿Por qué ahora nos cuentas esto? ¿Por qué hasta ahora no has dicho nada que realmente merezca la pena? Quiero saber en lo que piensas. Llevamos dos años contigo, pero apenas te conocemos.

—Y así ha de ser. Le seré franco doctor. Les queda poco tiempo de vida. Han realizado un excelente trabajo devolviéndome a la vida, ahora debo continuar con mi plan.

—¿Qué plan Víctor, es decir, doscientos trece?

—No se lo voy a contar a usted, obviamente. Pero digamos que no encontraron por casualidad mi secuencia genética flotando por las ondas espaciales.

—¿Quieres decir que alguien quería que nos llegase y te diéramos vida?

—Algo así, sí. Pero bueno doctor, ya me he cansado de hablar. Ahora voy a salir de aquí.

Entonces Víctor se levanta, e, ignorando al doctor Pérez, se dirige a la puerta, la cual, obviamente, está cerrada. Sin mucho esfuerzo, aparentemente, Víctor empuja del tirador hacia sí abriendo la puerta de forma violenta. El doctor Pérez, alarmado al ver esto, coge su teléfono

interno y avisa a seguridad de que el sujeto se ha escapado. Entonces sale de la habitación y contempla un espectáculo bizarro a la par que dantesco.

Decenas de guardias se precipitan sobre Víctor con la intención de detenerle, pero es en vano. Sus cabezas estallan violentamente transformando en apenas unos segundos una amplia y blanca sala en un matadero. Los cadáveres inundan el suelo, y en las paredes predomina el color rojo de la sangre. Sin embargo, el doctor Pérez parece observar que, cada vez que Víctor hace uso de su habilidad, se encuentra un poco más cansado. Cuando, aproximadamente, los cadáveres de sesenta o setenta guardias pueblan el suelo, Víctor se halla lo suficientemente agotado como para no poder impedir que el doctor le agarre por detrás. En apenas un instante, y, sin encontrar resistencia, el doctor le inyecta un líquido por medio de una gran aguja que hace presa del sujeto que se hace llamar a sí mismo doscientos trece, cayendo profundamente dormido en apenas unos segundos. Y así permaneció hasta hoy.



## ORIGENES

Los cuatro le observan, sintiendo un estado intermedio entre el miedo y la curiosidad. Los tres Víctor y el doctor Pérez tienen enfrente a Víctor cero, por fin libre.

—Vaya doctor —dice Víctor cero—. No esperaba volver a verle. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Desde que me encerró aquí me refiero, por supuesto. ¿Sabía qué, aunque dormido profundamente como me encontraba dentro de ese tubo, era plenamente consciente de todo cuanto pasaba a mi alrededor? Era como estar en coma, ¿sabe? Dicen que un paciente en coma es capaz de escuchar a los que están a su lado. Bien, yo no sé si esto es así, pero en mi caso ciertamente lo era.

Ninguno dice nada, incluso el doctor se encuentra paralizado. A lo que Víctor cero prosigue:

—¿Estos deben ser mis clones, no? Sé qué tipo de experimentos has estado llevando a cabo y he de decirte, doctor, que nunca he sabido realmente de qué iba todo el asunto. Su objetivo era clonarme para conseguir seres que poseyeran mis habilidades de forma individual, he supuesto, de esta manera, podría seleccionar las que prefiriese y crear seres humanos más fuertes. No sé si habré acertado con mi hipótesis pero creo haber pasado el suficiente tiempo con usted en el pasado como para afirmar que le conozco lo suficientemente bien, y que sé cómo piensa. ¿Es qué no se da cuenta doctor? Yo soy el verdadero ser humano, usted no es más que una triste evolución de mí que nunca ha llegado a ser lo que debiera.

—¿De qué estás hablando Víctor?

—Ya le dije hace tiempo que ese no es mi nombre doctor, es el nombre que ustedes me pusieron. Mi verdadero nombre es doscientos trece.

—¿Por qué ese nombre? Ya te dije que eso es un número —dice el doctor.

—Claro que es un número pero también un nombre, soy el ser humano número doscientos trece. Un alto honor debo decir, el ser de los primeros.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? —pregunta Víctor quince.

—Ah, mis pequeños clones, vosotros me habéis liberado. Supongo que tal vez escuchasteis mis gritos de auxilio y vinisteis a rescatarme, o tal vez no, pero el hecho es que habéis venido y ahora soy libre. Bien, os habéis ganado el derecho de saber, incluso tú, doctor. Os voy a contar a todos vosotros la historia completa. A vosotros, mis pequeños clones, os haré una oferta que no podréis rechazar cuando termine de hablar. En cuanto a ti, doctor, tienes dos opciones. Puedes intentar huir ahora, en cuyo caso te mataré al instante como sabes que puedo hacer, o puedes quedarte a descubrir como tus sueños no eran más que paja, a descubrir como os he engañado a todos y, luego morir. Ya que, inevitablemente, te voy a matar, así que tú eliges.

—Me quedo. Realmente no me dejas otra opción.

—¿Y vosotros clones?

—También, hemos venido aquí para averiguar la verdad acerca de nosotros y parece que tú puedes proporcionárnosla— dice Víctor trece.

—Buena decisión. Entonces empezaré a contároslo. En primer lugar, me gustaría aclarar por qué hago esto. Que nadie piense que soy el típico malo de vuestras películas que, teniendo al héroe contra las cuerdas, le cuenta sus planes para ver como luego todo se echa a perder. No, eso no va a pasar. Se lo cuento al doctor porque quiero que, antes de morir, cosa que es inevitable por otro lado, conozca lo que ningún ser humano ha sabido jamás, porque en el fondo, me da pena y quiero concederle ese privilegio. Tampoco me trataron tan mal en el fondo cuando me tenían prisionero, pese a que esto pueda parecer una horrorosa contradicción. En cuanto a vosotros, mis clones, os lo cuento ya que deseo que después de escucharlo todo me ayudéis a llevar a cabo mi plan. Por eso lo hago y no por otra razón. Ahora bien, sentaos ya que mi historia no es corta, si bien tampoco se os hará larga y pesada ya que considero que os interesará sobremanera a todos. Me enrolló demasiado. Empiezo.

Antes de que el ser humano poblara la tierra, bueno, antes de que los hombres llegaran a la tierra, he de decir para ser más exacto, los seres humanos vivíamos en otro planeta muy lejano, tan lejano que ni siquiera podéis llegar a imaginar la distancia que nos separa en este preciso instante. Aparecimos igual que creéis haber aparecido vosotros en la

tierra, primero fuimos monos y luego evolucionamos en hombres.

Pasaron cientos de años, miles incluso hasta que llegamos a interesarnos por la genética. Descubrimos el ADN y los cromosomas, igual que habéis hecho vosotros, pero con la salvedad de que nosotros llegamos incluso más lejos. Vosotros creéis que está todo descubierto en ese campo, pero nada más lejos de la realidad. Nosotros sí que descubrimos todo lo que había por descubrir en cuanto a la genética. Vosotros creéis que, en los cromosomas, en el código genético están grabadas nuestras características, el color de ojos, de pelo, altura, etc. Y es verdad. Lo que vosotros no sabéis es que cada código genético, cada cromosoma, puede dividirse en ínfimas partes de información imperceptibles para el microscopio más potente jamás inventado en la tierra. Descubrimos que, podíamos separar y aislar esas partes e incluso mezclar diversos tipos de partes para dar con un nuevo ADN que creara seres humanos nuevos con todas las características físicas que deseáramos. Como os he dicho, estábamos muchísimo más avanzados de lo que vosotros estáis hoy en día. De hecho, no creo que, ni con doscientos años más de investigación lograrais igualar nuestros logros. No mientras os gastéis el dinero en armaros contra vuestros semejantes o en lanzar sondas a planetas inhabitables.

De la mezcla de estas diminutas partes de genoma viene lo de vuestras habilidades mis pequeños clones. Descubrimos que todo ser humano tenía recesivos determinados micro genes, llamémosles así, que podíamos convertir en dominantes extrayéndolos de su código genético original y dándoles un lugar más importante en una nueva cadena de ADN. Así, todos llegamos a tener las habilidades que yo poseo. Sin embargo, no es posible insertar esa información de una cadena en un ser vivo así que la única manera era crear un nuevo ser vivo con esa estructura genética. Vosotros poseéis una única habilidad cada clon, por la errónea suposición del doctor de que cada uno de mis cromosomas contenía una habilidad. El doctor se equivocó en eso, aunque no del todo. No es que el cromosoma entero me proporcionara la habilidad, lo hacía el microgen que anexionamos a cada cromosoma, ya que comprobamos que juntar dos en un mismo cromosoma ocasionaba problemas y fallos en el organismo.

El caso es que descubrimos todo esto, pero todavía quedaba algo más asombroso por saber. Veréis, en nuestra civilización no existió nunca una religión, nunca creímos en la existencia de uno o varios seres todopoderosos que nos dieron la vida y que regían nuestro destino, y, nuestros descubrimientos en el campo de la genética lo confirmaron. Luego os explicaré por qué vosotros, siendo como sois parte de nuestra civilización sí desarrollasteis este tipo de supersticiones, ya que no son otra cosa. Sin embargo, y, retomando el hilo, he de deciros que sí creíamos que debía existir algo, un alma o espíritu que animaba nuestros cuerpos, que hiciese que el cerebro funcionase, puesto que, si bien del cerebro surge toda la actividad de la vida, esto es, la conciencia, la

memoria, etc. Había algo que conseguía dotarnos de cosas que el cerebro no podía darnos. Era lo que llamábamos alma.

Lo que finalmente descubrimos es que no existía tal alma. Vimos que todo se ubica en los genes. La memoria, los recuerdos, todo, reside en ellos. Lo asombroso, lo verdaderamente increíble, fue que podíamos copiar una secuencia genética, clonarla, idéntica, repito, idéntica, incluso en la estructura de los microgenes, pues la menor variación en ellos lo cambiaba todo, y obteníamos al mismo ser humano. Es decir, que si un hombre moría y reproducíamos al milímetro su código genético y lo desarrollábamos y le dábamos vida, conseguíamos que el hombre muerto hace tiempo volviese a vivir. Obviamente era otra carne, otra sangre la que corría por sus venas, otros órganos internos los que poseía, pero en los aspectos fundamentales era el mismo, no sólo en altura, peso, color de ojos y demás, sino en cuanto a lo que era capaz de recordar lo que decía que había visto y oído años antes. Recordaba haber vivido la vida del hombre difunto y se acordaba de todo cuanto este había hecho. Era increíble. Era como haber resucitado a una persona. De la nada. Podíamos hacer que la vida prosiguiese tras la muerte. Era increíble. El sueño de cualquier ser humano hecho realidad. Poder vivir eternamente.

Sin embargo, había un pequeño inconveniente, siempre lo hay. Pero no era un detalle de demasiada importancia, solamente una pequeña traba a la hora de realizar nuestro trabajo, pero realmente era una ventaja para el nuevo humano que resucitaba, por decirlo así. El caso era que, al desarrollar el feto, pues siempre es necesario desarrollar el óvulo obtenido con la secuencia genética deseada en una mujer, lo que me lleva a preguntarle doctor, ¿Quién hizo de madre para desarrollarme a mí?, ¿dónde está esa mujer ahora?

El doctor Pérez calla un segundo y luego responde:

—Eso es algo que no sabe nadie más que yo Víctor. Sólo ella y yo sabemos lo que hicimos, ninguna otra persona sabe de su existencia puesto que todas las personas involucradas murieron hace no mucho. Yo no tuve nada que ver por si te lo preguntas, murieron de forma natural. Durante los nueve meses de embarazo nadie se enteró, ni mis propios colegas estaban enterados. Me las arreglé para hacer creer a todos que había conseguido desarrollar el código genético por mi cuenta.

—Y se lo creyeron —dice doscientos trece—. Que ignorantes. Pero no ha respondido a mis preguntas doctor, ¿quién fue esa mujer y dónde se encuentra ahora?

—No voy a responderte a eso si tienes la firme intención de matarme. Me guardaré ese conocimiento para asegurarme de que no me matas, al

menos, claro está, si realmente te interesa esa información.

—Me interesa muchísimo doctor, pero siento comunicarle que le voy a matar igualmente al acabar de contar mi historia. Usted elige si desea contármela o no, si no lo hace acabaré por descubrirlo yo mismo.

—No te voy a decir nada entonces —replica el doctor.

—Bien, usted ha elegido. Bueno, prosigo con mi historia. El caso es que es necesario que nazca el bebé que contiene el código genético deseado, en este caso por ejemplo el de un familiar fallecido. Pues bien, el bebé muere si no se le acelera el proceso de crecimiento por medio de un tratamiento que provoca un rápido crecimiento del cuerpo. Esto es debido a que la información que posee el bebé en el momento de nacer es la misma que poseía el adulto en el momento de su muerte. Aunque el ADN parece inmutable para vosotros, que así lo creéis, desde que uno nace hasta que termina de desarrollarse como adulto los genes sufren procesos de cambio. Por eso el cuerpo del bebé no soportaría esa carga genética y por eso es necesario acelerar el crecimiento hasta el estado adulto. Pero es un detalle sin importancia. De hecho, si lo miras bien es hasta una ventaja, ya que la persona no tiene que volver a soportar las cargas del desarrollo ni los reajustes hormonales propios de la adolescencia comenzando su nueva vida directamente con el cuerpo de un chaval de unos veinte años más o menos, en plenas facultades físicas. Además, nos ahorramos el cuidado de todos los nuevos bebés que nacerían con este proceso para los cuales haría falta contratar a mucha gente para su cuidado.

No fue ni más ni menos que la impaciencia de los doctores que encontraron mi código genético lo que propició que aceleraran mi crecimiento e, involuntariamente, me permitieron sobrevivir. Le doy las gracias por ello. En fin, ya he contado todo cuanto éramos y cuanto conseguimos. Ahora viene la segunda parte de mi historia, pero antes me gustaría tomarme un descanso, especialmente para buscar algo de ropa y para comer. Los nutrientes que me proporcionaba la máquina del doctor eran suficientes para mantenerme con vida, pero no alimentan en absoluto. Ahora voy a abandonar esta sala y buscar lo que necesito por todo el complejo. Esperad aquí pues no creo que tarde mucho. Sé que mis pequeños clones no huirán, puesto que están deseosos de conocer el resto de la historia y saben que no les voy a hacer ningún daño. En cuanto a usted, doctor, no lo intente puesto que sabe que con solamente pensarlo puedo acabar con su vida. Y no crea que mi habilidad se limita a un radio determinado como es el caso de uno de mis clones aquí presente. Mi poder llega allí donde yo quiero, especialmente si nada más he de concentrarme en una persona y no en decenas de soldados. Lo dicho, ahora vuelvo.

Dicho esto Víctor cero se levanta y abandona la sala dejando a los tres

Víctor y al doctor sentados a la espera de su regreso.

## LA MADRE

Se han quedado solos, los tres Víctor y el doctor Pérez. En cuanto Víctor cero abandona la sala el doctor se apresura a hablarles a los clones.

—Escuchad. Lo que voy a contaros es muy importante.

—¿Por qué íbamos a escucharle doctor? —pregunta Víctor catorce—. Después de todo lo que nos ha hecho, ¿se atreve a dirigirnos la palabra?

—Podéis decirme todo lo que queráis. Escuchad, estoy condenado, Víctor me va a matar dentro de poco, cuando termine de contarnos todo. ¿Qué puedo ganar hablando con vosotros? Sin embargo, es de vital importancia que me escuchéis pues de ello depende el destino de la raza humana incluyendo a vosotros.

—Está bien, le escuchamos, al fin y al cabo ya no puede hacer más daño.

—Gracias. Veréis, habéis liberado a Víctor y eso ha sido un error inmenso, pero ya no se puede hacer nada al respecto. Sin embargo, es prioritario que le detengáis. Quizá no os parezca peligroso ahora, o sus intenciones perversas, pero estoy seguro de que cuando terminéis de escucharle y os cuente eso que dice que os tiene que contar me comprenderéis. No hay forma humana de detenerlo más que esperar a que caiga agotado por el excesivo uso de su poder mental como yo hice hace cinco años. Sin embargo, no creo que nunca llegue a forzar tanto su poder, no después de ser consciente de su debilidad, por lo que esta opción hay que descartarla del todo. No sé de qué otra manera se le puede detener, pero estoy seguro de que llegado el caso algo se os ocurrirá. No obstante, sí que hay algo que sé que os puede ser de utilidad, y es que conozco el paradero de la madre, de la mujer que gestó su secuencia genética para poder crearlo en la tierra. No sé si realmente le importa esa mujer tanto como dice o no, pero el hecho de que antes haya demostrado curiosidad por conocer su paradero y que piense encontrarla pese a que yo no le revele su localización, indica que algo le importa.

—¿Y cómo, en caso de que como usted dice, si tenemos que detenerle algún día, vamos a poder hacerlo sabiendo el paradero de su madre?

—pregunta Víctor catorce.

—No lo sé realmente, ya he dicho que es vuestra obligación encontrar el modo. Tal vez amenazándole con ella o como estiméis más oportuno. Yo os proporciono lo que considero la única manera de derrotarlo, sois vosotros los que debéis saber cómo usar esta información en vuestro propio beneficio. Lo único seguro, es que únicamente tendréis una posibilidad si llegáis a ella antes que él.

—¿Y dónde está ella ahora?

—Se encuentra en el sótano de mi empresa tapadera.

—¿Y qué hace allí? —pregunta Víctor trece.

—Está encerrada, de la misma manera que estaba encerrado Víctor cero.

—Es usted un monstruo —le grita Víctor quince—. ¿Cómo ha podido hacer algo así?, ¿acaso también ha experimentado con ella?

—No. El caso es que no podía dejar que hablase con las autoridades tras tener a Víctor cero. Lo que pasó es que tras los nueve meses de embarazo y, en el momento de parirle, no quiso desprenderse de él. Amenazó con denunciarme si no le devolvía al niño y no podía permitir algo así. Sin embargo, tampoco quería matarla, por lo que la encerré en el sótano en un tubo idéntico al que conteníamos a su hijo. Cada cierto tiempo iba allí para asegurarme de que estaba bien y me ocupaba de sus cuidados. Ya no sólo se trataba de mantenerla encerrada para que no pudiese hablar, también encontré otro motivo. En una de las visitas que la hacía para asegurarme de que todo iba bien, me di cuenta de que había conseguido salir del tubo. Estaba tirada en el suelo inconsciente, el tubo roto. No sé cómo lo hizo pero, inmediatamente hice meterla en un nuevo tubo en el que aumenté las medidas de seguridad. La sujeté con arneses y coloqué un cristal más resistente por sí acaso. Pero antes de volver a encerrarla la hice un análisis, y, cuál fue mi sorpresa, al descubrir que su secuencia genética había cambiado, había mutado. No sé por qué. Entonces lo asocié al hecho de que durante los nueve meses que llevó dentro al sujeto cero este hubiese modificado de algún modo su ADN. Pero no pude averiguarlo entonces y, aún hoy, no sé qué pudo haber pasado realmente. El caso es que algún vínculo tiene que existir entre ambos, por lo que es de vital importancia que descubráis esa posible conexión ya que eso os permitirá, quizá, acabar con el sujeto cero.

—Joder —comienza Víctor quince—. Cada vez escuchamos una nueva parte de la historia me parece que usted está incluso más loco que antes. ¿Le queda algo más por contar, o, por el contrario, nos volverá a sorprender

en el futuro con alguna historia todavía más increíble?

—Ya no hay nada más que contar por mi parte, igual que no hay futuro para mí. Quizá en este momento me doy cuenta de que he hecho cosas malas en el pasado, pero he de decir que no me arrepiento de nada de lo que hice. La única forma de avanzar, de progresar, es innovar y arriesgar, y yo lo hice. Sacrifiqué mi vida en pos de un sueño. Vosotros juzgáis que lo que hice está mal pero yo no lo veo así, no completamente, no hay buenos ni malos en este asunto, no cuando todo el mundo lucha por lo que cree que es justo y que lo que hace es lo correcto. Vosotros decís que yo soy malvado, que lo que he hecho es malvado, pero yo no estoy de acuerdo. Yo veo que si no hubiese hecho lo que hice estaría privando al mundo de un bien, lo que me convertiría en alguien malvado. No sois vosotros nadie para juzgar lo que está bien y lo que está mal. Si no hubiese hecho nada de esto ahora no existiríais ninguno de vosotros.

—Déjelo doctor, nunca nos pondremos de acuerdo. Es discutir por discutir  
—dice Víctor catorce.

Y, dicho esto último se preparan para escuchar el final de la historia de boca de Víctor cero, o doscientos trece como él se hace llamar, que acaba de regresar a la sala. Vistiendo ropas de guardia de seguridad del Huevo se acerca al grupo y, sentándose a su lado, prosigue con su relato.

## BERMEJO

Hace poco que le ha colgado el teléfono al doctor Pérez. Bermejo está muy asustado. El doctor le ha llamado desde el Huevo y le ha dicho que

todo está perdido. Que los clones han logrado entrar matando a todos los guardias y que él estaba destruyendo todas las pruebas. Le ha dicho al jefe de los limpiadores que, por su bien, huyese. Que se fuese lo más lejos posible lejos de todo esto. El doctor se proponía destruir al sujeto cero, pero, si los clones llegaban antes que él, probablemente le liberarían y, entonces, no habría sitio seguro.

Una vez le ha colgado al doctor, Bermejo coge una bolsa de viaje y mete en ella lo primero que encuentra. Algo de ropa, sus armas, etc. Hace una hora que llegó a casa con la intención de olvidarse de todo el asunto, con la idea de que todo iba a salir bien, de que en el Huevo detendrían a los sujetos. Ahora no sabe dónde ir. Quizá si alerta a las fuerzas del orden antes de que sea demasiado tarde ellas puedan hacer algo para detener al sujeto cero. Sí, es lo mejor, piensa.

Afortunadamente su hermano trabaja en la televisión, en el canal diez. Es uno de los máximos responsables de la cadena por lo que Bermejo comienza a trazar planes en su cabeza pensando en este factor. Ira allí y le rogará que le saque en antena donde confesará todo lo que sabe mientras su hermano llama a la policía. Todo quedará descubierto. Venderá al doctor Pérez, pero eso ya no le importa. Hay cosas más importantes de las que preocuparse en el día de hoy, que el doctor que tan ansioso se debe encontrar ahora en el interior del Huevo destruyendo cualquier prueba que les implicase en el proyecto. Es un esfuerzo inútil dado el plan que Bermejo acaba de trazar en su cabeza y, que está totalmente dispuesto a seguir. Ya que, una vez que lo confiese todo, será inculpado, y, con toda seguridad, juzgado. Aunque eso dependerá en gran medida de que consigan parar al sujeto cero de lo que no puede estar tan seguro. Bermejo estuvo presente cuando el sujeto quince mató a once de sus hombres con pensarlo, y, sabe que el original tiene el mismo tipo de poder. Es terrible. Sin más, cierra la bolsa con sus cosas y abandona su domicilio rumbo a los estudios de televisión.

## ORIGENES (2ª PARTE)

Víctor cero prosigue con su relato:

—Bien, ya os he contado lo que descubrimos y como podíamos vivir eternamente gracias a este fabuloso hallazgo. Ahora bien, había que regular de alguna manera esta actividad de clonación o enseguida todo el mundo se clonaría al llegar a viejo para volver a ser joven y determinadas empresas se lucrarían en exceso. Se aprobó en el congreso el uso de la clonación pero solamente en caso de fallecimiento. El gobierno se encargaría de realizar la clonación, y para ello eliminó a todas las empresas que tenían la capacidad de hacerlo. Bueno, para ser exactos, he de decir que las absorbió de tal forma que pasaron a ser parte del estado, por lo que no hubo daños colaterales en los trabajadores, que dejaron de trabajar en la empresa privada para hacerlo bajo el poder de dirección del estado. Todo esto que os cuento pasó en mucho tiempo, no fue cosa de un día para otro, pero, obviamente, yo os lo resumo ya que no quiero aburriros ni con detalles, ni con una historia excesivamente densa.

El caso es que en todo el planeta se aprobó la ley que permitía la clonación de seres humanos. Ahora bien, la ley estaba basada en tres importantes puntos que todos los países debían respetar escrupulosamente bajo pena:

+Primero: Sólo se puede clonar a un fallecido, nunca a un ser vivo, y sólo puede hacerlo el estado del país de origen.

+Segundo: Se crea un censo mundial de ciudadanos en el que se registran todos aquellos que consiguen el derecho a clonarse. Este derecho se obtiene solicitándolo al gobierno del país de origen. Hay una serie de criterios a la hora de elegir a la gente que puede ingresar en el censo. Únicamente se seleccionan personas sanas y mentalmente equilibradas. Sin taras físicas y de un nivel cultural medio. Gracias a este censo se redujo la población mundial a tres mil millones de personas. Todos los que quedaban fuera del censo al morir dejaban de existir.

+Tercero: Nadie puede reproducirse. Este punto fue polémico al principio, pero luego resultó ser muy sensato. Al que incumpliese la norma le esperaba la pena capital tanto a él como a su vástago. De esta manera, se terminó de definir la población en la cifra de tres mil millones antes citado que nunca podría bajar ni subir, ya que todos los muertos comprendidos en el censo se perpetuaban eternamente. A los cincuenta años de la creación del censo todo el planeta estaba incluido en él. Podéis pensar que si ejecutábamos a alguien por violar alguna de estas normas la población censada se reduciría a no ser que creásemos algún ser humano nuevo, y no os equivocáis. Sinceramente, no sé qué hubiera pasado de darse este hecho, pero afortunadamente nunca se produjo. Es increíble, sí, pero cierto. Las normas eran respetadas escrupulosamente.

En cuanto al resto de leyes con las que se regulaba nuestra sociedad, su conocimiento no os concierne en estos momentos, pero me basta decir que, a partir de la creación de la ley de clonación, se reformó la sociedad entera consiguiendo una homogeneización mundial.

—Y luego yo soy el monstruo —dice el doctor Pérez.

Víctor cero le mira con tono amenazante pero no dice nada. Entonces continúa hablando:

—El caso es que logramos una sociedad perfecta que funcionaba de manera eficaz y sencilla. El hecho de que yo os diga que me llamo doscientos trece, es debido a que entonces decidimos suprimir los nombres y llamarnos respecto al orden con el que fuimos clonados la primera vez. Yo, obviamente, fui el doscientos trece en todo el mundo, ya que la numeración era mundial, debido a que morí al poco de registrarme en el censo.

En nuestra sociedad no existían las fronteras como tales. Sí, había países y cada uno contaba con su propia jurisdicción, pero todos éramos considerados parte del mundo. Podías usar tu tarjeta de crédito en cualquier parte del globo y moverte libremente por todo el planeta. Podías establecer tu residencia allí donde deseases y lo mismo sucedía con el trabajo. Igualmente, se recolocaron las fronteras imaginarias de los países con el objetivo de que todos contasen con la misma porción de tierra que controlar y legislar. No había disputas entre ellos porque todos estaban

bajo la jurisdicción suprema del congreso mundial. Cada país contó en su día con el derecho de seleccionar el mismo número de personas que incluir en el censo. Era la sociedad perfecta.

Cabe decir que la criminalidad desapareció por completo debido a que, caso de cometer un delito, al infractor se le condenaba a no poder clonarse más por lo que nadie, y subrayo, nadie, cometió nunca un delito. Además, la población incluida en el censo estaba formada por las personas más sanas y equilibradas mentalmente, lo que suponía un plus a lo anteriormente dicho. Aún hoy me pregunto cómo fue posible tanta perfección en el sistema. Si alguna vez hubiese habido un crimen no sé cómo hubiésemos actuado, ya que obviamente no contábamos ni con ejércitos, ni con cuerpos policiales, innecesarios absolutamente.

Pero bueno, veo que estoy empezando a contar cosas que no vienen a cuento en este momento. Todos estos detalles acerca del funcionamiento de nuestra sociedad son ahora irrelevantes, por lo menos en lo que respecta al doctor. A mis clones se lo contaré en detalle si deciden aceptar mi oferta, debido a que ese conocimiento les será útil en el futuro.

Por tanto, ya os he explicado como funcionaba todo a la perfección. Hasta el día en que varias personas comenzaron a enfermar en el barrio llamado Trina de forma extraña. No era una enfermedad por nosotros conocida. Cuando se analizaron las muestras de su ADN vimos que sus secuencias genéticas estaban sufriendo un proceso de degeneración. No supimos encontrar el motivo, pero, por si acaso, aislamos a los infectados. Al cabo de unos días aparecieron brotes en diferentes partes del mundo. Comenzó a cundir el pánico y la histeria colectiva cuando tres personas murieron víctimas de la enfermedad en Sepol. Se convocó una reunión de líderes y se acordó poner en marcha un plan que habían estado contemplando los científicos durante mucho tiempo, de hecho, desde que se creó el censo. Hasta que surgió esta enfermedad pasaron cerca de ciento cincuenta años. Yo fui clonado dos veces más en ese periodo.

El plan consistía en enviar al espacio una misión de diez hombres que deberían encontrar un planeta habitable donde trasladarnos ya que, en esos días se descubrió el origen de la enfermedad. Debéis disculparme por saltar de un hecho a otro sin contaros los acontecimientos que unen ambos. Os he dicho lo de la misión espacial pero no el motivo real de ella, ya que solamente sabéis que la gente moría por esta extraña enfermedad que afectaba a los genes, pero pensaréis que esto no es motivo para cambiarnos de planeta. Bien, me explicaré más adecuadamente.

La atmósfera estaba alterando los microgenes de habilidades inmunológicas, y esto provocaba que los sistemas inmunológicos de la gente se colapsaran causándoles la muerte. Por eso debíamos encontrar otro planeta con una atmósfera pura y limpia. El por qué la contaminación de nuestra atmósfera nos afectaba a unos sí y a otros no, es un misterio,

puesto que, en principio, atacaba los genes de habilidades que todos las personas poseíamos. Una vez decidida la población mundial se dotó a todo el mundo con catorce habilidades que todos teníamos recesivas para no crear clases. Estas habilidades nos permitirían vivir con mayor comodidad y calidad de vida, pero nunca podrían ser utilizadas de manera hostil, ya que, si algo caracterizaba a los microgenes de habilidades, es que no pueden usarse contra otro portador de los mismos genes. No sé exactamente por qué y nunca nos molestamos en averiguarlo, el caso es que era así.

Sabiendo esto se formó un grupo de diez personas que fueron enviadas al espacio en busca del planeta deseado. Debéis saber, que, gracias a nuestra tecnología, podíamos viajar a velocidades sorprendentes si bien siempre dentro de unos límites que nos marcaban tanto el propio cuerpo humano que a determinada presión podía morir, como los materiales de los que estaba hecha la estructura de la nave. Aun así el viaje podría durar cientos de años hasta que encontrasen el planeta adecuado, y no sabíamos si la población aguantaría tanto tiempo, puesto que, aunque volvíamos a clonar a los muertos por la enfermedad para que volviesen a vivir, al poco tiempo volvían a desarrollar la enfermedad y morían de nuevo. Al menos existían personas que, de alguna manera, parecían inmunes a la enfermedad, o, cuanto menos, más resistentes.

En la nave enviada los astronautas contaban con la tecnología necesaria para poder clonarse a sí mismos cuando muriesen. Los que nos quedamos en nuestro planeta, no podíamos hacer otra cosa más que esperar a que volviesen, ya que, si bien en un principio consideramos la idea de clonar a alguno de los pilotos en nuestro planeta para que nos contase como iba la misión, enseguida tuvimos que desechar esta idea al darnos cuenta de que no podíamos clonar a ese hombre si todavía estaba vivo. Para clonar no nos hacía falta recoger muestras del cadáver. Existían centros por todo el mundo con el mapa genético de cada uno de los tres mil millones de personas que habitábamos el planeta.

Volviendo a la idea de clonar a uno de los astronautas, tuvimos que rechazarla puesto que, de seguir vivo el hombre al que clonábamos, provocaríamos su muerte irremediable al no poder existir al mismo tiempo dos personas con los mismos recuerdos. Igualmente, las leyes de la clonación así lo establecían. Podéis pensar que aunque muriesen tanto la persona como su nuevo clon, se le podría volver a clonar otra vez con la seguridad de que en ese momento estaría definitivamente muerto, pero os equivocáis. No sé por qué pero el ser resultante de esa nueva clonación sería alguien con el mismo cuerpo pero con la actividad cerebral inutilizada por completo.

No me preguntéis cómo es posible, porque no lo sé. Lo sabían los científicos de nuestro planeta, pero yo no era más que un arquitecto. No lo sé igual que el doctor no sabe nada acerca de cómo se construye un

barco o cómo funciona el organismo de los moluscos. El caso es que esta opción estaba totalmente descartada, y, pensando, llegamos a la conclusión de que sólo podíamos esperar su regreso ya que ellos tampoco podrían clonar a uno de nosotros allí.

Una aclaración, cuando digo esperamos, pensamos, etc. Me refiero a todos los habitantes del planeta en conjunto, no a mí en concreto, puesto que, como ya os he dicho, yo no era más que un simple arquitecto, no tomaba ese tipo de decisiones.

Esperamos durante doscientos años volviendo entonces ocho de los diez tripulantes. Nos contaron que habían llegado a un planeta perfecto, con una atmósfera limpia y que estaba habitado por enormes lagartos. Se quedaron dos de ellos allí con el objetivo de poder viajar a aquel lugar rápidamente. Eso lo conseguiríamos enviando a través del espacio y a través de la ruta que siguieron nuestros hombres por el espacio nuestras secuencias genéticas, para que, una vez la recibiesen ellos saber que habíamos muerto y entonces poder clonarnos allí, ya que, el otro plan propuesto, de dejarnos morir y que ellos nos clonasen al cabo de un tiempo, era inviable debido a que ellos no tenían las secuencias genéticas de todos los habitantes, además del riesgo de que les ocurriese cualquier percance en aquel lugar y no pudiesen resucitarnos, cosa que por otro lado podía ocurrir, pero preferíamos asegurarnos la vida en este planeta hasta que recibiésemos confirmación de ellos. Esto ocurriría de la siguiente forma: ellos recibirían todas las secuencias de los habitantes de nuestro planeta y, en ese momento comenzarían a clonarnos a todos ya que al poco de enviar las secuencias de ADN por el espacio y asegurar que no había ningún error nos suicidaríamos todos. Era un plan muy elaborado, pero es que nada debía fallar.

He de decir que yo no enfermé nunca. Es un detalle, pero me apetecía contároslo. Añadiré que los que allí se quedaron eran un hombre y una mujer ya que tenían la idea de reproducirse para poblar la zona donde se encontraban ya que, visto desde fuera, daba la impresión de que el nuevo planeta era al menos tres veces más grande que el nuestro. Así cuando llegásemos nosotros seríamos más y elaboraríamos un nuevo censo. Ese era su plan. Un plan que habían elaborado sin consultar a nadie, obviamente. También, y esto es mi opinión personal, creo que lo hicieron para no estar tan solos en un lugar desconocido. Tened en cuenta que sus compañeros astronautas tardarían cien años en volver a nuestro planeta más otros tantos que pasarían hasta que ellos recibieran las secuencias genéticas de todos nosotros. Era demasiado tiempo para compartir entre dos personas nada más. Igualmente, creo que era muy inteligente debido a que, ellos podían sufrir cualquier ataque de alguna de esas criaturas que poblaban ese planeta, o sufrir un accidente y morir ambos sin poder clonarse el uno al otro, por lo que procreando más humanos tendrían más posibilidades de sobrevivir contándoles a su progenie como debían actuar

en caso de que algo así les acaeciese.

La verdad es que hubo cierta polémica y debate en nuestro planeta debido al plan de nuestros dos salvadores, pero al final todos aceptaron como correcta su actuación. Aunque no lo hubieran hecho no tenían otra alternativa realmente. Empezamos a mandar nuestros códigos genéticos en cuanto nos fue posible hacerlo. Pero hubo un problema, un gran problema. El satélite que enviaba nuestras secuencias de ADN se estropeó cuando las habíamos introducido todas. Cuando digo se estropeó me refiero a que la ruta original se modificó por error, se recalculó automáticamente mandando la información a quién sabe dónde. Nos quedamos estupefactos. Intentamos arreglarla por todos los medios, pero antes de que pudiésemos conseguirlo una gran tragedia nos sobrevino.

La atmósfera estaba tan dañada a esas alturas que dejó que penetrasen los rayos de las dos grandes estrellas que nos alumbraban. Eran comparables cada una a vuestro sol, por lo que toda la población murió en apenas un par de días. Yo incluido. Al tener dos soles en nuestro planeta nunca era de noche, y nos calentaron todo el tiempo, alternándose entre ellos. Me atrevería a decir que la temperatura que soportamos esos dos días era de unos ochenta grados en todo el planeta. Todos morimos.

Hasta hace siete años, que, gracias al puro azar, mi secuencia de ADN llegó a vuestro sistema solar y me resucitasteis. Millones de años vagando por el espacio infinito. Desconozco lo que pasó con el código genético de los otros habitantes de mi planeta, seguramente estarán todavía vagando por ahí. En cuanto a los dos que permanecieron aquí, nunca volví a saber de ellos, lógicamente, pero no hay que ser muy listo para sumar dos y dos y darse cuenta de que, con toda seguridad, fueron ellos los creadores de la vida humana en este planeta. No sé qué paso con ellos, se cansarían de esperar y decidirían empezar una nueva vida quizá. No sé si con el paso de los cientos de miles de años se cansaron de este mundo y murieron o si se clonaron durante millones de años. El caso es que hoy deben estar muertos ya que, aunque hubiesen querido perpetuarse eternamente, no habrían podido debido a que la máquina de clonación no ha podido durar tantos millones de años en funcionamiento, y hasta hoy no encontrarían el material necesario para poder mantenerla y repararla.

Así que podría decirse sin riesgo a equivocación, que soy el último ser humano. Esta es toda la historia hasta donde yo la conozco, únicamente quiero aclarar una cosa por si os lo habéis preguntado. Seguro que pensáis que es muy extraño que hable vuestro mismo idioma, ese que llamáis español. El caso es que este no es el idioma que hablábamos en nuestro planeta, ni muchísimo menos. Pero cómo muy bien sabe el doctor, una de mis habilidades es la del aprendizaje casi instantáneo por llamarlo de alguna manera, así como la memoria ilimitada, lo que me ha permitido hablar vuestro idioma fácilmente. De hecho, a los pocos días de desarrollar el doctor y sus colegas mi cuerpo hasta el estado de adulto, ya

lo había aprendido solo de oírles hablar entre ellos. Bueno, pues creo que eso es todo, no me he dejado nada.

El silencio se apodera de la sala mientras el doctor, percatándose de que su muerte es inminente, decide intentar salvar su vida y, dándose la vuelta, echa a correr con todas sus fuerzas, desesperado, en dirección a la puerta. Cuando apenas ha dado un par de zancadas, su cabeza revienta y su cuerpo cae decapitado al suelo. El doctor Pérez ha muerto. Satisfecho con su muerte, doscientos trece se pone en pie y les habla a sus clones:

—Bien. He pensado que lo de llamarme doscientos trece ya no tiene ningún sentido. A partir de ahora seré el número uno. Es más apropiado puesto que soy el humano número uno de la nueva generación que hoy comienza. Y ahora, mis pequeños clones, ha llegado el momento de hablar de cosas más importantes.



## EL HIJO

Ha sido un éxito, un completo éxito. El bebé ha nacido sin ningún problema. Ahora lo están trasladando al Huevo donde comenzarán a experimentar con él. Lo primero será acelerar su crecimiento hasta el estado adulto con el fin de experimentar desde ya mismo, ya que, en caso de no ser así, no podrían empezar hasta dentro de veinte años aproximadamente debido a que el bebé no tiene el organismo formado por completo y cualquier conclusión que extraigan de su análisis se demostrará errónea con el paso del tiempo. Tampoco el doctor Pérez puede aguantar tanto tiempo.

Ahora el doctor espera en su despacho la llegada de Raquel, la mujer que ha tenido en su vientre al sujeto del experimento. Cuando esta llega, ambos se sientan y comienzan a hablar. La primera en hacerlo es la mujer.

—Doctor, quería hablar con usted. He decidido quedarme con el niño.

—¿Perdone? —pregunta sorprendido el doctor Pérez.

—Sí, lo que oye. Lo he tenido nueve meses dentro y ahora he decidido no dárselo a usted. Quiero criarlo yo misma.

—A ver Raquel, usted me lo ha dado a cambio de cincuenta millones de pesetas.

—Se los devuelvo, no los quiero, yo sólo quiero a mi hijo.

—Eso no puede ser y usted lo sabe, firmó un contrato.

—Mire, doctor, no sé para que quiere usted al niño, pero si paga cincuenta millones por él es que debe tratarse de algo muy gordo. Tal vez el donante anónimo que me proporcionó el espermatozoide sea el motivo, no lo sé, pero sé que si no me devuelve a mi hijo lo denunciaré.

—¿Denunciarme? señora, ha perdido el juicio. Puede tener los hijos que desee. ¿Por qué quiere tanto a este?

—Porque yo no puedo tener hijos doctor. No lo entiende. Acepté su propuesta sabiendo que no podía tener hijos y usted me daría dinero por cada vez que lo intentásemos. Ni siquiera se molestó en comprobar que era fértil.

—Independientemente de que usted sea fértil o no, le fecundamos el óvulo de forma artificial, eso puede hacerse sin problema.

—No lo entiende doctor, le digo que no puedo tener hijos puesto que tengo las trompas dañadas de forma irreparable. Me dijeron los médicos que era del todo imposible quedarme embarazada puesto que en el caso de fecundar un óvulo nunca podría desarrollar un bebé en mi interior.

—Pero eso es imposible, es increíble.

—Por eso quiero al niño doctor, no es un niño normal, es un milagro de la naturaleza que me ha sido otorgado. Estaba destinada a tener a ese niño. Durante los nueve meses lo he sentido crecer e incluso he experimentado cosas que los ginecólogos me han dicho que no es posible que notara. He sentido lo mismo que el bebé, he visto cosas a través de sus ojos. Pensaré que es una locura doctor, que he perdido el juicio, pero le aseguro que no es así. He visto claramente antes de entrar aquí como iba en un coche, he visto lo que él veía, he visto un edificio enorme y, dentro, un laboratorio.

—Es increíble Raquel. Es un caso que sobrepasa toda imaginación.

—Por eso se lo ruego, deme a mi hijo.

—De acuerdo Raquel, se lo daré, pero ha de devolverme el dinero y, le exigiré otra cosa.

—¿De qué se trata?

—Quiero que me deje ser el médico del niño, ir a verles dos veces por semana para comprobar como crece y mantener ese contacto. Solamente eso, nada más. Nada que le haga daño al niño o a usted. Ya se trata solamente de interés médico.

—De acuerdo, si me da al bebé, acepto.

—Bien. Vamos a hacer una cosa. Mañana le daré al niño en el sótano de mi empresa, exactamente en el mismo lugar en que negociamos todo al principio. ¿De acuerdo? Únicamente le pido que sea discreta y lleve el dinero.

—Bien, allí estaré. ¿A qué hora?

—A las 16:00. ¿Está de acuerdo?

—Sí. Gracias doctor, gracias por ser tan comprensivo.

—La veré mañana entonces.

—Adiós doctor.

Y así, Raquel abandona la habitación mientras el doctor Pérez piensa en lo que ha de hacer mañana a las 16:00. Coge el teléfono y llama a uno de sus hombres de confianza en su empresa tapadera.

—Gómez. Necesito que lleves uno de esos tubos listo para ser usado al sótano esta noche. ¿De acuerdo? Gracias, adiós.

Una vez ha colgado sabe que lo que se dispone a hacer mañana es inevitable y necesario para el futuro del proyecto.

## EL PLAN

Víctor cero se encuentra frente a tres de sus clones, de pie, una vez contada su historia, dispuesto a hacerles la propuesta que les prometió en un principio. El cadáver del doctor Pérez descansa en el suelo de la habitación decapitado. Aquí concluye su parte en esta historia, ahora es el turno de los clones.

—Bien, mis pequeños clones —comienza doscientos trece—. Ahora voy a hacerlos una oferta. Tras haber escuchado mi historia y con tiempo para reflexionar sobre todo lo que ha sucedido hoy, es la hora de que toméis una decisión. Sé que los códigos genéticos de mis compañeros están aún pululando por el espacio, mi objetivo principal es recuperarlos y resucitarlos en este planeta. He de deciros que mi plan es el de volver a reconstruir la sociedad y la vida de mi planeta en este. Resucitar a todos los ciudadanos de donde yo vengo y convertir este planeta en nuestro. Eso implica que todos los seres humanos que habitan en la tierra ahora ya no serán necesarios. Pero mi idea no es la de matarlos salvajemente, ni mucho menos. Dejaremos que mueran de viejos y que tengan vidas más o menos normales, teniendo en cuenta que hemos de experimentar con ellos y tenerlos recluidos de alguna manera a todos juntos. Prohibiremos su reproducción para que, en apenas unos años, sólo nosotros poblemos este planeta y volvamos a ser lo que éramos antaño. No obstante, si se decide así por la mayoría de mis congéneres, quizá un puñado de elegidos de entre los humanos tendrán el privilegio de formar parte de nosotros gracias a que les modificaríamos el ADN para asemejarlo al nuestro, pero

eso tendrá que estudiarse con calma.

Es pronto para tomar decisiones semejantes ya que, con suerte y mucha prisa, podremos llevar a cabo el plan en un par de años. Yo cuento con vosotros para formar parte del nuevo mundo que me propongo crear. Sois tan humanos como cualquiera de nosotros, no sois perfectos ya que solamente poseéis pequeñas partes de mí, pero eso lo podemos arreglar despertando vuestros micro genes recesivos o implantándoos otros nuevos. El caso es que tomaré el lugar donde os tenían retenidos como base para llevar a cabo las operaciones que deseo. La tecnología la obtendré fácilmente ya que gracias a mis portentosas habilidades puedo reproducir todo lo que vi aquí en apenas un día, lo único que necesito es el material para llevarlo a cabo. En unas horas tendré lista una máquina capaz de captar las secuencias genéticas de mis compañeros y, quizá, en uno o dos días más, la máquina necesaria para clonarles. El único inconveniente será el encontrar a un grupo de mujeres que desarrollen los códigos en su interior para que, en el plazo de un año, todos mis congéneres estén vivos de nuevo en este planeta. Ese es básicamente mi plan. Salvo pequeños detalles que sabremos solucionar entre los cuatro, todo lo que necesitamos está a nuestro alcance para conseguir lo que la humanidad siempre ha soñado, otra vez. ¿Qué me decís?

—Estoy empezando a lamentar el haberte liberado —dice Víctor catorce—. No pensaba que fueses capaz de hacer algo así. Vale que el doctor no merezca otra cosa más que la muerte por todo lo que hizo, pero estoy empezando a darme cuenta de que tenía razón en todo lo que decía de ti. Estás loco. Tu sociedad pudo ser perfecta y vivir todos en armonía y con felicidad completa, pero alteras todo lo que la naturaleza dicta que debe hacerse, juegas con las personas, igual que lo hacía el doctor, con otro objetivo, pero no deja de ser lo mismo. Hablas de sustituir a una especie por otra, de eliminar, de una forma u otra, a toda la gente de este planeta, y yo, personalmente, no puedo consentir eso. Si tu oferta es la de ayudarte a construir semejante monstruosidad a mí no me queda otra opción más que la de rechazarla.

—No lo entiendes pequeño —dice Víctor cero—. No se trata de que tengas o no la opción de aceptar mi oferta o rechazarla. Se trata de que no hay otra salida. Lo que te acabo de contar es lo que va a hacerse, lo quieras tú o no. Puedes estar conmigo y crear un mundo perfecto en el que vivirías eternamente en paz, o puedes oponerte y morir a mis manos ya que no toleraré que nada ni nadie se interponga en mi camino. Estas son tus verdaderas opciones, no hay otras. Tienes que elegir entre la muerte y la vida eterna. Y no trates de enfrentarte a mí pequeño, contigo no tengo ni para empezar. Quizá tus compañeros durasen un poco más gracias a sus habilidades, pero apenas unos segundos más que tú, que no posees ninguna de ellas.

—No hay otra alternativa por lo que veo —le dice Víctor trece—. No tiene por qué ser así y tú lo sabes. No hay que ser tan radical. No me opongo a que traigas a tus compañeros aquí, pero debes respetar el deseo de todo el mundo. Resucítalos a todos y, entonces, tomaremos todos juntos una decisión respecto a lo que ha de hacerse, los tuyos y los terrícolas, todos juntos. De otra manera, te conviertes en un absoluto dictador que decide lo que es mejor para todos, condenando de esa manera a la mayoría a un destino que no merecen.

—Me parece muy bien que piensen así —responde doscientos trece—. Pero no voy a cambiar mi forma de pensar o actuar porque tú así me lo aconsejes. Yo no era más que un arquitecto en mi mundo, como ya te he contado antes, pero ahora me convertiría en el primer ser humano de este planeta, en un líder para los demás. Todos empezariamos de cero ya que nuestra sociedad tendría que construirse desde los cimientos. Si tengo la posibilidad de convertirme en un dios para los míos, ¿por qué no lo iba a hacer? ¿Quién en su sano juicio rehusaría el poder más absoluto, el gobierno de todo el mundo? Nadie, yo quiero ser el líder de todos los hombres. No me entendáis mal. No quiero ser un déspota cruel y hacer lo que me venga en gana en todo momento. Pero para conseguir mi objetivo han de hacerse una serie de cosas que, pese a que os parezcan en cierta medida exageradas y horribles, y en ello no os falta razón, tengo que llevarlas a cabo para conseguir mi propósito. Una vez que ostente el poder absoluto reinaré en todo el mundo con justicia, no lo dudo, pero necesito ese poder y vosotros debéis entenderlo pues sois parte de mí.

—Creo que no hablo solamente por mí, sino también por mis compañeros cuando digo que me parece una tremenda exageración lo que nos estás contando —dice Víctor quince—. Por muy justo que fueses y muy bien que le fuese a todo el mundo bajo tu reinado, nada justifica la muerte de un ser humano, o privarle a un hombre de toda su libertad para que lo manipules como lo creas conveniente en aras de un mundo mejor. Además, tú eres exactamente igual que tus compañeros humanos, nos has dicho que teníais todos las mismas habilidades, y que, entre vosotros, no podíais usarlas al compartirlas. ¿Cómo entonces ibas a ser tu más que los demás? ¿Acaso crees que todos aceptarían tu soberanía por el mero hecho de devolverles a la vida en otro planeta?

—No lo entiendes pequeño Víctor. Antes de resucitar siquiera al primero de ellos me dotaría de más habilidades. Habilidades que me convirtiesen en un ser único y terrible al que nadie osase enfrentarse jamás. Gracias a ciertas investigaciones que contemplé en este lugar, gracias a ciertas hipótesis del doctor Pérez, he comprendido que quizá nosotros no llegásemos a descubrir todo el potencial de nuestros micro genes. He descubierto que el doctor Pérez, sin querer y sin darse cuenta, por supuesto, descubrió por error que la combinación de varios de estos micro genes entre sí siguiendo pautas muy específicas podían dar lugar a nuevas secuencias de habilidades hasta ahora inéditas. Él no fue consciente de

ello, ya que no sabía siquiera lo que era un micro gen, pero como ya he dicho antes, yo era plenamente consciente de todo desde mi reclusión en el tubo que me mantenía con vida, y, gracias a mi habilidad de rápida comprensión y rápido conocimiento de las cosas, logré averiguar todo esto. Todavía tendría que probarlo, pero no dudo que funcionará.

—¿Pero cómo quieres que te sigamos y colaboremos contigo en tu absurdo plan cuándo no haces otra cosa más que mentirnos? —pregunta Víctor trece—. No dudo que la historia que nos has contado sobre tu planeta y todo eso sea verdad, por lo menos una gran parte de ella. Pero lo que no concuerda ni de coña es que si tú eres un arquitecto en tu planeta y no tenías ni idea de secuencias genéticas ni nada de eso, ahora nos vengas que con tu habilidad hayas aprendido todo lo que te hace falta saber sobre el tema. Si todos en vuestro planeta contaban con esa habilidad. ¿Cómo es que todo el mundo no era ingeniero o científico? Si todos podíais aprender lo que fuese en tan corto espacio de tiempo, la sociedad entera gozaría de los conocimientos más elevados. ¿Acaso me equivoco?

—Veo que eres más listo de lo que parece. Desde luego que no era un simple arquitecto, de acuerdo. Era científico, sí, de los mejores del planeta y estuve involucrado en todos los descubrimientos más importantes que os he nombrado antes. Pero no creas que al tener todos las mismas habilidades todo el mundo era capaz de conseguir el mismo nivel de conocimientos. Ciertamente es que detrás de toda sociedad perfecta tiene que haber siempre algo en cierta manera ilegal u oscuro que haga que todo funcione. No puede existir la perfección sin que se manipule algo. En un mundo perfecto no puede ser todo el mundo igual. Siempre tiene que haber ricos y pobres o si no la sociedad entera se desmoronaría, sin cimientos nunca puedes construir el tejado de tu casa. A la hora de dotar a la gente de las habilidades las limitábamos según convenía, es decir, en lo concerniente a la habilidad de la rápida comprensión de las cosas y la memoria ilimitada, nos encargábamos de poner topes en los micro genes de la gente para que nadie pudiese llegar al mismo nivel que nosotros. Sólo los científicos y los políticos podían tener la certeza de alcanzar el conocimiento absoluto en todas las materias. De este modo tendríamos gente que sabría escribir mejor que los demás, pero que nunca aprendería a clonar a otro, y tendríamos gente que sabría edificar mejor que el resto pero que nunca sabría pintar tan bien como su vecino, que sí que podía. Creamos clases sin que nadie se diese cuenta. Pero era necesario para conseguir la sociedad perfecta, y si no os he contado la verdad en cuanto a mi profesión, es porque no creo que sea relevante en absoluto en este momento, de hecho, que pensarais que no era más que un simple arquitecto me permitió contar la historia saltándome algún que otro detalle como este que suponía no aprobaríais en un primer momento, pero confiando en que, tras aceptar mi oferta, acabaríais por entender del

todo.

—Yo no quiero escuchar más. Todo lo que digas ahora es irrelevante como tú mismo dirías —dice Víctor catorce—. Yo declino tu oferta.

—Yo también —dice Víctor trece—. Pensé que tal vez eras como nosotros, pero veo que no eres más que un monstruo tal como lo era el doctor Pérez.

—Yo estoy totalmente de acuerdo con mis compañeros, como puedes observar —dice Víctor quince—. Ahora tú verás si nos matas o nos dejas ir de aquí, pero una cosa es segura, si tratas de acabar con nosotros lucharemos contra ti con todas nuestras fuerzas y no cejaremos en nuestro empeño de acabar contigo para que nunca puedas llevar a cabo tu loco plan de conquista del mundo.

—Bien, en ese caso no hay más que decir. Habéis elegido la muerte y lo respeto. Mirándolo bien es mejor para mí, ya que nunca se sabe si en el futuro podíais haberme traicionado de alguna manera. Ahora, como dije al principio, estáis muertos.

Y dicho esto las cabezas de Víctor trece y Víctor catorce estallan con extrema violencia sin darles apenas tiempo a reaccionar. Sus cuerpos inertes caen al suelo de donde nunca más volverán a levantarse. Sin embargo, la cabeza de Víctor quince permanece en su sitio.

—Como suponía, y tú mismo debías saber después de escuchar mi historia, no puedo usar mi poder mental contigo ya que tú lo tienes también. Ahora bien, eso no impide que mis otras trece habilidades acaben contigo de una vez —dice doscientos trece

Sin esperar siquiera un segundo para escuchar lo que Víctor cero le está contando o para detenerse a contemplar a sus dos últimos compañeros asesinados, Víctor quince sale corriendo en dirección a la puerta con la esperanza de poder salir del Huevo ileso. Sabe que doscientos trece le perseguirá y hará uso de sus habilidades para matarlo pero ha de ser más listo que él y usar sus habilidades a su favor. Como bien le dijo el doctor Pérez hace apenas unos minutos lo único que tiene que hacer Víctor quince ahora es destruir al último humano original vivo. Al final tenía razón el pobre doctor, lo que sucede es que ahora su último clon no se encuentra en condiciones de acabar con el futuro dictador de la tierra. Por eso ha de escapar con vida, para poder luchar otro día.

Como ambos Víctor son idénticos en todo salvo en las habilidades y, por supuesto, en los recuerdos y conocimientos, Víctor quince no tiene excesivos problemas en alcanzar la puerta antes que su perseguidor que, aun reaccionando con bastante premura, no puede salvar los escasos dos metros que les separaban desde el principio. Son estos dos metros los que

permiten a Víctor quince salir de la habitación y cerrar la puerta de golpe con la esperanza de que esto retrase aunque sólo sea unos segundos a doscientos trece. Y así sucede. Puede que no pierda más que un par de segundos en abrir la puerta y continuar su cacería pero es tiempo más que suficiente para perder momentáneamente a su objetivo de vista. Ninguna de las habilidades del autoproclamado primer humano son útiles en esta situación. No puede usar su increíble fuerza contra su clon si no lo alcanza, no puede calentar los objetos a su alrededor si no entra en contacto con ninguno, y, aunque goce de un increíble desarrollo de los sentidos, esto no le confiere una ventaja clara contra su enemigo. Sin embargo, no puede permitir que escape por lo que lo persigue con todas sus fuerzas.

Sin detenerse un instante en mirar hacia atrás para asegurarse de que todavía está siendo perseguido por Víctor cero, Víctor quince llega a un largo pasillo en el que convergen multitud de habitaciones. Puede arriesgarse a entrar en alguna de ellas, pero también puede encontrarse en un callejón sin salida que lo dejaría completamente a merced de su perseguidor. No obstante, vislumbra a lo lejos una posible escapatoria. Como Víctor trece le contó hace apenas una hora, cuando estaban rodeados en la garita en el exterior del complejo conocido como el Huevo cayó a una especie de habitación de descanso a través de una trampilla que él supuso que realmente era un atajo para llegar a dicha habitación. Al fondo del pasillo hay una habitación, cuya puerta, completamente abierta, permite ver su interior. Todo esto lo observa Víctor quince a la carrera por supuesto y en apenas unas décimas de segundo. Pero son más que suficientes para ver que en el interior de esa habitación parece haber una máquina de refrescos y un mullido sofá. Reza para que esa sea la habitación de descanso a la que hacía referencia su compañero. De ser así tendría alguna posibilidad de salir de allí, ya que no cree que Víctor cero conozca la existencia de la trampilla. O eso espera al menos. Al fin, logra entrar en la habitación y cierra con increíble velocidad la puerta. En el momento en que lo hacia no logró ver a doscientos trece en el pasillo por lo que espera que se tome su tiempo antes de entrar en esa sala quizá registrando las muchas otras que hay en el pasillo.

Y así sucede realmente. No es más que un segundo pero cuando Víctor cero alcanza el pasillo ya no puede ver a su presa. Sin embargo, ha oído el ruido de una puerta al cerrarse. A ambos lados hay tres habitaciones, lo que sumadas a la que puede ver al fondo hacen un total de siete. Doscientos trece decide descartar las cuatro primeras usando la lógica, o, al menos, lo que él cree que es más acertado. Sin duda alguna, piensa, nadie se escondería en las primeras habitaciones ya que esas son las que su perseguidor registraría en primer lugar, igual que alguien que entra a un servicio público elige el último W.C. para hacer sus necesidades si bien los más cercanos estén libres. Es una cuestión de instintos, incluso de lógica. Por tanto, entra en la tercera sala empezando por la derecha. En ella no ve nada más que un par de camas y un pequeño armario. Decide

agacharse para mirar si acaso su presa no se escondiese bajo la cama dándose cuenta mientras lo hace que, de estar detrás de él Víctor quince, podría aprovechar ese momento para golpearlo con la suficiente violencia como para hacerle perder el conocimiento. Pero tal cosa no sucede. Víctor cero se levanta después de no ver nada en el suelo y se dispone a registrar la siguiente habitación sin dilación alguna.

Víctor quince investiga el techo de la sala de descanso en pos de algo que le permita abrir la trampilla y salir al exterior a salvo. Tras no mucho investigar descubre un pequeño cordel que, al tirar de él, dobla la baldosa hacia si descubriendo un hueco lo suficientemente grande como para que una persona adulta pase por él, aunque no mucho más. Realmente Víctor trece tuvo mucha suerte al caer por el agujero limpiamente y no quedarse encajado en el ya que sus medidas parecen hechas a propósito para no permitir el paso de nada más que un único cuerpo. Subiéndose al sofá, Víctor quince salta y consigue agarrarse al suelo de la garita. No sin un gran esfuerzo sube a la misma sintiéndose por fin libre, si bien sólo en parte. Sin embargo, ha de cerrar la trampilla o si no nada de lo que ha hecho habrá valido para nada ya que en cuanto su perseguidor entre en la habitación verá el hueco por donde ha huido y le seguirá enseguida. Tumbándose en el suelo y estirando el brazo todo lo que su cuerpo le permite, Víctor quince coge el borde de la baldosa y, con algo de fuerza e impulso tira de él hacia arriba al tiempo que retira su mano para que no se la pille la trampilla contra el suelo. La trampilla queda perfectamente anclada al suelo de nuevo. Como si no la hubiese tocado nunca. Ahora, Víctor quince espera que, cuando doscientos trece entre en la habitación, cosa que sin duda estará a punto de hacer, no se percate de la trampa y tenga que dar un rodeo para salir del Hueco, tiempo que Víctor quince sabiamente empleará en huir de allí lo más rápidamente que pueda.

Una vez registradas las habitaciones cinco y seis, doscientos trece entra en la del fondo del todo, pese a que tampoco encuentra nada, al menos nada de lo que espera encontrar. Una máquina de refrescos, un sofá y una televisión son todo lo que hay allí. No se detiene a mirar más detenidamente por lo que no se da cuenta del pequeño y casi transparente cordel que cuelga del techo. Incluso si lo hubiese visto no pensaría más que se trata de un hilo de telaraña como cualquier otro. Sin más dilación cierra la puerta de la habitación y decide, ahora sí, registrar todas las habitaciones del pasillo. No descubre a Víctor quince en ninguna de ellas. Esta tarea le lleva cosa de un minuto que Víctor quince aprovecha muy bien en el exterior poniendo entre ambos una distancia considerable, más aún si tenemos en cuenta que doscientos trece desconoce el paradero de su presa por completo. Sin saber muy bien qué hacer, y extremadamente confuso al no saber cómo ha podido darle esquinazo su clon de esta manera, Víctor cero vuelve atrás e investiga todo el complejo. Todas las salas y habitaciones. Durante los veinticinco minutos que tarda en hacer esto, y, hasta que decide empezar a buscar en el exterior, Víctor quince ha aprovechado para poner entre ellos más de un par de kilómetros de

distancia, la cual se amplía enormemente debido a que ha encontrado un pequeño vehículo aparcado en un arcén de la carretera que pertenece a un par de jóvenes que hacen el amor a apenas doscientos metros del coche bajo las estrellas. Cuando quieren darse cuenta, Víctor quince ya ha arrancado y se marcha sin rumbo fijo. Nada más coger el vehículo se pregunta si sabrá conducirlo correctamente, pero sus dudas se disipan al instante al comprobar que es perfectamente capaz de hacerlo. Quizá todos sus recuerdos, aunque falsos, le permitan hacer cosas que no ha hecho anteriormente, si bien las recuerda a la perfección. Recuerda haber conducido durante horas y eso es tan real para él que no tiene ningún problema a la hora de volverlo a hacer. Sin más se dirige con el vehículo lo más lejos que puede, sin un objetivo claro más que poner toda la distancia posible entre él y Víctor cero. Ya pensará luego con más calma que puede hacer para detenerlo, pues eso lo tiene muy claro, alguien tiene que pararle.

Doscientos trece desiste de su búsqueda una hora después de comenzarla. Víctor quince ha escapado y no le queda otra más que asumirlo. Sin embargo, no debe preocuparle ya que no supone una amenaza real para él. Quizá alerte a las autoridades y vengan a por él, pero tampoco piensa que le puedan creer. Aun así no puede permanecer en el Huevo mucho tiempo, ya que es cuestión de días que alguien venga allí a comprobar que lo que dice su clon es cierto. Entra en el complejo y dedica la siguiente hora y media a ver qué es lo que el doctor Pérez ha dejado allí dentro. Ha destruido todos los documentos y archivos informáticos que pudiesen vincularle con el proyecto. De hecho, es como si nunca hubiese existido tal proyecto. Nada queda que lo pruebe. No obstante, hay algo que se le ha pasado por alto al buen doctor, algo que, obviamente no podía haber previsto ya que en caso de que alguien descubriese el Huevo ya no podría vincularle a él con nada ilegal. Lo que doscientos trece descubre extasiado es que Pérez no ha destruido ninguna de las máquinas que posee el complejo. Todas están intactas. Quizá pensó que aunque encontrasen las máquinas nadie podría pensar nada malo de ellas, incluso no sabrían como usar algunas. Pero esto supone algo muy importante para Víctor cero. Ahora su plan se podrá realizar en muchísimo menos tiempo. Con la tecnología intacta solamente tiene que comenzar a experimentar con ella desde ya. Lo único que puede suponer un problema para él es que ha de trasladar todas las máquinas necesarias a algún lugar seguro en el que su clon no mire nunca. Aunque incluso si utiliza el Huevo como base de operaciones, quizá concluya su plan inicial antes de que Víctor quince regrese con ayuda. Sí, eso es lo mejor, piensa. No se moverá del Huevo. De hecho, comenzará a trabajar ahora mismo para llevar a cabo su sueño cuanto antes. Además, no le ha contado a sus clones su verdadero plan, tan sólo una versión descafeinada del mismo para que no se escandalizasen tanto, y aun así lo han hecho. Realmente y con todas las herramientas a su disposición en un par de días habrá

terminado con su trabajo. Y así es como todo comienza.

## BÚSQUEDA

No lo ve por ningún lado. Hace un par de días que perdió su rastro. Salió a buscar repuestos y todavía no ha vuelto. A veces salía por diversos motivos, pero siempre regresaba, a más tardar, al día siguiente. Se estaban haciendo viejos y necesitan reparar la máquina, otra vez, como han venido haciendo desde hace tanto tiempo que apenas puede recordarlo. Ahora ha tomado una decisión, saldrá a buscar a setecientos doce. Pese a que es arriesgado, ya que no conoce mucho el terreno en el que se encuentran, debido a que se instalaron en él hace apenas dos

meses, ha de hacerlo. Ella sola no podría sobrevivir mucho tiempo, de hecho, solos morirían desesperados enseguida. Juntos son algo, juntos pueden vivir y aguantar el paso del tiempo. Coge algunas cosas que cree necesarias y emprende el camino que piensa que setecientos doce ha recorrido en busca de las piezas necesarias. El camino lógico piensa, uno que está marcado en el suelo en forma de surco ya que el resto del paisaje lo conforman cientos de árboles y maleza. Es lo único que hay en esta parte del mundo. Eso y el lugar donde consiguen el material necesario para mantener la máquina en funcionamiento. Nada más. El resto no es más que un páramo vacío de vida, exceptuando pequeñas criaturas animales. Si bien tampoco puede estar seguro de que no hay vida realmente en esa región ya que nunca se han atrevido a ir más allá de las montañas que rodean el lugar. Y no será por no haber tenido oportunidades. Pero no lo han hecho. Quizá si encuentra a setecientos doce sea el momento adecuado para hacerlo. Quizá ella ya no soporta más vivir de esta manera, necesita otra cosa; una meta, un objetivo; algo que la impulse a desear permanecer con vida, pues muchas son las ocasiones en las que ha anhelado la muerte, pero su compañero nunca la ha dejado morir; afortunadamente, ya que, pese a todas las adversidades y tormentos, dudas y desánimos, en el fondo de su corazón quiere vivir, eternamente, como todo el mundo.

## Capítulo 2

### SEGUNDA PARTE

#### NADIE

Nadie. No hay nadie. Es increíble, llevo una hora caminando y no he visto a nadie. ¿Dónde se ha metido la gente? Es jueves, no es fiesta, estoy en pleno centro de Alcorcón y nada más que veo coches. Las tiendas están abiertas pero vacías, es el sueño de cualquier ladrón. Estoy empezando a preocuparme seriamente. Voy a llamar a algún telefonillo para que me expliquen qué es lo que pasa, si hay toque de queda o algo parecido. Llamo al tercero, letra c, del primer portal que veo pero nadie me contesta, llamo al cuarto a y tampoco me habla nadie. ¿Qué coño está pasando? Entonces se abre el portal, alguien desde su casa me está abriendo. Obviamente paso y llamo al ascensor, la persona que me ha abierto ha tenido que ser una de las dos a las que he llamado, así que me dirijo al tercero c a comprobar si han sido ellos lo que me han dejado pasar. La puerta obviamente está cerrada así que llamo al timbre varias veces, pero nadie contesta. Me equivoqué de piso. Subo al cuarto por las escaleras y me sorprende al ver la puerta marcada con la letra a entreabierta. Han debido ser ellos los que me han abierto, creerán que soy un familiar o un conocido al que esperan. Entro tímidamente preguntando si hay alguien y nadie me responde. A la izquierda se ubica la cocina, vacía, recogida, silenciosa. Llego al salón en el que me encuentro la televisión encendida, la cámara enfoca la mesa en la que normalmente dan el telediario, pero no hay nadie sentado, nadie habla, la cámara permanece inmóvil y fija en la mesa sin intención de moverse. El sofá está negro, como calcinado.

Entonces oigo un ruido que me empuja a girar la cabeza hacia el pasillo donde veo lo último que me esperaba; un perro, un doberman exactamente, mirándome fijamente y gruñendo. No sé por qué pero algo me dice que va a venir a por mí, por lo que decido salir corriendo antes de que coja ventaja. La puerta de la calle está relativamente cerca por lo que logro llegar antes que él y cerrarla de un portazo. Al otro lado escucho sus furiosos ladridos. El corazón me late a tope. No sé qué coño está pasando aquí, o dónde se ha metido la gente, lo mejor será volver a casa para ver si mi familia está bien o le ha pasado lo mismo.

Bajo a la calle y corro en dirección a casa. No podría ir andando hasta allí, sería demasiado acojonante, caminar por calles vacías, esperando que en algún momento alguien aparezca por cualquier esquina. Todavía recuerdo el accidente en el que murió mi padre. Coches aplastados unos contra otros y mi madre gritando de fondo. Recrear en cierta manera esa escena me acojona sobremanera. Sin embargo, no puedo correr hasta mi casa sin descansar, hay mucha distancia por lo que al rato tengo que ir andando, para mi desgracia. Parece que camino por un pueblo fantasma, uno de esos puebluchos abandonados en los que apenas viven tres ancianos, la diferencia es que esto no es un pueblucho cualquiera, es Alcorcón. Me encuentro por fin ante el portal de mi casa, abro con las llaves y subo las escaleras ya que el ascensor está averiado, lleva así toda la semana y parece que hoy no vendrá nadie a repararlo. Vivo en el quinto piso, al cual llego tras darme una buena paliza. Entro en casa, teóricamente deberían estar ahí mi mujer y mi hija ya que hoy no iba al colegio, no se encontraba bien. El pestillo no está echado por lo que respiro aliviado, no han salido, tienen que estar aquí. Sin embargo, no las veo dentro, he recorrido todas las habitaciones y no las he visto. En la habitación de la niña la cama y varios muebles están negros, como si se hubiesen quemado. ¿Ha habido un incendio? ¿Qué coño está pasando aquí? La situación es realmente preocupante. Enciendo la tele para ver si dicen algo acerca de esta extrañísima situación, pero no logro coger los canales, no dan señal; ninguno. Ninguno excepto aquel canal que vi en la casa en la que acabo de estar hace quince minutos, el canal en el que lo único que se ve es la mesa del presentador pero sin el presentador. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

Entonces sucede algo que me sobresalta sobremanera, suena el teléfono. Si suena significa que tiene que haber alguien al otro lado, alguien que seguramente está tan confuso como yo. Cojo el teléfono y pregunto quién llama, entonces escucho una débil voz femenina, hablando, casi susurrando, que me dice: Ayúdanos, socorro, estamos atrapadas, Manuel... la comunicación se ha cortado, no hay línea. Era Patricia, era la voz de mi mujer, está viva, en alguna parte, atrapada, quizás secuestrada. Miro el número desde el que me han llamado y certifico lo que sospechaba, es un móvil. Marco el número con la esperanza de volver a hablar con ella pero entonces escucho el infernal mensaje que dice: El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura. ¡Mierda!

No sé qué hacer, estoy perdido, confuso, esta situación me supera por completo. Lo mejor será llamar a toda la gente que conozco, alguien más puede encontrarse en mi misma situación, o en la situación de mi mujer. Uno tras otro llamo a todos mis amigos y familiares pero nadie contesta, saltan sus contestadores o dan cientos de tonos sin respuesta. Desesperado decido llamar a la policía, a los bomberos, a urgencias, a los hospitales, a las tiendas, en definitiva, a todas partes, pero nada consigo. La situación es desesperada, ¿es qué soy la única persona que queda en todo Alcorcón?, ¿cómo es posible? Lo que está claro es que en casa no

voy a averiguar nada por lo que bajo a la calle con la esperanza de encontrar a alguien, aunque solamente sea a una persona. ¡Joder!, ¡es qué es de locos! Los portales están vacíos, las tiendas también, es increíble, lo único que ha podido pasar es que se hayan ido todos juntos ya que no hay ni cuerpos, por lo tanto, no pueden estar muertos. Camino durante media hora, he visto medio Alcorcón, lugares por los que no había ido nunca antes ahora me los conozco de memoria, es una imagen que jamás se me borrará de la cabeza, esto debe ser una pesadilla, una larga pesadilla de la que espero despertarme pronto. Pero lo que más miedo me da no es que todo el mundo haya desaparecido sin explicación alguna. No; lo que más miedo me da es el hecho de que no sé dónde están mi mujer y mi hija, no sé si están vivas o... no puedo creer que no estén vivas, no puedo, esa llamada no hace más que causarme más temor del que ya tenía.

De repente algo que veo me sorprende gratamente, es increíble, estoy viendo a otra persona, está sentada en el banco del parque que tengo justo enfrente. Este dista unos doscientos metros de mi posición actual. Son sin duda buenas noticias, hay otro, tengo que hablar con él, necesito hablar con él. Corro frenéticamente hacía él con la vana esperanza de que me pueda contar lo que ha pasado, de que me explique la situación. Un nuevo mundo de posibilidades se abre ante mí.

## ALGUIEN

El panorama no pinta nada bien, a poco de llegar al banco me doy cuenta de que ese hombre no va a poder contarme nada. Está muerto. Sentado en el banco, empapado en sangre, se ha cortado las venas, no hace mucho a juzgar por el color de la sangre y de que todavía no hay bichos alrededor. Entonces una voz a mi espalda me habla:

—Se suicidó hace aproximadamente una hora. No pudo aguantar más.

Me giro de prisa y veo frente a mí a un hombre de complexión delgada, alto y vestido con vaqueros y camisa.

—Vi como lo hizo, no pude evitarlo, era amigo mío.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Fernando, Alberto y yo salimos anoche de copas, íbamos de un bar a otro hasta que en el último nos pasó algo muy extraño. Entramos al baño para descargar parte de lo que habíamos bebido y, cuando salimos, no vimos a nadie, la gente había desaparecido, el barman, los clientes, todos. Al principio creímos que éramos nosotros que estábamos muy borrachos, pero pronto nos dimos cuenta de que era muy real. No sé si era producto del alcohol pero nos pareció oler a quemado por lo que salimos de allí. Entramos en otros bares, pero la situación era la misma en todas partes. Hemos estado buscando gente desde entonces sin suerte. Alberto no pudo resistir más, no saber dónde estaba su familia. Decidió poner punto final a su vida. Entonces me quedé solo. Pero ahora

te he encontrado.

—A mí me sucedió algo parecido —dice Manuel—. Salí de casa y ya no vi a nadie más, pero esta mañana me despedí de mi familia, estaban en casa.

—Nosotros dejamos de ver gente sobre las tres de la mañana y tú...

—Yo sobre las siete.

—No tiene sentido, ¿es qué van desapareciendo paulatinamente?

—No tengo ni idea, mira Fernando, lo mejor será que a partir de ahora permanezcamos juntos, no nos separemos por nada.

—Tienes razón, pero, ¿qué hacemos?, ¿por dónde empezamos a buscar?

—Iremos a la comisaría.

—¿Crees que allí queda alguien?

—No lo creo, sinceramente, pero encontraremos algún documento fechado, así sabremos a qué hora desapareció la gente allí y a partir de ahí podremos intentar esclarecer algo este asunto.

—De acuerdo, vamos para allá.

Los dos desconocidos emprenden juntos el camino hacia la comisaría. Tardan en llegar cinco minutos, pero antes de entrar, Manuel se queda mirando un gato que pasa frente a ellos.

—¿Sabes qué Fernando?

—¿Qué?

—Es curioso, esta mañana buscando gente entré en una casa que tenía la puerta entreabierta y lo único que pude ver fue a un perro.

—¿Qué tratas de decirme?

—Ahora hemos visto un gato, los animales no han desaparecido, no sé por qué pero sólo desaparecen los seres humanos, y no todos, a juzgar por nuestra presencia aquí.

—Es extraño sí, creo que después de registrar la comisaría deberíamos ir a esa casa en la que entraste, puede haber algo raro allí.

—Sí, lo curioso es que me abrieron el portal y no creo que fuese el perro.

—Lo que confirma que había alguien allí. Quizás desapareció en ese momento.

—Puede, pero entonces, ¿estás diciendo que la gente desaparece así sin más?, ¿qué se evaporan?

—Sé tanto como tú, de momento centrémonos en la comisaría, a ver si encontramos algo útil.

Ya en el interior ven que, como suponían, no hay nadie, ni un ruido perturba el ambiente, parece un cementerio. Deciden buscar por separado, pero no muy lejos el uno del otro, lo suficiente como para poder verse. Manuel registra información y la recepción mientras Fernando hace lo propio con el mostrador de renovación del DNI y el pasaporte. Decenas de papeles apilados, muchas denuncias incluidas, las fechas sitúan la desaparición a partir de las ocho de la mañana, de eso hace exactamente dos horas, las mismas que han pasado desde que Manuel salió de casa y sin embargo, Fernando dejó de ver gente sobre las tres lo que significa que no todo el mundo había desaparecido cuando ellos ya no veían a nadie. Aún quedaba gente. Quizá fuesen desapareciendo por sectores y horas, o algo así, es la única explicación posible que se le ocurre a Manuel. No van a encontrar nada más en la comisaría así que piensan que lo mejor será volver a la casa de la que antes habló Fernando. Los dos están de acuerdo así que abandonan el edificio y se dirigen hacia allí.

## CAMBIO DE RUMBO

El camino les parece ya demasiado conocido, demasiado común, nada pasa, nada suena, nada ven.

—He de advertirte Fernando. Esa casa no estaba vacía cuando la abandoné, quedaba el perro, y estaba furioso, me atacó.

—Bueno, algo se nos ocurrirá para esquivarlo, alguna estratagema para entretenerle. Piensa en algo.

—No he tenido en cuenta una cosa.

—¿Qué?

—Al salir, cerré la puerta de golpe, no podremos pasar.

—Cojonudo, bueno da igual, no pasa nada, nos olvidamos de esa casa, total ¿qué puede tener de distinto con respecto a las demás? Hay un perro dentro, hemos visto un gato antes, lo cual nos indica que los animales no

han desaparecido, pero eso no nos ayuda en nada.

—Tienes razón, vale, ¿qué hacemos ahora pues? Yo opino que lo mejor es tratar de bajar a Madrid, es más grande y es probable que haya más gente como nosotros.

—Está bien, probemos con eso, tengo el coche no muy lejos de aquí, cojámoslo y hagámoslo.

Cinco minutos de caminata les separan del coche de Fernando. Cada segundo que pasa y que no ven a nadie sienten más miedo. ¿Y si son los últimos seres humanos que quedan? ¿Acabarán suicidándose como Alberto consumidos por la desesperación?

Una vez en el coche lo arrancan sin problemas, cogen la carretera de Leganés y, enseguida se dan cuenta de que tendrán más problemas de los que imaginaban para llegar a Madrid. Coches, la carretera está llena de coches, parados, sin conductor, pero con el motor en marcha, algunos ardiendo. Los habían visto antes por las calles, pero no se fijaron en ese detalle. Afortunadamente no obstruyen el paso; de manera que los dos supervivientes no puedan continuar con su avance. Cuando la carretera está llena de coches y no les dejan pasar (en una glorieta por ejemplo) atraviesan por aceras y jardines antes transitados y ahora vacíos.

No tienen ningún problema en salir de Alcorcón, pero no irán mucho más allá. En la glorieta de salida a la carretera de Extremadura se ha producido un terrible accidente. Varios coches se encuentran envueltos por las llamas empotrados contra la escultura que preside la glorieta. Una salida bloqueada, afortunadamente, no es la única. Saldrán por el polígono, tomarán las carreteras en sentido inverso si hace falta, total ningún coche vendrá en sentido contrario. Entonces el automóvil comienza a detenerse.

—¡Mierda!, tenía que haber echado gasolina. ¿Ahora qué?

—No pasa nada Fernando, cogemos otro coche, ¿recuerdas?, están todos parados con el motor en marcha, a nuestro alcance.

Abandonan su actual vehículo y fijan sus miradas en los que hay alrededor. Fernando da varias vueltas, va y viene como si buscara algo que no se ve a simple vista.

—¿Qué haces? Cojamos este mismo.

—Y una mierda. Tenemos a nuestra disposición el coche que queramos así que cogemos uno decente. Entonces se decide, un BMW que está en

medio de la carretera, listo para acoger sus exigentes traseros.

—Esto es distinto joder, apenas sí hace ruido.

Entonces pasa de nuevo, la otra salida de Alcorcón hacia Madrid está bloqueada también, otro brutal accidente con un camión involucrado les corta el paso.

—¿Qué coño pasa? Parece como si hubiésemos pasado por los únicos sitios que todavía pueden transitarse en coche.

Y pronto Manuel tiene que darle la razón a su compañero. Después de coger media docena de coches y quedarse atascados media docena de veces deciden desistir.

—Oye Fernando, no sé qué hora será, pero yo tengo hambre, voy a ir a casa a comer algo, descansar y trataré de pensar más claramente. Ven conmigo, no conviene que nos separemos, tal vez no volvamos a vernos.

—Vale, ya me empieza a dar todo igual, llevo todo el puto día buscando gente, ahora voy a descansar.

DESAPARICIÓN

Dicho esto se encaminan a casa de Manuel, y, como ya es costumbre, no ven a nadie ni en las escaleras, ni en ningún lado, prueban a llamar a todos los telefonillos por si acaso, pero el resultado es el esperado: nada.

En casa de Manuel, Fernando es invitado a sentarse en el sofá mientras el anfitrión prepara algo de comer. Mientras Manuel cocina, Fernando enciende la tele a ver qué se encuentra. No la había encendido en todo este tiempo, no desde antes de salir de juerga con Alberto. Que putada lo de Alberto piensa, le jode, pero procura no darle más vueltas lo que no es muy difícil ya que ahora mismo tiene demasiadas cosas en la cabeza.

En el canal uno hay interferencias, así como en el dos, en el canal diez es donde consigue ver algo, la mesa de telediario, vacía, la cámara fija en ese punto.

—Mira Manuel, en el diez se ve algo.

Manuel se asoma para ver lo que dice su compañero.

—Ya lo había visto antes, en la casa en la que me encontré al perro estaba encendida la tele y se veía lo mismo.

—Pues no sé qué pensarás tío, pero creo que esto apoya la teoría de que la gente desaparece de repente. ¿Cómo si no es posible que no cortasen la emisión o, por lo menos, apagasen la cámara?

—Sí, es muy extraño. ¡Joder!, ¡la comida!

Manuel corre hacia la cocina mientras Fernando apaga el televisor. Al rato Manuel vuelve con dos platos de spaghetti.

—Están un poco calientes, pero bueno.

Comen y, mientras lo hacen, discuten acerca de todo lo que les ha pasado hasta entonces. Procuran no olvidarse de ningún detalle por pequeño que les parezca. Así, charlando, se hace de noche.

—Yo no sé tú Fernando, pero estoy exhausto.

—Yo también, no hemos parado en todo el día.

—Es cierto, lo mejor será irnos a dormir para continuar mañana nuestra

búsqueda. Quizá con la mente despejada podamos pensar mejor.

—Sí, o quizá despertemos como si nada de esto hubiese ocurrido, como si se tratase de una pesadilla.

Manuel le muestra a su compañero la habitación de invitados donde dormirá esta noche y, una vez cada uno en sus respectivas camas, duermen.

Son las siete de la mañana cuando Manuel se despierta, no consigue dormir más, tiene tantas cosas en la cabeza, la llamada de su mujer es lo que más le preocupa de todo. Se dirige a la cocina a comer algo, Fernando continúa en su habitación ya que aún tiene la puerta cerrada y Manuel no quiere despertarle todavía, si él ha conseguido conciliar el sueño, que descanse.

Tras tomarse un café enchufa de nuevo el televisor esperanzado, pensando que a lo mejor algo ha cambiado desde ayer, que todo ha sido poco menos que una horrible y cruel pesadilla, pero no es así, ningún canal se recibe salvo el ya famoso canal diez con su mesa del presentador siempre fija en la imagen. Es desesperante, es increíble más bien, que toda la gente de Madrid y quién sabe si de España incluso haya desaparecido sin dejar rastro de la forma más inverosímil del mundo, evaporados, consumidos por el aire.

Entonces ve algo que le perturba sobremanera, una sombra en la emisión del canal diez, una sombra humana que ha pasado fugazmente por delante de la cámara. Manuel no puede hacer menos que levantarse de un impulso del sofá y acercarse más al televisor para comprobar que no se ha tratado de una alucinación provocado por su todavía confusa mente, sino que realmente ha visto a alguien en la tele. Pasan un par de minutos y no ve nada, tiene que avisar a Fernando pero no quiere despegarse de la pantalla por si se repite el hecho así que se limita a llamarle a voz en grito. Mientras viene permanece impasible en espera de nuevas esperanzadoras. Tardan poco más de un minuto en llegar. Un hombre joven de espaldas a la cámara, parece que buscando algo por la mesa y la silla del presentador, entonces se percató de que hay una cámara emitiendo y, acercándose a esta, la apaga. Ya no hay señal del canal diez pero lo que es evidente es que hay más gente y no sólo son Manuel y Fernando. Aprovechando el momento y percatándose de que Fernando no ha hecho caso a su llamada corre a despertarle el mismo. Entonces es cuando se lleva la segunda gran sorpresa de un día que no estará exento de ellas: Fernando no está en su habitación. Ha desaparecido. La cama muestra un aspecto grotesco. Es como si faltase la parte central. En su lugar un agujero de color negro que desprende un penetrante olor a quemado. Otra vez. ¿Qué significa eso? Manuel busca por toda la casa, pero no aparece. Se ha ido, o evaporado, o lo que sea que le pase a la

gente. Está solo de nuevo.

## BOMBA INFORMATIVA

Rubén acaba de salir del despacho de su jefe. Le ha contado la misma historia que su hermano le ha explicado por teléfono hace apenas una hora. Le ha costado creerle y más darle un especial informativo en horario de máxima audiencia para exponer su noticia, máxime teniendo en cuenta que toda la emisión de la cadena en el día de hoy ha girado en torno a los incendios. Pero lo ha conseguido. Podrá contar su historia. La historia de su hermano realmente.

Aún le cuesta asimilar todo lo que le ha dicho, pero jamás ha puesto en duda su palabra. Hacía mucho tiempo que no hablaba con él debido al trabajo tan especial que desarrollaba hasta este día. Ahora lo entiende todo. Una vez le cuelga sabe que tiene la noticia del año entre manos. Algo que eclipsará lo de los incendios tal y como su jefe ha llegado a entender también.

Antes de colgar le ha pedido a su hermano que venga al estudio para contar la historia de primera mano y ser entrevistado. Este le ha dicho que tardará algunas horas en llegar debido a que se encuentra algo lejos, pero que salía de inmediato rumbo a la sede del canal diez. Mientras tanto Rubén destapará la historia y hará tiempo contando toda la información que sus compañeros puedan conseguir de las personas involucradas.

Apenas media hora después de colgar se encuentra sentado en la mesa de informativos con la cámara emitiendo en directo. Comienza a relatar la historia y, según lo hace, siente cada vez más y más calor. Está ardiendo. Literalmente.

## EL METRO

No hay nadie en la casa, Manuel está como al principio, como el día anterior, solo y desorientado. Tras tomarse un tiempo para asimilar la situación toma una decisión, lo mejor será dirigirse a la sede del canal diez, piensa que allí tiene que haber gente o, al menos, la persona que ha visto en la tele. El principal problema al que se enfrenta es el de cómo llegar allí, la sede del canal diez se sitúa cerca de Príncipe Pío y todas las salidas están cortadas para salir con un coche de Alcorcón.

Tras mucho meditar decide que lo mejor será ir andando aunque eso le lleve todo el día. Reunirá provisiones suficientes en una mochila y se dirigirá a Madrid. La imagen de ayer de calles abandonadas únicamente ocupadas por coches estrellados o inmóviles estremece a Manuel sólo con recordarlas así que decide ir en metro hasta príncipe pío. Como no hay servicio puede seguir los túneles hasta llegar a su objetivo sin problemas, no se encontrará con nada ni nadie que lo asuste. Gracias a que lleva una linterna en la mochila tampoco caminará a oscuras.

Un cuarto de hora más tarde se encuentra frente a la parada de Puerta del Sur, línea 10 de metro que empalma directamente con su destino final. Una vez dentro nada más que tiene que pasar por los torniquetes de salida para entrar y saltar a la vía para comenzar su andadura.

El camino es muy largo y pesado, una hora después del comienzo todavía se encuentra en Colonia Jardín por lo que a ese ritmo en una hora más u

hora y media a lo sumo habrá llegado.

Entonces un ruido familiar perturba a Manuel, un ruido lejano que se acerca, una luz que lo deslumbra a lo lejos, al final de donde alcanza su vista, en la vía. Es un tren que se acerca rápidamente, ¿Cómo?, no lo sabe Manuel ni puede preguntárselo ya que lo único que alcanza a hacer en ese momento es apartarse de la vía en la que está y ponerse a cubierto pegado a la pared contraria de donde percibe el sonido.

El vagón pasa a escasos metros de él, y, antes de que le sobrepase del todo puede ver como una persona, el conductor, está a los mandos del mismo. Alguien más. El conductor también ve a Manuel y echa mano del freno en el mismo momento en que se percata de su presencia. Brusca y violentamente, el tren detiene su avance a unos cuantos metros de Manuel. Una vez detenido se acerca lentamente al vagón del conductor para hablar con el mismo y obtener una explicación de lo ocurrido. Cuando está a su altura ve como el conductor, un hombre joven le indica que entre por una de las puertas del primer vagón. Estas se abren y Manuel, encaramándose a ellas sube al tren. Entonces se cierran las puertas y el tren comienza a moverse de nuevo, muy lentamente pero se mueve. Manuel está desconcertado ante esta situación, pero no tiene mucho tiempo para pensar en ello ya que lo que ve en el interior del vagón lo llena de pavor. Dos cuerpos decapitados descansan en el suelo manchándolo todo del rojo escarlata propio de la sangre humana. A través de la ventanilla que tiene la puerta que une el primer y el segundo vagón puede ver como en este se encuentran varias personas apiladas en torno a la puerta llamando a gritos a Manuel. Aunque este no puede oírles con claridad, y, de hecho, tampoco tiene tiempo para hacerlo, ya que en ese momento el conductor accede al primer vagón desde su cabina y ve a Manuel. El conductor lo mira extrañado y le pregunta:

—¿Cómo es que estabas aquí?

—No le entiendo, vi a alguien en televisión hace unas horas en el canal diez y me dirigía a Madrid por los túneles de metro con la esperanza de encontrarle.

—Yo no he estado en el canal diez ni ninguno de nosotros. ¿Cómo es posible? Bien, como sea, no deberías estar aquí. Eres uno de los pocos que no han venido, así que mi deber es llevarte con nosotros.

—¿Con vosotros?, ¿y quiénes sois vosotros?, ¿de qué me estás hablando?, ¿quiénes son todas esas personas que parecen encerradas en el vagón de al lado?

—Preguntas demasiado chico, las respuestas a todo eso no te conciernen en absoluto. Lo único que importa ahora es que has de venir conmigo,

hemos de investigar por qué no te hemos podido traer antes.

—No sé de qué me estás hablando pero no voy a ir a ningún sitio contigo si no me explicas de que va todo esto.

—No lo entiendes, no tienes elección, vendrás conmigo lo quieras o no.

En ese momento el conductor se precipita sobre Manuel y, con velocidad y fuerza fuera de lo común lo inmoviliza por detrás. Sin que Manuel tenga siquiera la opción de defenderse, su captor lo esposó de pies y manos y lo empuja haciéndole caer al suelo. Entonces, y teniéndolo completamente a su merced, lo arrastra de las piernas y, abriendo con llave la puerta que conduce al segundo vagón, lo arroja en su interior volviendo a cerrar la puerta a cal y canto. Todos los hombres y mujeres que se arremolinan junto a la puerta se echan hacia atrás en cuanto ven venir al conductor, temerosos de que vuelva a matar a uno de ellos como había hecho hace un rato con los dos compañeros que yacen en el suelo del primer vagón. Una vez hecho esto, el conductor vuelve al vagón principal a los controles del tren.

Aturdido por el golpe que se acaba de llevar Manuel al ser arrojado violentamente contra el duro suelo del vagón, consigue arrastrarse de tal modo que puede apoyar su espalda contra la puerta del compartimento manteniendo las piernas estiradas. Enfrente de él hay cinco personas, tres hombres y dos mujeres. Uno de los hombres se acerca a Manuel y le pregunta:

—¿Quién eres, y qué hacías en los túneles del metro?

—Me llamo Manuel, estaba en los túneles ya que mi objetivo es llegar a Madrid a través de ellos. Todas las salidas de Alcorcón están cortadas para poder desplazarse en coche y no me gustaba la idea de recorrer todo el trayecto a pie por carretera, presenciando más y más accidentes. Pero, ¿quiénes sois vosotros y cómo hemos llegado aquí?, ¿quién es el conductor y por qué nos ha encerrado a todos en este vagón?

—Son muchas las preguntas que haces —dice otro de los hombres, uno mayor, canoso y físicamente menudo—. Por lo que yo sé y mis compañeros me han contado, cuando despertamos ayer el mundo entero había desaparecido. Estábamos solos, no sólo en casa si no en toda la calle. Somos todos del centro de Madrid y nos encontramos los cinco buscando incesantemente por la ciudad. Compartimos la misma suerte. No sé decirte por qué de repente, y sin previo aviso, todo el mundo parece haberse evaporado, solamente sé que nosotros no lo hemos hecho, desconozco el motivo, pero me temo que el individuo que nos ha encerrado aquí conoce toda la verdad acerca de lo que ha pasado ayer. Ese hombre nos encontró en la gran vía, creíamos que era otro como nosotros, otra persona que se despertó un día y no encontró a nadie a su

alrededor, alguien desorientado que por fin había encontrado compañía. Pero nos equivocamos. Cuando llegó a nuestro lado nos atacó sin miramientos. Entonces éramos siete, nosotros cinco y los dos que has visto muertos en el vagón de al lado. Fue impresionante como consiguió reducirnos a todos. Hizo gala de una fuerza sobrehumana y de una agilidad como nunca he visto. Cuando nos quisimos dar cuenta de que ese hombre no era como nosotros y que nos estaba atacando ya únicamente quedábamos cuatro en pie. A pesar de nuestra superioridad no tardó más de medio minuto en dejarnos a todos inconscientes. Yo soy muy viejo para luchar como ves y una de las mujeres está embarazada, por lo que le resultó muy fácil derrotarnos. Cuando despertamos nos encontramos aquí mismo, en este mismo tren, encerrados en el vagón en el que tú estás ahora. Luchamos por salir, lo intentamos todo, pero no lo conseguimos. De hecho, cuando los dos compañeros trataron de romper los cristales para escapar por ellos, el hombre vino y entró en nuestro vagón. Golpeó a los dos hombres y se los llevó a rastras al primer vagón. Nosotros no pudimos hacer nada por evitarlo. Entonces presenciamos algo que jamás creíamos que podía suceder. Fue horrible. Cuando se reincorporaron nuestros compañeros, trataron de atacarle al unísono una última vez, fruto de la desesperación quizá, pero no les dio tiempo a alcanzarle ya que sus cabezas explotaron a la vez matándolos al instante y dejándolos tal como los has visto antes. No puedo contarte nada más ya que entonces el conductor detuvo el tren una vez volvió a la cabina y llegaste tú. No sé qué quiere de nosotros ya que no nos ha dicho nada, sin embargo, te hemos oído hablar con el antes, y, si bien no hemos llegado a entender ni una sola palabra, confiamos en que nos cuentes lo que te dijo, ya que tal vez nos ayude de alguna manera a salir de aquí.

—Lamento ser portavoz de malas noticias pero no me dijo nada útil, o por lo menos, nada que yo pudiese entender. Lo único es que se sorprendía de que no hubiese ido con ellos antes y que, por ese motivo, tenía que llevarme. Lo que sí puedo contaros es que el motivo por el que decidí bajar a Madrid fue que vi en el canal diez a una persona frente a la cámara. Eso me proporcionó esperanzas de cara a averiguar qué estaba pasando en la ciudad. Viendo el recibimiento que nos está dando este hombre, ya no sé si es buena idea ir en busca de esa persona.

—Puede que no, pero puede que sí sea buena idea, quiero decir, ¿quién sabe? Por el momento no tenemos muchas opciones de hacer nada, todo pasa en primer lugar por escapar de aquí. Pero si lo conseguimos, yo iría al canal diez a tratar de encontrar a esa persona. Si nos equivocamos puede que acabemos igual que ahora, pero si no quizá logremos entender algo de esto —dice el viejo.

—También existe la posibilidad de que esa persona no sea más que alguien como nosotros, alguien en nuestra misma situación que no pueda

ayudarnos en nada— dice la mujer embarazada.

—Desde luego esa posibilidad existe —añade Manuel—. Pero no se me ocurre otra cosa que podamos hacer. De todas maneras, no comencemos a planear el futuro cuando todavía no hemos resuelto el presente. Lo primero y más urgente es salir de aquí.

—Claro, pero me temo que no tenemos ninguna posibilidad ahora mismo —dice el anciano—. Creo que lo único que podemos hacer ahora es esperar a ver dónde nos lleva ese hombre y estudiar la situación cuando esta cambie. Además, no sabemos si puede matarnos igual que lo ha hecho con Jaime y David.

—Tienes toda la razón, únicamente podemos esperar por ahora. Para más inri, yo estoy completamente esposado así que no podría hacer nada aunque quisiera. Vosotros no, por lo que veo, pero tal y como me habéis contado no podéis hacer nada físicamente contra él.

Dicho esto, los seis prisioneros se sientan esperando que el tren se detenga cuando llegue a la última estación, Puerta del Sur, el mismo lugar donde Manuel accedió a los túneles. Sin embargo, esto no ocurre ya que cuando llega al final, da la vuelta dirigiéndose a Madrid otra vez, al ser Puerta del Sur principio y final de línea. Pasa media hora hasta que el tren se detiene finalmente. Lo hace en la estación de Príncipe Pío. Entonces escuchan como el conductor baja del tren y, sin mirarlos sube a la estación y la abandona por la puerta principal sin que ninguno de sus prisioneros pueda siquiera imaginar adónde se dirige. Ellos, inmóviles e incapaces de hacer nada piensan entonces que quizá ahora puedan escapar rompiendo los cristales de las ventanas, ya que ya no está él para detenerles. Sin embargo, por más que lo intentan no lo consiguen. Ni siquiera los rajan un poco. Se preguntan cómo podrían salir del metro sus ocupantes si alguna vez era necesario hacerlo. Sin más opciones esperan a que su captor regrese.

## EL DÍA ANTES

Manuel está sentado en su sofá preferido viendo la televisión mientras su mujer acuesta a su hija. Estaba viendo una película, pero hace tan sólo cinco minutos la interrumpieron para ofrecer un boletín informativo. Otro más. Desde el mediodía todas las cadenas han emitido boletines especiales debido a la gran cantidad de incendios que están sucediendo por todo el país.

En este último boletín hablan de un edificio de viviendas que ha ardió hasta los cimientos. Parece que los bomberos no han sido capaces de encontrar supervivientes. Manuel escucha al reportero contando la noticia:

—Está confirmado que no hay supervivientes. Hasta ahora, dos horas después de que el incendio esté bajo control, los bomberos han sacado los cuerpos de veinte personas. Creen que todavía hay más cuerpos bajo los escombros.

—¿Se sabe algo acerca del origen del incendio, Roberto? —pregunta el periodista que se encuentra en el estudio.

—Acabamos de enterarnos de que, según el informe preliminar de la policía el fuego se originó en diez viviendas diferentes en un intervalo de muy pocos minutos.

—¿En diez viviendas? —pregunta sorprendido el periodista del estudio—. Esto descarta pues una fuga de gas o una imprudencia. Pudo haber sido provocado entonces, pero, ¿en diez viviendas a la vez?

—Efectivamente. Los datos por ahora no aclaran mucho la situación, pero la policía confía en que puedan encontrar las razones de este extraño suceso en poco tiempo.

En ese momento Patricia entra en el salón y se sienta al lado de Manuel.

—¿Qué es esto? —pregunta—. ¿No estabas viendo una película?

—Han vuelto a interrumpir la programación para hablar de otro incendio.

—¿Otro? ¿Cuántos van hoy ya?

—No lo sé —contesta Manuel. Demasiados. Este además es de lo más extraño ya que el fuego parece haberse originado en el interior de diez viviendas distintas.

—No entiendo nada —dice Patricia—. De todas maneras deberíamos irnos a la cama ya. Alicia tiene colegio mañana, yo tengo muchas cosas que hacer en casa y tú tienes que madrugar.

—Tienes razón —asiente Manuel—. Igualmente, dudo que emitan el final de la película a estas alturas. No cuando tienen una noticia tan suculenta entre manos.

Y dicho esto ambos se levantan del sofá y van a acostarse. Mañana toca trabajar.



## DOS IGUALES

Manuel espera a que pasen cinco minutos para comunicarles a sus compañeros el plan que ha ideado. Puede que antes no consiguiesen romper las ventanas de emergencia con sus manos desnudas, pero ahora sin él vigilándoles nada les impide romper una de las ventanas del vagón y huir por allí. Afortunadamente Manuel se trajo para el camino un pequeño hacha de emergencia por si acaso, un regalo de su primo al que le encantaban las armas blancas de todo tipo. Los desconocidos abren su mochila y la sacan cortando las esposas que lo encadenan. Aun así cargará con las esposas colgando de sus muñecas el resto del día. De cualquier manera, está libre. Ahora tiene la suficiente movilidad como para utilizar el pequeño hacha y golpear con él la ventana del vagón. Y lo hace. Al poco de empezar ha conseguido echar abajo la ventana y disponen los cinco prisioneros de un hueco lo suficientemente grande como para escapar de allí. Una vez abajo y ayudando a la mujer embarazada a bajar, Manuel les habla:

—No sé vosotros, pero yo tengo la suficiente curiosidad por saber qué coño está pasando como para esperar a ese hombre y sacarle todo lo que sepa a golpes.

—Pero ya has visto lo fuerte que es, no podremos nada contra él —dice uno de los hombres.

—Si le pillamos por sorpresa y le golpeamos con todas nuestras fuerzas estoy seguro de que le noquearemos. Entonces podremos atarle como hizo conmigo e interrogarle.

—No me parece un buen plan —dice la mujer embarazada—. Pero la alternativa consiste en huir por el túnel sin rumbo fijo y sin saber cuánto tardará en alcanzarnos de nuevo. No obstante, yo permaneceré escondida todo el tiempo.

Una vez todos de acuerdo, exceptuando la mujer embarazada, se esconden entre dos columnas cercanas y allí esperan a que vuelva su misterioso captor. Pasan diecisiete minutos cuando este irrumpie en escena bajando por unas escaleras mecánicas que van a dar directamente al andén en donde se encuentra detenido el tren. El individuo se dirige directamente al vagón donde tenía retenidos a todos los que se ha encontrado por el camino y, justo en el momento en que se da cuenta de que la ventana del extremo opuesto del tren está rota y que en el interior del mismo no hay nadie, justo en ese momento en que se encuentra lo suficientemente cerca del tren como para no percatarse de lo que ocurre a sus espaldas, recibe un fuerte golpe en la cabeza que le deja inconsciente.

Tarda apenas unos minutos en recuperarse pero, cuando lo hace, Manuel y el resto ya han hecho lo que tenían pensado hacer con él. Atado fuertemente con la cuerda que Manuel transportaba en su mochila se descubre inmóvil en el suelo el hasta ahora captor. Aprovechando ese momento de intercambio de poder Manuel se acerca a él lo suficiente como para que oiga lo que tiene que decirle pero no lo bastante como para, de algún modo, sufrir un ataque físico del indefenso individuo, cosa poco probable por encontrarse no sólo atado de pies y manos, sino por estar completamente tumbado en el suelo boca arriba sin la posibilidad de reincorporarse por sus propios medios.

—¿Quién eres? —le pregunta Manuel—. ¿Y por qué nos tenías a todos secuestrados?

—¿Creéis que estas simples ataduras pueden detenerme? —le contesta el individuo. —Sois más ingenuos de lo que pensaba. Sois pocos y por eso necesito encontraros a todos aunque, la verdad, vuestra muerte tampoco supondría un trauma para nosotros.

—¿Vosotros? ¿Quiénes sois y cuántos? —pregunta de nuevo Manuel molesto con la anterior respuesta que obtuvo del individuo.

—Eso no importa ya, he decidido mataros de una vez. Es muy cansado cazaros de uno en uno y llevaros a la base.

Dicho esto, y sin tiempo para replicar la mujer embarazada cae víctima de extrañas convulsiones, y, a la vista de todos, su cabeza explota. Todo se llena de sangre y restos de su maltrecho cerebro mientras su cuerpo, ya sin vida, cae al suelo. Visiblemente asustados ante tal extraño y perturbador acontecimiento algunos dirigen sus miradas hacia el individuo

para ver como rompe las cuerdas que le apresan con una demostración increíble de fuerza mientras les obsequia con una vengativa sonrisa.

La gran mayoría echa a correr en dirección a las escaleras mecánicas con la esperanza de salir de allí antes de que les coja, otros no pueden ni moverse sobrecogidos por el espanto y el terror producto de contemplar semejante espectáculo. Es lo mismo. Tanto los que echan a correr como los que no lo hacen mueren al instante de la misma forma que la mujer de antes. Un festival macabro de cabezas reventando una detrás de otra, como fuegos artificiales partícipes de una espectacular traca final en las fiestas de algún pueblo de este, ahora, desolado país.

Sin embargo, no todas las cabezas desaparecen en el aire víctimas de la aparente voluntad de aquel misterioso individuo que hasta hace no mucho era tan sólo su captor. Todas menos una explotan, la cabeza de Manuel continua firmemente ligada a su cuerpo como si nada hubiese pasado. Aparentemente trastornado ante este hecho, el individuo mira fijamente a Manuel con furia y violencia como esperando una respuesta, pero nada sucede de nuevo. Sin perder ni un segundo más de los que ya ha dejado escapar, Manuel corre hacia las escaleras deseando con toda su alma que aquel año de atletismo que su madre le obligó a hacer de pequeño suponga ahora la diferencia entre salvarse o caer en las garras de su captor de nuevo.

En ese momento se inicia la persecución, una persecución que posiblemente dure poco tiempo debido a que, aunque Manuel es bastante rápido, su perseguidor parece ganarle centímetros a cada zancada que da. Y así resulta ser. En menos de un minuto Manuel está acorralado. La puerta principal del metro, la entrada desde la calle, está cerrada. No tiene escapatoria posible. Entonces ve algo que le sorprende sobremanera. Su perseguidor sube lentamente por las escaleras dispuesto a cogerle, sabedor de que es imposible que su presa se le escape, pero, unos metros detrás de él un hombre físicamente idéntico a él hace lo mismo. El perseguidor parece darse cuenta de que alguien le sigue y dirige su mirada hacia atrás cruzándola con su gemelo. En ese mismo momento lo reconoce. Aprovechando la confusión de su captor y su aparente distracción, Manuel corre hacia él y le empuja con fuerza escaleras abajo. El extraño gemelo baja al ver lo que se le viene encima y, una vez abajo espera a que el caído se levante. Lo hace al poco tiempo visiblemente dolorido. Establece contacto ocular con su aparente gemelo y lo reconoce de nuevo, y lo odia por ello. Entonces y sin mediar palabra alguna Manuel observa desde su elevada posición como ambos hombres se enzarzan en combate. Su captor es fuerte, pero el nuevo parece llevarle ventaja merced a que no ha dejado a su enemigo recuperarse apenas de su caída. Varios puñetazos después su captor cae al suelo de nuevo. Si bien a simple vista no puede apreciarse, está muerto. Los golpes del nuevo eran más demoledores de lo que parecían. En ese momento, y con el cadáver de su enemigo a sus pies, el hombre dirige su

mirada hacia Manuel y le habla:

—Baja aquí, no tienes nada que temer.

—¿Quién eres? —pregunta Manuel.

—Mi nombre es Víctor y mi intención no es hacerte daño, pero si no nos largamos de aquí cuanto antes vendrán más como él.

Sin mucho tiempo para meditar su decisión y, confiando en que aquel hombre que dice llamarse Víctor diga la verdad, Manuel baja las escaleras y se reúne con él. Una vez juntos Víctor le indica que le siga y corren hacia el vagón del que antes escapó Manuel. Una vez allí se detienen.

—Coge todo lo que pueda hacerte falta, los cuerpos han de permanecer como están, no hay tiempo para entretenerse con ellos.

Haciéndole caso Manuel recupera su mochila y, guardando en ella el pedazo de cuerda que su captor rompió se dispone a seguir a aquel hombre allá donde le lleve.

—Bien, caminaremos por el túnel un buen rato —dice Víctor—. Cuando lleguemos a la estación de Lago bajaremos. Una vez estemos seguros te explicaré lo que ha pasado, al menos hasta donde yo sé.

Sin más dilación bajan a las vías y caminan por el túnel rumbo al norte durante aproximadamente veinte minutos, todos y cada uno de ellos a oscuras, hasta que llegan a la estación de Lago, la cual se encuentra fuera del túnel. Allí no hay nadie, como nadie había antes en Alcorcón y nadie debe haber en el resto del país. Suben al andén y atraviesan la salida alcanzando la calle. Desierta por completo. Entonces caminan un rato más hacia el este y, una vez llegan a una universidad, entran en un pequeño edificio anexo a la misma donde Víctor se acomoda y le aconseja a Manuel que haga lo mismo. La habitación en la que se encuentran es pequeña, sin ventanas, un poco oscura quizá. Encima de la cama algunas armas de fuego descansan junto a varios mapas y algunas piezas de fruta. Entonces Víctor le habla a Manuel.

—Has venido muy callado durante todo el trayecto y me alegro, respetando lo que te dije antes de que te contaría todo lo que sé una vez llegásemos aquí. Creo, no obstante, que el motivo por el que no me has preguntado nada es por miedo. Me tienes miedo en cierta manera, y eso que aún no has visto que tipo de cosas soy capaz de hacer. Pero no debes tenerme miedo, no ahora que lo único que tenemos somos nosotros mismos. Bien, te voy a contar lo que ha sucedido hasta ahora.

## EXPLICACIONES

—Todo comenzó hace dos días. Entonces descubrí que no era un ser humano normal, mas un clon. Antes de nada he de decirte que por muy

raro que te parezca mi historia, por muy extravagante que te suene todo esto, es la pura verdad, y que cuanto antes lo asumas más posibilidades tendremos de sobrevivir.

—De acuerdo —dice Manuel—. Después de todo lo que me pasó ayer más lo que he visto hoy, dudo que nada de lo que me cuentes me sorprenda mucho más.

—Te sorprenderá, créeme...

—Manuel.

—Gracias, no me habías dicho tu nombre todavía, yo soy Víctor como recordarás. Bien hace dos días descubrí que había estado encerrado desde que me clonaron en un complejo subterráneo con otros catorce clones más. Todos idénticos, todos procedentes de la misma persona. El hombre original, aquel del que tomaron muestras de ADN para crearnos a los demás no era terrestre. Vivió en otro planeta a millones de años luz del nuestro. Eran una civilización increíblemente avanzada que descubrieron que podían resucitar a una persona gracias a su secuencia genética, la extraían y clonaban de tal forma que el hombre anteriormente muerto ahora era joven de nuevo, pero conservando sus mismos recuerdos.

La historia obviamente es más larga y compleja que todo esto, pero no tenemos mucho tiempo por lo que solamente te cuento lo imprescindible para que luego entiendas que vas a tener que hacer para ayudarme.

El caso es que mediante su secuencia genética podían morir y volver a nacer de nuevo incluso en un lugar distinto, mucho tiempo después del hecho de fallecer. Al mismo tiempo, descubrieron que eran víctimas de una enfermedad causada por la contaminación de su atmósfera llegando a la conclusión de que la única salida para ellos era encontrar un nuevo planeta donde vivir con una atmósfera pura. Para ello enviaron a un grupo de astronautas al espacio con el objetivo de encontrar ese planeta y, una vez allí, gracias a la tecnología que llevaban con ellos resucitar a todos sus congéneres muertos tiempo atrás.

Al final el hombre del cual me clonaron llegó a la tierra, pero solo, debido a que las secuencias genéticas de todos los habitantes de su planeta fueron enviadas por satélite al espacio y nunca encontraron su destino, excepto la suya que fue encontrada por unos científicos españoles que la descifraron y recrearon de nuevo, dando lugar a la resurrección de ese hombre en este planeta, cientos de miles de años después.

Resultó ser incontrolable ya que todos los habitantes de su planeta potenciaron en ellos habilidades que no podían usar entre sí mismos, pero que, contra los humanos sí ya que estos últimos carecían de dichas habilidades. Una de ellas es la de reventar la cabeza de otro con el

pensamiento, cosa que hizo aquel tío con tus compañeros allí abajo en el metro.

Para estudiar mejor a ese extraterrestre lo encerraron y clonaron varias veces tomando muestras diversas de su tejido genético para poder aislar sus habilidades. Así nació yo. Sin embargo, hace dos días mis catorce compañeros y yo logramos escapar de nuestro cautiverio y descubrimos la historia del hombre del que todos nacimos. Tras morir todos mis compañeros excepto dos liberamos a aquel hombre con la intención de averiguar nuestro propio origen y el suyo también.

Sin embargo, fue un terrible error hacer eso. Tras contarnos toda la historia que te acabo de relatar nos hizo una proposición, unirnos a él para, juntos, sustituir a la raza humana por sus colegas de planeta a los cuales resucitaría usando las mismas máquinas que lo trajeron de vuelta a él. Obviamente nos negamos a colaborar en semejante disparate por lo que mató a mis dos compañeros y se propuso hacer lo mismo conmigo. Logré escapar finalmente y encontrar refugio aquí, pero, y aunque conocía sus planes, puesto que nos lo había contado al detalle, no podía imaginar que tan sólo dos días después los haría realidad.

Según me contó y, a la vista de la tecnología de la que disponía en ese momento debía tardar meses, incluso algún que otro año en poder completar su plan. Pero no fue así y aún estoy sorprendido por ello. Llegué a Madrid al amanecer y me vine aquí a dormir. No tuve problemas para entrar ya que al ser día festivo no había nadie usando estas instalaciones y pude colarme fácilmente. Dormí todo lo que pude, que fue bastante, y me desperté en cuanto comenzaba a anochecer. Organicé mis ideas y salí a la calle para buscar algo de ropa nueva y comida, pero no pude ver a nadie, todo el mundo había desaparecido. Estuve dando vueltas durante tres largas horas y no vi a nadie en todo ese tiempo. Entonces no asocie lo que estaba pasando con Víctor, el original del que fui clonado, por eso me llamo Víctor también, y traté de buscar una explicación.

Al rato me topé con un hombre, una persona idéntica a mí, un clon. No podía ser ninguno de mis compañeros ya que todos ellos murieron. Lo vi con mis propios ojos, por lo que supuse que sería Víctor. El hombre se me acercó y me reconoció. Me dijo que debía ir con él, que alguien me estaba esperando, que su plan ya había comenzado y que, si quería, todavía estaba a tiempo de rectificar y ayudarlo en su propósito. Aquel hombre era un clon de Víctor Cero, el original, por lo que pude comprobar más tarde, no uno idéntico, sino una versión más débil de él, como todos los clones anteriores éramos.

Me quedé estupefacto puesto que el hecho de la desaparición de todo el mundo estaba directamente relacionado con Víctor. Y apenas habían pasado dos días desde que le liberamos. No podía creerlo, no daba

crédito. De lo único que estaba totalmente seguro es que no me iba a unir a él y menos ahora que su plan parecía tan avanzado. Había hecho desaparecer a todo el mundo en menos de cuarenta y ocho horas y no podía imaginar cómo.

Tras una extraña conversación con aquel clon, lo maté. Igual que hice antes en el metro con aquel otro que te perseguía. A golpes, ya que mi habilidad no funcionaba con él. Sin embargo, antes de rematarle pude enterarme de que no todo el mundo había desaparecido. Parecía que un grupo de siete personas continuaban todavía en las calles. Mi objetivo entonces fue encontrar a esas personas y ponerlas a salvo para, una vez todos juntos, enfrentarnos a Víctor y tratar de enmendar esta situación.

Entonces un pensamiento me vino a la cabeza. Serían siete personas en Madrid, en España o en total en todo el mundo. No podía saberlo pero tenía que arriesgarme e intentar encontrar a cuantos más mejor. Entré en algunas tiendas, cogí ropa, comida y armas y las traje todas aquí.

Salí a buscar gente tan pronto cayó la noche y he estado haciéndolo desde entonces hasta que te encontré a ti. Sé que esta historia te sonará a ciencia ficción pero es totalmente cierta. Has sido testigo de algunas cosas increíbles. También soy consciente de que no te la he contado de una manera muy precisa o descriptiva, pero la situación requiere que nos demos prisa. Pensarás ¿por qué no he esperado a encontrar más personas y contaros a todos la historia a la vez para no tener que repetirla si encontramos a alguien más? El motivo es que no creo que quede nadie más. He visto que erais varios en el metro y todos estaban muertos por lo que si únicamente hay siete no confío en cruzarme con ningún humano más. Sólo somos tú y yo. Si tienes alguna pregunta que hacerme, hazla ahora, en poco tiempo saldremos de nuevo para detener a Víctor.

—La verdad es que la historia es increíble, pero no me queda otra más que creérmela. Después de todo lo que he visto, y de lo que no he visto en los últimos dos días cualquier explicación es buena para mí. ¿Qué otra alternativa tengo? He presenciado como todo el mundo desaparecía de golpe, como un único hombre acababa con la vida de varias personas sólo con el pensamiento. Puede que no lo entienda todo, pero imagino que con el tiempo irá cobrando más sentido tu historia aunque por el momento me suene a chino. Ahora, si te he entendido bien, ese Víctor tiene la intención de traer aquí a todos los habitantes de su planeta pero, entonces no entiendo por qué ha desaparecido todo el mundo aquí en la tierra y tampoco comprendo quiénes son esos tíos que igual que te atacaron a ti antes me encontré en el metro. Si son clones suyos, ¿no puede ser la gente con la que compartía planeta, no?

—No puedo responderte a ninguna de esas dos preguntas aún —contesta Víctor—. Como ya te he dicho estas consecuencias no eran las previstas y menos en tan poco tiempo. La única manera de responder estas

cuestiones en encontrar a Víctor cero.

—¿Pero cómo lo encontramos? ¿Sabes dónde se esconde?

—No tengo ni idea.

—Y no solamente eso —añade Manuel—. ¿Cuándo le encontremos cómo le detenemos? Quizá haya muchos de esos clones protegiéndole.

—En lo referente a encontrarlo no tengo ni idea ni de por dónde empezar a buscar, no así en cuanto a acabar con él. Antes de matar a su médico este me comentó que quizá existía una forma de matarlo, y es su madre. Ya que para resucitarlo hace falta una mujer que lo desarrolle en su vientre según nos dijo el doctor, puesto que, en la tierra no tenemos las máquinas de clonación de las que disponían en su planeta de origen. Él creía que ella era la clave para detenerle.

¿Y dónde está ella ahora?

—Encerrada en los sótanos de unas instalaciones pertenecientes al doctor. No sé cómo se llama la empresa, la cual hacía de tapadera para llevar a cabo su verdadera investigación, pero podemos averiguarlo. Debe existir algún registro en el que figure el nombre del doctor y de su empresa. Si lo encontramos, daremos con la madre.

—Aquí cerca de donde nos encontramos está el registro mercantil —dice Manuel—. Vayamos allí y obtengamos dicha información.

—Sí, eso es lo que tenemos que hacer. Iremos siempre juntos, ¿de acuerdo?, y convenientemente armados. Coge un par de pistolas y munición de encima de la cama. Coge también uno de esos teléfonos móviles que están sobre aquella mesa. Escribiremos detrás el número del que lleve el otro por si se diese la circunstancia de que nos viésemos obligados a separarnos. Puedes cambiarte de ropa si lo deseas, saldremos en quince minutos.

—De acuerdo.

—Mira —comienza Víctor—. Sé qué te parecerá muy precipitado y repentino todo, mucha información que procesar en poco tiempo, que cuando te levantaste esta mañana no tenías pensado hacer nada ni remotamente parecido a esto, pero es lo que hay. Ahora es una cuestión de supervivencia, e, incluso, puede que la última esperanza de la humanidad este en nuestras manos.

—Parece que nos metemos de lleno en la típica película de acción de

Hollywood —dice Manuel.

—No obstante esta vez los protagonistas no son los americanos. Bien, te dejo solo para que te cambies. Te espero en la entrada en quince minutos.

—De acuerdo Víctor, pero, una última cosa.

—¿Sí?

—El día que comenzó todo esto llamaron por teléfono a casa. El día en que no había gente en las calles. Era mi mujer la que se encontraba al otro lado de la línea y me pedía ayuda. Sé que tu principal objetivo es acabar con ese Víctor cero y tratar de revertir la situación en lo posible, pero mi principal prioridad es encontrar a mi mujer y a mi hija y, si encontramos al causante de todo esto, antes de matarle o lo que sea que tienes pensado hacerle, necesito que me diga donde se encuentra, ¿de acuerdo?

—Sí, no te preocupes Manuel, mi objetivo no es únicamente acabar con Víctor cero, también lo es traer de vuelta a toda la gente desaparecida. Y esto que me acabas de contar es un rayo de esperanza para nosotros ya que sabemos que todo el mundo, o al menos una parte, están en alguna parte, luego no han desaparecido.

Y dicho esto Víctor abandona la habitación y se dirige a la entrada donde espera a que Manuel se prepare. Este último se echa a llorar durante un instante al no poder creer lo que está sucediendo. La situación le supera. Quince minutos después se reúne con Víctor, y, juntos, emprenden el camino al registro mercantil.

## BÚSQUEDA

Lleva un mes buscándole, ha atravesado medio mundo con el objetivo de encontrarle, pero aun así no ha podido hacerlo. Sin embargo, sabe que está tras la pista correcta ya que setecientos doce ha ido dejando rastros que le han permitido seguirle. Rastros que para cualquier persona serían imperceptibles pero no para ella. Esos rastros la han conducido hasta España, más concretamente a Madrid. Durante todo su camino se ha encontrado con multitud de personas, personas que nunca han detectado su presencia. Ha pasado desapercibida entre ellos, robando para poder comer y cambiarse de ropa. Sin embargo, en los últimos dos días no ha visto a nadie. Es como si todo el mundo hubiese desaparecido a la vez.

¿Para qué habrá venido hasta aquí setecientos doce?— se pregunta—. ¿Y por qué la ha dejado sola sin decirle cuáles eran sus intenciones? Todas estas dudas se agolpan en su cabeza. Ahora, lo más preocupante de todo es el hecho de haber abandonado la máquina. ¿Qué sucedería si nunca regresasen? ¿Se quedaría allí para siempre? ¿Y si alguien la descubriese? Aunque si esto último sucediese tampoco sería muy relevante debido a las piezas que ahora mismo necesitan remplazarse. Aun así este problema le preocupa más que ninguno de los otros. Parece mentira que, después de tanto tiempo, las cosas hayan cambiado tan deprisa en cuestión de días.

## LA MADRE

Dos horas más tarde de haber abandonado su refugio Víctor y Manuel encuentran lo que habían ido a buscar. Durante todo el trayecto Manuel le ha ido preguntando dudas y curiosidades a Víctor que este le ha ido contando en la medida de sus posibilidades. En todo ese tiempo no se han encontrado con nadie, ni siquiera a uno de esos lacayos de Víctor cero. Una vez llegan al registro mercantil no les cuesta mucho trabajo dar con la dirección del lugar donde está retenida la madre biológica de Víctor cero.

El edificio está situado en pleno centro de Madrid, aproximadamente a doce kilómetros de donde se encuentran ahora mismo. Una vez abandonan el edificio toman la decisión de ir al lugar en coche por lo que cogen el primero que ven en la calle con el motor en marcha. Al contrario de lo que le pasó a Manuel cuando intentó salir de Alcorcón de la misma forma, ahora no tienen excesivos problemas para moverse por las carreteras de la capital debido a que los coches, parados o estrellados parecen encontrarse a los lados del camino dejando el centro de la

carretera principal parcialmente despejada.

—Tenemos que pensar algo mejor —dice Manuel mientras Víctor conduce.

—¿Cómo?

—Debemos tener algún tipo de plan si queremos que todo vuelva a la normalidad. Creo que lo que estamos haciendo ahora es demasiado impulsivo y lo más probable es que nos salga mal.

—¿Y qué sugieres? —pregunta Víctor—. Si se te ocurre algo mejor dilo, estoy abierto a todo tipo de sugerencias.

—No digo que no consigamos acabar con Víctor cero pero no tenemos ni idea de cómo conseguiremos revertir la situación si él no nos lo dice. Es probable que todo el mundo esté encerrado en alguna parte, pero, ¿dónde metes a todos los habitantes de la tierra juntos y sin que se note? Incluso aunque encontremos a la madre probablemente no tendrá ni idea de lo que hacer. El doctor ese te dijo que era su última esperanza, pero analicémoslo más detenidamente. Esa mujer está encerrada desde antes de que Víctor cero elaborase todo este plan, seguramente ni siquiera le habrá visto más que en el momento del parto.

—Tienes razón Manuel, es una misión suicida, pero es la única opción que hay. Hemos de confiar en esa mujer para detener a Víctor cero y, en lo que respecta a la localización de todo el mundo, bien, es algo que por más vueltas que le des a la cabeza o intentes averiguar no sabrás hasta que encuentres a Víctor cero. Todo depende de la improvisación, de cómo reaccionemos llegado el momento.

—Supongo que tienes razón —dice Manuel—. Pero me jode mucho dejarlo todo en manos de la suerte.

Una vez dicho esto la pareja de supervivientes llega al lugar donde debe encontrarse la madre de su mayor enemigo. Abandonan el vehículo y cogen todas sus armas temerosos de lo que puedan encontrar dentro. Igual que les sucedió apenas media hora antes en el registro mercantil no tienen ningún problema para entrar en el edificio. Las puertas abiertas, nadie por ninguna parte que les moleste. Se dirigen al directorio principal que se ubica en medio de la sala que da a la entrada y observan que el edificio se divide en doce plantas. Diez superiores y dos sótanos. Naturalmente Víctor sabe que la madre se encuentra en uno de esos sótanos por lo que buscan unas escaleras de bajada y se dirigen al primero de estos.

Nada más llegar al primero se topan con una puerta con un cerrojo que les impide el paso, a su lado las escaleras que conducen al segundo sótano. Deciden investigarlo todo en orden por lo que Víctor empuña el

arma y dispara contra el candado. Tras dos disparos la puerta parece abrirse. Acceden a un largo y oscuro pasillo donde la visibilidad es nula por lo que Manuel saca la linterna de su mochila e ilumina el camino. El largo pasillo se acaba a unos veinte metros, pero en los laterales se sitúan cuatro habitaciones cerradas con sus respectivos candados.

—Vamos a gastar demasiadas balas si tenemos que abrirlas una por una —dice Manuel.

—No, no podemos permitirnos ese lujo. Mira, en las puertas hay una especie de cristal por el que espero que se pueda ver el interior de cada una de las habitaciones. Ilumínalo y sólo entraremos en aquellas habitaciones que creemos sospechosas. Esto es, que contengan alguna especie de tubo grande que es donde se supone está encerrada la madre —dice Víctor.

Inspeccionan las habitaciones una a una, no pudiendo ver nada parecido a un tubo a través de los cristales en ninguna de las tres primeras. Cuando llegan a la cuarta sin embargo no consiguen ver nada, está completamente a oscuras en el interior.

—Ésta tendremos que abrirla —dice Manuel—. El resto no parecen contener nada parecido a un tubo grande por lo que hemos visto, pero esta quién sabe.

Dicho esto Víctor destroza el cerrojo con dos balazos y penetra en la oscura sala.

—Debe haber algún interruptor por aquí cerca —dice Manuel, y al poco lo descubren y, pulsándolo ilumina por completo la habitación.

No hace falta que sigan buscando, ya han encontrado lo que quieren. Un tubo enorme preside el centro de la sala y, en su interior una mujer intubada duerme rodeada por completo de alguna especie de líquido verde. El resto de la sala está parcamente decorada. Apenas un gran ordenador en la esquina y una máquina cuyo uso desconocen los dos supervivientes.

—Joder —comienza Manuel—. Supongo que ella es la madre.

—Debe serlo —responde Víctor—. Venga, hemos de sacarla de ahí.

Así mientras Manuel se acerca al extraño artefacto con el objetivo de encontrar algún interruptor que vacíe el inmenso tubo, Víctor saca un pequeño hacha de su mochila y golpea el cristal con violencia. Este se rompe liberando el líquido verde que comienza a inundar la sala. En unos

pocos segundos el tubo está roto y su contenido disperso por toda la sala.

Ayudando a Víctor, Manuel termina de romper el cristal y, juntos, sacan a la mujer de su encierro cortando los tubos que la apresaban. Con ella en los brazos de Víctor tratan de reanimarla. Le hablan y abofetean con cuidado esperando que con eso recupere el conocimiento, pero no lo hace. Manuel decide comprobar sus constantes vitales y, tras un momento haciéndolo, comenta con Víctor el resultado de sus comprobaciones:

—Está muerta.

—No puede ser, se supone que esta máquina y esos tubos deben mantenerla con vida.

—Tal vez la matamos en el momento en que la sacamos —dice Manuel.

—No creo, hemos sido muy rápidos, además, a juzgar por el color de su piel yo diría que lleva algún tiempo muerta.

—¿Y ahora qué vamos a hacer Víctor? Ella era nuestra mayor, no, nuestra única esperanza de acabar con Víctor cero.

—No lo sé, Manuel, no lo sé.

## SOLA

Abre los ojos. Lentamente, con cansancio. Le duele la cabeza como si hubiese dormido más de la cuenta. Pero al abrir los ojos no puede reconocer el lugar en el que se encuentra. No es su cama, no es su habitación, no es su casa. Se fue a dormir anoche como todos los días, pero no se ha despertado en el mismo lugar. ¿Dónde está? ¿Y su marido? ¿Y su hija?

A pesar de la oscuridad puede vislumbrar que se encuentra en una sala pequeña, cerrada, vacía. No tiene ni idea de cómo ha llegado hasta allí y eso la asusta. Se levanta y, dirigiéndose a la puerta, la golpea con fuerza a la vez que grita pidiendo ayuda.

Pero nadie la escucha, nadie la responde. En ese momento se echa a llorar y, abatida, se tumba en el frío suelo donde permanece casi dos horas.

Transcurrido ese tiempo escucha un ruido, como un sonido metálico, breve pero fuerte. Se incorpora y ve como el pestillo de la puerta ha sido abierto. Con cautela pero sin dudar se dirige hacia la única salida posible y, tirando del pomo, abre la puerta. Muy lentamente asoma la cabeza, pero no ve a nadie, únicamente un largo pasillo que se extiende a ambos lados.

Sale de la habitación y comienza a caminar hacia su izquierda. A mitad del trayecto contempla una pequeña figura a lo lejos. Por culpa de la oscuridad que envuelve casi totalmente el pasillo apenas puede distinguirla, aunque sabe que es una persona, de poca estatura y que viste ropas blancas. Paralizada por el miedo a lo desconocido Patricia observa como la figura avanza lentamente hacia ella. Muy despacio, casi sin hacer ruido.

Sin embargo, cuando la distancia entre ambas personas es de apenas quince metros Patricia distingue claramente a la figura que se acerca. Es su hija. Rápidamente se dirige hacia ella y la abraza afectuosamente.

—¿Dónde estabas cariño? ¿Qué es lo que ha pasado?

—No lo sé mamá, me he despertado en una habitación que no es la mía.

Alicia nada más que tiene nueve años pero es muy valiente a pesar de su edad e, incluso en esta situación tan extraña parece tranquila, como confiando en que su madre la llevará pronto a casa.

—No te preocupes Alicia, vamos a salir de aquí ahora mismo y nos iremos a casa con papá, ¿de acuerdo? Por cierto, ¿qué es eso que llevas en la mano? —pregunta Patricia cuando se da cuenta de que se trata de un teléfono móvil. Entonces lo coge de manos de su hija y llama a casa esperando encontrar a su marido. Lo hace instintivamente sabedora de que nada bueno les está pasando. Piensa que posiblemente las hayan secuestrado. Se despiertan en habitaciones oscuras con ropa diferente a la que tenían cuando se acostaron. Entonces al otro lado de la línea responde un hombre.

—¿Sí?

—Ayúdanos, socorro, estamos atrapadas, Manuel —dice Patricia cuando en ese momento el móvil se apaga. La batería ha llegado a su fin. Muy asustada Patricia coge a su hija en brazos y echa a correr por el pasillo. El teléfono se queda en el suelo.

—¿Qué es lo que está pasando mamá? ¿Por qué lloras?

—No te preocupes cielo, vamos a salir de aquí enseguida, tan sólo procura no hacer ruido, ¿vale?

Y, tras escuchar las consignas de su madre la niña permanece en completo silencio.

Patricia llega a una bifurcación de caminos. A la derecha una habitación con la puerta abierta. A la izquierda el pasillo sigue hasta donde le alcanza la vista. De repente el sonido de dos personas caminando y un extraño ruido metálico llega a sus oídos desde el fondo del pasillo. Y se acerca. No hay tiempo para tomar decisiones por lo que entra en la habitación de su derecha y cierra la puerta. Mandando callar a su hija observa por la pequeña mirilla de la que está dotada aquella puerta.

Al rato ve a dos hombres, físicamente idénticos, empujando una camilla de hospital de la que cuelgan unas correas. Cuando alcanzan el cruce de caminos giran en dirección al lugar de donde Patricia vino. Pocos segundos después escucha a uno de los hombres gritar y comienza a sonar un ruido de alarma por todo el pasillo. Patricia sabe que las están buscando. Le dice a su hija que procure estar callada el mayor tiempo posible y, mientras trata de buscar algún tipo de interruptor de la luz. Cuando lo encuentra e ilumina la habitación descubre que está en un lugar muy distinto del sitio en que despertó hace apenas dos horas.

Parece una especie de laboratorio con probetas y ordenadores por todas partes, pese a que la sala no es muy grande contiene muchas cosas. Una de ellas es una especie de trampilla en el suelo. Cuando Patricia comprende que probablemente sea su única salida apaga la luz, consciente de que esta podría atraer a aquellos hombres al filtrarse por la

rendija de debajo de la puerta, y le pide a su hija que se agarre fuertemente a su espalda como si fuese una mochila.

Con la referencia del lugar donde está la trampilla Patricia se dirige hacia ella tanteando el entorno completamente a oscuras. No tarda mucho en llegar puesto que la habitación es pequeña y, cuando abre la trampilla percibe luz abajo, muy profundamente, al fondo. Unas escaleras en un estrecho hueco conducen hacia la luz. Apenas entran dos cuerpos por allí, pero debido a que la niña es pequeña pasan sin excesivos problemas. Cuando Patricia ha entrado del todo y se encuentra fuertemente sujeta a las escaleras, baja la tapa de la trampilla aprovechando un asa que posee para poder cerrarla desde dentro.

Entonces la oscuridad las atrapa, solamente la pequeña luz del fondo le permite a Patricia vislumbrar donde están los hierros de la escalera de mano y, lentamente pone un pie y luego otro iniciando el descenso. Debido a la extrema lentitud del proceso para evitar una desafortunada caída y al largo recorrido del trayecto tardan unos cuarenta minutos en llegar abajo.

Una vez allí, y, tras la inicial ráfaga de luz que impacta en sus ojos, llegan a una habitación similar a la de arriba, sólo que completamente iluminada. Sin embargo, la puerta de esta sala en lugar de tener una pequeña mirilla cuenta con un cristal de medio metro cuadrado que permite ver lo que hay en el exterior. Patricia se acerca con su hija agarrada a la espalda y mira por el cristal. Entonces es cuando lo ve.

## ENCUENTRO

Ha visto algo. Allí a lo lejos algo, o alguien se ha movido. ¿Será setecientos doce? No, no lo cree. Según su rastro no ha podido tomar ese camino. Entonces, ¿qué hacer?, ¿seguir el rastro de setecientos doce

como lleva haciendo desde hace un mes o investigar el origen del movimiento extraño?

Teniendo en cuenta que por fin cree saber adonde se dirige su compañero, gracias a que recordó la última conversación que tuvieron antes de que este se fuera, y que lleva dos días sin ver a nadie, se decide por seguir el origen del movimiento.

Recorre la calle desierta hasta que llega a la esquina donde lo vio y, girando, descubre a lo lejos frente a un gran edificio. Muchos coches situados enfrente de la puerta principal, como si sus ocupantes los hubiesen dejado de cualquier manera, ansiosos por bajarse cuanto antes. Entonces, a unos trescientos metros de su posición observa a dos hombres descendiendo de un vehículo. Eso es lo que vio antes, la parte trasera del coche girando rápidamente la esquina. No reconoce a ninguno, pero, ¿cómo podría hacerlo después de pasarse una eternidad aislada del mundo?

Los hombres abren el maletero y sacan un par de mochilas y pistolas del interior y, sin dudarle un instante entran en el edificio. Ella decide seguirlos a distancia, curiosa por saber quiénes son los extraños desconocidos y por qué entran armados en ese edificio. Sobre todo cuando se supone que no hay nadie. O, al menos ella, no ha podido ver a nadie en un tiempo.

Cuando consigue llegar a la puerta ya no están en su campo de visión. Entra en el vestíbulo principal y se detiene a observar todo lo que la rodea. Husmea el aire como lo haría un animal esperando localizar el olor de aquella pareja y, al poco tiempo, lo consigue. Su rastro le lleva a dirigir sus pasos a las escaleras principales y a bajarlas a lo que deben ser los sótanos del edificio.

Cuando llega al primer sótano se detiene ya que capta de nuevo el olor de los extraños, esta vez proviene de un largo pasillo que comienza al lado mismo de las escaleras, las cuales descienden todavía más hasta un segundo nivel. Decide adentrarse en el pasillo que tiene una longitud importante y se encuentra flanqueado por puertas que conducen a pequeñas salas. Todas las puertas están cerradas con candado menos una, la del fondo a la izquierda. Desde la distancia puede apreciar como está abierta y un halo de luz sale de su interior, así como lo que parece ser agua encharca la entrada.

Encamina sus pasos hasta allí y, cuando finalmente se encuentra bajo el marco metálico de la puerta ve a los dos hombres. Los extraños sujetan en sus brazos lo que parece ser una mujer, una mujer muerta hace tiempo. Ambos se dan cuenta de su presencia y le devuelven la mirada.

DESCONCIERTO

Abre los ojos. Lleva horas durmiendo, pero es que le hacia mucha falta. Ha tenido un día muy duro. Se levanta de la cama y sale al exterior. Está apunto de anochecer. Quizá ha dormido demasiado, quizá hubiese sido mejor salir a investigar de día, pero ya es tarde para eso.

Vuelve a la habitación y, tras lavarse la cara y coger una mochila que encontró el día anterior allí, sale a la calle en busca de algo de ropa nueva y comida. Trata de memorizar el lugar exacto donde está para poder volver más tarde sin problemas, y baja la calle rumbo al este.

Tras cinco minutos caminando se percata alarmado de que no hay nadie en la calle. Ni una sola persona se ha cruzado en su camino. Es muy extraño. Pero ahora en lo único en lo que puede pensar es en reorganizarse para acabar con Víctor cero antes de que empiece a desarrollar su maquiavélico plan.

Continúa avanzando hasta llegar a una tienda de ropa. La puerta está abierta, pero no hay nadie en su interior. Tras buscar al dependiente decide coger algo de ropa y, después de meterla en la mochila, abandona el local sin que nadie le obligue a pagar lo que se lleva.

Ahora necesita algo de comida. No ha probado bocado desde que comenzó todo hace casi dos días, desde que se despertó en aquella habitación y liberó a todos sus compañeros. Tras buscar durante aproximadamente media hora encuentra un comercio de ultramarinos y, al igual que en el caso de la tienda de ropa, nadie le atiende, nadie le detiene cuando se come sus productos y se lleva el resto en la mochila. Víctor comienza a preocuparse. No sabe qué puede estar pasando. ¿Cómo es posible que no haya gente en las calles, en sus propios negocios? Tiene que averiguarlo. Un problema más que sumar al de Víctor cero. No obstante, Víctor cero tardará meses en poder poner en marcha su plan, y eso siendo optimista.

Recorre calles, parques y portales, pero siempre con el mismo resultado. Nadie. La situación es acojonante. De repente, alguien, una persona al otro lado de la calle. Está lejos, pero Víctor puede reconocer sus rasgos, es él mismo quien le está devolviendo la mirada. Es un Víctor a primera vista, aunque Víctor sabe que no puede haber más ya que todos sus compañeros fueron asesinados en el Huevo. Tampoco puede ser Víctor cero, a él lo reconocería al instante. Entonces, ¿quién es aquel que se encuentra al otro lado de la calle escudriñándole?

En ese momento el desconocido se acerca a Víctor, lentamente. Este espera a que se encuentre frente a él para poder desentrañar el misterio. Cuando llega a su lado corrobora todas sus sospechas. Ha de ser un clon.

Son idénticos. Entonces el extraño le dirige la palabra:

—Has de venir conmigo Víctor, él te está esperando. Su plan ha comenzado a tomar forma, la situación es ya irreversible pero, si quieres, te ofrece aún la posibilidad de rectificar y ayudarlo en su cometido.

—¿Cuándo dices él te refieres a Víctor cero? —pregunta Víctor.

—Cuando digo él me refiero a él, al primero de todos.

En ese momento Víctor comprende que, tras la desaparición de la gente estaba la misma persona que, involuntariamente le había dado la vida. Muchas preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Cómo es posible que llevase a cabo su plan en tan poco tiempo? Incluso él mismo le dijo que tardaría meses en poder comenzar. Pero el hecho de que un clon suyo se encuentre frente a Víctor es prueba más que suficiente para darse cuenta de que algo ha tenido que pasar para acelerar de manera tan dramática el proceso.

Durante un rato el clon no dice nada esperando una respuesta positiva de Víctor, sin embargo, este no tiene nada que pensar. Jamás se unirá a un tirano como Víctor cero. Ya lo rechazó antes y volverá a hacerlo cuantas veces sea necesario. Comprende que el emisario que ha enviado a por él no se conformará con esa respuesta y que, probablemente tenga instrucciones de matarlo si la rechaza nuevamente, por lo que Víctor trata de matarlo antes haciéndole explotar la cabeza como tantas veces ha hecho anteriormente. Pero esta vez no lo consigue, no funciona con él. La única explicación es que el clon tenga la misma habilidad que él. Únicamente queda una opción, luchar.

Sin darle tiempo a reaccionar, Víctor golpea primero. Ambos contendientes se enzarzan en una violenta pelea de la que Víctor se erige como vencedor. Ha matado al clon con sus manos desnudas. Incluso se sorprende de lo fácil que le ha resultado. En ese preciso instante un sonido llega hasta sus oídos. Procede del clon. Víctor lo registra y descubre un teléfono móvil entre sus ropas. Sin dudarlo un instante lo descuelga sabedor de que puede obtener información de aquel modo. Además, quienquiera que sea la persona que se encuentra al otro lado de la línea no conseguirá distinguir entre la voz del clon y la suya propia.

—¿Sí?

—¿Has encontrado a alguno de los siete número tres? —pregunta la voz al otro lado del teléfono, una voz idéntica a la de todos los clones de Víctor cero.

—No señor, todavía estoy buscando, no es fácil encontrar a siete personas

en una ciudad vacía.

—Lo sé, escucha. Número dos ha conseguido encontrar a varios de ellos, ha muerto alguno en la pelea pero a los supervivientes les ha encerrado en un vagón de metro y los trae directamente hacia aquí. Quiero que vallas con el y te asegures de que llegan todos, ¿de acuerdo?

—Desde luego señor, ¿a qué estación debo dirigirme?

—Ahora mismo está recorriendo la línea diez para ver si queda alguno más escondido por los túneles. Le he dicho que te espere en la estación de Príncipe Pío, en la boca de entrada.

—Muy bien, voy para allá —responde Víctor

Acto seguido cuelga el teléfono y se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón. Ya es innegable que Víctor cero se encuentra detrás de todo esto, pero ahora sabe que no todo el mundo ha desaparecido. Hay un grupo de siete personas libres, puede que todas ellas prisioneras de otro de los clones, por lo que Víctor se marca como objetivo principal rescatarlos, no sólo porque son personas indefensas a merced del loco de Víctor cero sino porque si los quiere debe ser por algo. Quizá sean necesarios para continuar con su plan, por lo que si consigue rescatarlos y mantenerlos lejos de él tal vez su plan no llegue a completarse.

Con ese pensamiento en la cabeza Víctor se dirige a su base de operaciones, por llamarla de alguna manera, no sin antes entrar en algunas tiendas más por el camino para coger más ropa, comida y armas, ya que la gente que se encuentre probablemente las necesitarán. Una vez en su habitación deja todo lo que no necesita y encamina sus pasos en dirección al metro más cercano. Baja a las vías y se interna en el túnel, rumbo al sur, rumbo a la estación de Príncipe Pío.

## SUPERVIVIENTE

Víctor y Manuel miran en dirección a la puerta asombrados y asustados. Ante sus ojos ha aparecido una mujer. Morena de tez y de cabello, bastante largo por cierto, vestida con apenas cuatro trapos y de gran envergadura física para una mujer. Ella les devuelve la mirada, pero no dice nada. Tras unos tensos segundos de cortante silencio Víctor habla:

—¿Quién eres?

—Soy seiscientos quince —responde la mujer hablando lentamente, como si le costase encontrar las palabras exactas que tiene que pronunciar.

—¿Es eso un nombre? —pregunta Manuel. Pero antes de que la extraña mujer le responda Víctor interrumpe y le pregunta de nuevo.

—Eres una de ellos, ¿verdad? No eres de este planeta. Eres como doscientos trece.

Al escuchar ese nombre la mujer se muestra visiblemente sorprendida y, tras vacilar un segundo entabla conversación con Víctor.

—Me suena ese nombre, pero no estoy segura, hace muchísimos años que no tenemos contacto con nadie.

—¿Tenéis?, ¿es qué sois más aparte de ti misma? —pregunta Víctor—.

Dices muchísimo tiempo, entonces no has aparecido ayer he de suponer.

—¿Ayer? No, hace muchísimos soles que estamos aquí. Desde el principio —dice la mujer con menos dificultad que antes debido a que, de algún modo esos dos extraños se han ganado su confianza, o, al menos, han despertado su curiosidad.

—¿Puedes explicarte por favor? —pregunta Víctor mientras deposita con cuidado el cadáver de la madre en el suelo—. Toda la población de la Tierra parece haber desaparecido menos nosotros por culpa de doscientos trece, ¿lo conoces?

—¿No se llamaba Víctor cero? —pregunta Manuel a Víctor extrañado del cambio de nombre repentino.

—No, ese es el nombre que le puso el doctor Pérez.

—Escuchad —interrumpe seiscientos quince—. Realmente no sé de qué me estáis hablando. No sé quién es ese hombre por el que me preguntas, o, al menos no lo recuerdo. Está claro que vosotros sabéis más de este mundo que yo pese a que soy mucho más vieja que ambos, así como parece que algo malo está pasando que desconozco por lo que propongo que me dejéis que os cuente mi historia. No sé por qué pero estoy segura de que lo que os cuente os va a ser de utilidad. Quizá es debido a que nos conocemos, si bien yo no lo recuerdo ya que tu rostro, extraño, me es muy familiar.

—Desde luego es lo mejor. Quizá cuando nos hayas contado todo las piezas encajen y logremos encontrar la forma de eliminar a doscientos trece. Nuestra única esperanza residía en la mujer que ahora yace a nuestros pies por lo que no tenemos nada que perder. No te negaré que alguna duda tengo acerca de ti como comprenderás, puede tratarse de alguna trampa de doscientos trece para acabar con nosotros, pero, como ya he dicho antes, no tenemos nada que perder, así que nos arriesgaremos. Una vez nos cuentes tu historia te contaremos lo que nosotros sabemos a ver si conseguimos sacar algo en claro entre todos.

—Bien, entonces escuchadme. Mi historia es bastante larga en el tiempo, pero no toda ella está llena de cosas interesantes que contar. Todo comenzó cuando setecientos doce y yo fuimos enviados en una nave al espacio junto a otros ocho compañeros. Nuestro objetivo era encontrar un planeta con atmósfera para poder trasladarnos todos allí ya que en nuestro planeta un extraño virus estaba acabando con nuestra especie. Aunque conocíamos la forma de clonarnos para sobrevivir...

—Un segundo —interrumpe Víctor. Todo el proceso de resucitar mediante el ADN y eso lo conocemos, lo digo para que no tengas que alargarte explicándolo. La parte de la que no sabemos nada es a partir de cuándo

setecientos doce y tú os quedasteis en la Tierra y vuestros compañeros regresaron.

—¡Vaya! —exclama seiscientos quince—. Es increíble que sepáis todo eso, pero supongo que ya me lo explicaréis más adelante.

A todo esto Manuel entiende muy poco de lo que sus compañeros hablan ya que, si bien se lo había explicado todo Víctor antes, no llegaba a comprenderlo completamente y, menos todavía, atar cabos sueltos. Seiscientos quince prosigue:

—Nuestra misión era permanecer aquí, y, cuando nuestra máquina recibiese las secuencias genéticas de nuestros compañeros, les devolveríamos a la vida en la Tierra. Gracias a la tecnología que poseíamos podíamos introducir una secuencia en ella y obteníamos una especie de huevo, cigoto o como lo queráis llamar al que le aceleraba el crecimiento. Todo esto en cuestión de minutos.

—Perdona que te interrumpa de nuevo —dice Víctor—. Creía que era absolutamente necesario que ese cigoto se implantase en una mujer que daría a luz al niño.

—No, ni mucho menos. Lo que tú dices estaba prohibido. Gracias a la tecnología que poseíamos no hacía falta un útero materno. De hecho, antes de encontrar el recurso de la máquina lo hacíamos como tú dices y los resultados fueron pésimos.

—¿A qué te refieres? —pregunta curioso Víctor.

—A que de esa manera el riesgo de que la madre sufriese alguna enfermedad rara o experimentase ciertas anomalías eran elevadas, debido al intercambio de sustancias que se produce entre el bebé y su madre. Las habilidades mentales eran más poderosas aún e incluso podían afectar a otras personas con las mismas habilidades manifestadas a nivel, digamos normal. Como os iba contando esa vía de reproducción se prohibió para evitar problemas.

El caso es que sabíamos que nuestros compañeros todavía tardarían cien años en regresar a nuestro planeta, es lo que tardamos nosotros en llegar a este, así que nos propusimos investigar más a fondo el que iba a ser nuestro nuevo hogar. Podéis pensar que nuestros compañeros llegarían inmediatamente a nuestro planeta natal si los hubiésemos clonado allí tras morir, pero tened en cuenta que nuestra sociedad prohíbe tanto el suicidio como el homicidio y en nuestro hogar no podían saber con exactitud el momento en que ellos morirían.

Investigando este planeta descubrimos que estaba habitado por unos animales muy grandes y excesivamente peligrosos para nosotros por lo

que nos refugiamos en lo alto de una montaña para permanecer a salvo al menos un tiempo. Pasaron algunos años cuando estuvimos a punto de morir definitivamente. Un buen día un meteorito colisionó con el planeta. Lo vimos venir días antes, pero no podíamos hacer nada para evitar que colisionase con el planeta. No lo destruyó y no nos mató gracias a que nos fuimos a otra parte del globo, pero nos dimos cuenta de que la gran mayoría de los animales que habitaban el planeta habían desaparecido tras el impacto. El mismo ocasionó una serie de cambios climáticos bastante bruscos a lo largo de varios años a los que nos fuimos acostumbrando como pudimos. No sé de dónde vino tal pedazo de roca, pero trajo vida microscópica con ella. Nos dedicamos a recorrer el planeta en su busca y, cuando lo encontramos lo analizamos con las herramientas de las que disponíamos. Trajo vida celular microscópica que, lentamente fue extendiéndose por el planeta y causando la muerte a cientos de especies animales que no pudieron resistir la presencia de aquellos seres en su organismo. Pues como más adelante descubrimos eran seres simbioses, aún hoy forman parte de muchas especies animales que supieron adaptarse a ellos. A nosotros no nos afectaron en lo más mínimo.

Durante algunos años vagamos por aquí y por allí buscando vida inteligente, pero no encontramos nada. Nos sentíamos muy solos y todavía faltaban unos cincuenta años más para que nuestros compañeros regresaran a casa por lo que decidimos reproducirnos entre nosotros como planeamos en el momento que descubrimos este planeta. Nos saltamos las normas.

—Perdona un segundo —dice Manuel—. Si vosotros contabais con la maquinaria necesaria para clonaros, ¿Cómo iban a sobrevivir vuestros compañeros en su trayecto a vuestro planeta?

—Obviamente no contábamos con una sola máquina. Llevábamos dos para salvar ese problema. Ahora, como decía, decidimos reproducirnos por el método tradicional y poblar el planeta para que, cuando llegasen los demás se encontrasen algo más que un jardín gigantesco. He de decir que tuvimos muchos hijos, a razón de uno cada dos años más o menos, aunque descubrimos en ese momento por qué ese tipo de reproducción se había prohibido en nuestro planeta. Los hijos fecundados de forma natural no poseían ninguna de nuestras habilidades, o como mínimo las tenían en un grado tan inferior que apenas se percibía y eso se acentuaba con cada generación que nacía. No pudimos hacer nada para remediarlo ya que nuestra tecnología en ese momento se reducía a recoger información del espacio por medio de una especie de satélite y a la máquina de clonación. Nada más.

Aun así seguimos teniendo hijos. Con el tiempo se disgregaron y formaron sus propias familias con sus respectivos hijos muriendo al cabo del tiempo sin poder hacer nada para clonarlos. No conocíamos sus secuencias

genéticas y solamente podíamos introducir en la máquina las secuencias exactas para hacerlo. Conocíamos las nuestras, pero no teníamos forma de averiguar la de otros. Nunca le contamos a nadie que poseíamos una máquina capaz de darnos vida eterna.

Entonces llegó el día en que recibimos algo a través de nuestro micro satélite. Era una secuencia genética, nada más que una. Rápidamente la apuntamos en el suelo como pudimos y la reprodujimos en la máquina. Mientras lo hacíamos sondeamos el espacio en busca de más secuencias, pero no conseguimos encontrarlas.

En apenas unos minutos un ser humano se encontraba frente a nosotros. Sin lugar a dudas se trataba de uno de los nuestros. Hablamos con él bastante tiempo y nos explicó por qué sólo habíamos podido captar su secuencia genética. Al parecer, una vez introducidas todas las secuencias el ordenador que se encargaba de depositar nuestras cadenas de ADN en el espacio falló, se recalcularon las coordenadas automáticamente mandando las distintas secuencias a frecuencias diferentes. Una vez en el espacio y, a medida que estas avanzaban, se iban separando más y más unas de otras.

Eso nos dijo doscientos trece que sucedió, que afortunadamente su secuencia encontró el rumbo correcto y, que como la suya alguna más pudo seguirla. Los días posteriores nos dedicamos a poner al día a doscientos trece sobre nuestro nuevo planeta así como a tratar de localizar más cadenas de ADN con nuestro micro satélite. Entonces, un día como cualquier otro, doscientos trece desapareció. Cuando nos despertamos por la mañana ya no estaba allí así como todos nuestros familiares, nietos y bisnietos (los hijos ya habían muerto de viejos).

Sorprendidos como estábamos buscamos por los alrededores, pero resultó inútil. Habían desaparecido todos. Tres días más tarde doscientos trece volvió, y con el cincuenta de nuestros descendientes. Parece ser que doscientos trece les convenció, de alguna manera, que ellos morían porque nosotros lo deseábamos, que no les dábamos nuestro poder de resurrección (así lo creían todos ya que nunca le mostramos la máquina a ninguno de nuestros hijos) porque no deseábamos que llegasen a ser tan poderosos como éramos setecientos doce y yo.

Doscientos trece les había contado lo de la máquina y en ese momento venían a arrebatárnosla. No recuerdo cómo se lió todo exactamente pero comenzamos a luchar contra ellos. Eran cincuenta y uno contra dos, pero los dos contábamos con las habilidades de las que ellos carecían, entre ellos la psíquica. Excepto doscientos trece. Con todo el dolor de mi corazón me vi obligada a matar a mi propia descendencia uno tras otro.

Al final quedaron tres y doscientos trece. Nuestros bisnietos escaparon y, francamente no hicimos nada por evitarlo, pero doscientos trece no corrió

la misma suerte. Setecientos doce y yo lo matamos a golpes a sabiendas de que nuestras habilidades eran inútiles contra él. Nos quedamos solos. De nuevo.

Decidimos que algo así jamás volvería a suceder por lo que nos escondimos en lo más profundo de la selva en medio de un paraje montañoso, conscientes de que podían pasar siglos antes de que alguien nos encontrara. Y así fue.

Con el paso de los siglos supimos que existían seres humanos más allá de los límites de nuestro hogar y de que cada vez eran más. Se agrupaban en tribus y vagaban por el mundo conocido aumentando la especie. Era nuestro legado.

Pero antes de darnos cuenta de todo esto se nos planteó un problema enorme. ¿Qué haríamos cuando nuestra máquina de resurrección fallase? Algún día las piezas comenzarían a estropearse y no disponíamos de nada similar a la tecnología que necesitábamos para repararla. Afortunadamente encontramos la solución.

Setecientos doce, que fue uno de los encargados de la construcción de las primeras máquinas de clonación, trabajó en ella logrando sacar algunas piezas de su interior que no impedían su funcionamiento. Valiéndose de las herramientas primitivas que pudo construir consiguió convertir en repuestos aquellas piezas. Este fue el motivo de que fuera asignado a la misión. Así, si alguna fallaba algún día la podríamos cambiar. Aunque si se estropeaba una segunda vez ya nada podríamos hacer.

Afortunadamente pasaron miles de años hasta que falló por primera vez, y fue una de sus piezas básicas. Sabíamos que la tecnología que descubrimos en nuestro planeta era muy buena y resistente, pero no nos podíamos imaginar semejante duración. El problema del combustible lo solucionamos usando grasa de animal que almacenábamos durante años. Era una máquina biológica en cuanto a su funcionamiento.

De esta manera, pasaron miles de años, no sé cuántos exactamente, pero recuerdo que por entonces los anotaba y acabé perdiendo la cuenta. Tuvimos que mudarnos todavía más lejos cuando los hombres empezaban a habitar todo el globo. Aun así fuimos invisibles para ellos. Nunca supieron de nuestra existencia. Sin embargo, nosotros los veíamos de vez en cuando, cada pocos cientos de años.

Bien, llegó el día en que nos quedamos sin piezas reutilizables para la máquina por lo que setecientos doce marchó hacia el mundo de los hombres en busca de algo que le pudiese servir. Yo me quedé sola un par de años esperándole, deseando que nada malo le hubiese ocurrido y que pudiese volver con los repuestos. Y así, un día volvió, y con repuestos. Me dijo que encontró unas cuevas no a muchos kilómetros de allí (después de

vagar por medio mundo) llena de minerales y elementos de la naturaleza como cobre, estaño y otros. Con ellos pudo construir piezas de repuesto. Llegará el día, decía, en que los hombres descubran esa cueva y la excaven como de hecho ya hacían en otras partes del mundo.

He de deciros también, y ya voy acabando mi historia, que dejamos de usar el satélite en cuanto se averió. No nos molestamos en repararlo pensando que, a esas alturas ninguna secuencia genética encontraríamos ya.

Y así pasó el tiempo hasta hace poco cuando setecientos doce y yo tuvimos una pequeña charla. Me dijo que al día siguiente iba a ir a por más repuestos y también me contó algo que realmente me sorprendió pues creía conocerle muy bien. Me dijo que un día, hace cientos de años, recuperó el satélite y, aprovechando cierta tecnología que robo en una de sus incursiones en el mundo de los hombres (los cuales ya habían progresado mucho) lo reparó.

Cuando no estaba conmigo lo orientaba al espacio esperando encontrar algo y, un día lo hizo. Lo único que detectaba hasta entonces era la secuencia genética de doscientos trece la cual parecía haberse quedado flotando sobre nuestro planeta, pero entonces captó un mensaje aparentemente de respuesta. Provenía del otro lado del mundo y, según creía setecientos doce, habían encontrado la cadena de ADN de doscientos trece. No le dio mucha importancia en ese momento y dejó pasar algunos años. Años en los que, como dije, no dejó de pensar en el posible significado de lo que captó y que nunca más volvió a ver. Todo eso me contó aquella noche, pero pareció no darle mucha importancia y, francamente, yo tampoco se la di.

Hace aproximadamente un mes desperté y él no estaba. Supuse que se habría ido a buscar repuestos por lo que le seguí, quería acompañarle. No caí en la cuenta de la conversación hasta hace unos días. Supe que no fue a por repuestos ya que su rastro se desviaba mucho del camino. Llevo miles de años viviendo junto a él y no sólo eso, también gracias a mis habilidades no me era difícil seguir su rastro, su olor.

Ese rastro me ha conducido aquí. No aquí a este edificio, ya que me desvié a propósito al veros entrar en él. Pero estoy segura de saber adónde se dirige.

—¿Adónde? —pregunta Víctor.

—A un sitio al oeste de aquí. A unos cuantos kilómetros.

—Pero, ¿Qué hay en esa dirección? —pregunta Manuel.

—El Huevo —responde Víctor—. El sitio donde empezó todo. Al oeste de Madrid, en Badajoz, es donde está el complejo. Hemos de ir allí y detener a doscientos trece. Si tu compañero se dirige para allá y nosotros contamos contigo quizá consigamos matarle.

Los tres se dirigen al coche con el que llegaron al edificio y, mientras llegan al Huevo comentan y aclaran los puntos de la historia de seiscientos quince que no están del todo claros para ellos, especialmente para Manuel, a la vez que Víctor le cuenta su historia a la mujer. Ya en el coche, y, de camino al Huevo, trenzan sus historias y atan cabos sueltos para intentar comprender la magnitud de lo sucedido, y, de paso, encontrar la forma de detener a doscientos trece.

Tras una breve parada para repostar en una desierta gasolinera, prosiguen su camino hacia su objetivo del que apenas les separan ya más de dos horas.

## ESCAPANDO

La visión es prácticamente indescriptible. Al lado de varias máquinas y tubos de ensayo se ubican quince contenedores de cristal. En el interior de cada uno hay una persona sumergida en un extraño líquido verde. Patricia se apresura a taparle los ojos a su hija para que no contemple semejante espectáculo.

Rápidamente se dirige a la puerta que hay al fondo a su derecha y la abre esperando encontrar algún sitio menos escalofriante, quizá una salida de aquel horror. Al otro lado aparece ante ella lo que parece ser una despensa, una gran habitación repleta de estantes y armarios mostrando ingentes cantidades de comida. Patatas, carne, lácteos, dentro de lo que tiene pinta de ser una nevera.

Patricia considera que lo mejor que puede hacer en ese momento es dejar allí a su hija, escondida tras los estantes del fondo mientras ella recorre el lugar tratando de encontrar una salida. Tener que cargar con la niña sería un escollo demasiado grande si lo que pretenden es salir de allí cuanto antes.

La niña no tarda en comprender lo que su madre le explica que tiene que hacer y, pese a que tiene miedo, confía en su madre ya que sabe que volverá por ella.

Con gran dolor Patricia deja a su hija escondida en aquella despensa y, saliendo de la habitación, cierra la puerta por fuera. Decide que el único lugar por donde puede empezar a buscar la salida es por la puerta que se encuentra en el otro extremo del corredor, justo enfrente de su posición actual.

Recorre el pasillo a paso ligero sin mirar a su derecha para no tener que contemplar de nuevo aquel laboratorio inhumano. Aunque no lo ve Patricia sabe que allí continúan las quince personas encerradas, en sus tubos, sin

poder hacer nada, probablemente dormidos mientras que alguna retorcida mente experimenta con ellos. Pero, ¿quién ha podido secuestrarles a todos y con que motivo? Patricia no sabe que no solamente ellos han sido secuestrados, la humanidad entera ha desaparecido.

Al fin llega a su destino, y, abriendo lentamente la puerta, pasa al otro lado de la misma encontrándose en ese mismo momento en una habitación pequeña sin puertas. Unas escaleras bajan en la esquina mientras que un pequeño elevador está situado a la izquierda de la mujer. Patricia decide bajar por las escaleras por miedo a que el elevador le conduzca a un sitio del que no pueda volver, o se quede parado en mitad de ninguna parte impidiéndole huir. Imagina que habrá más gente como la que iba en su busca allí arriba, en las celdas, así que procura caminar haciendo el menor ruido posible.

Tras un breve periodo de tiempo llega a una nueva habitación, una altura por debajo de donde espera su hija. En ella encuentra los mismos elementos que en la visitada anteriormente, la del elevador y las escaleras que bajan. Decide seguir bajando por las escaleras y repite este proceso dos veces más hasta que llega a lo que parece ser la planta baja.

Parece, debido a que no hay más escaleras que bajen. En su lugar una puerta. Lentamente Patricia se dirige a ella y la abre temerosa de lo que se puede encontrar fuera. Quizá la salida, quizá no.

En cuanto la abre ve como frente a ella se encuentra otra persona que, en ese mismo momento intentaba abrir la puerta desde fuera. Es él. Y no está solo.

## UN PLAN

Víctor detiene el coche. Sabe que ya están muy cerca del Huevo. Indica a sus compañeros que se bajen del vehículo y continúen a pie desde allí. Es lo mejor si no quieren llamar la atención de Víctor cero.

Tras unos veinte minutos de caminata llegan a una loma bajo la cual se sitúa el Huevo. Desde su privilegiada posición elevada los tres supervivientes pueden ver el complejo en todo su esplendor, y no solamente el edificio, también la ingente cantidad de guardias que rodean el mismo.

—Está absolutamente lleno de guardias. Clones de Víctor Cero. Jamás podremos entrar ahí sin que nos vean —dice Manuel.

—Cuento cuarenta y siete desde aquí pero seguramente hay más por el otro lado —dice Víctor—. Tenemos que entrar como sea, hay que pensar un buen plan.

—¿Por qué no nos enfrentamos a ellos directamente? ¿Qué pueden hacernos? Les reventaremos la cabeza antes de que se den cuenta —dice Seiscientos quince.

— ¿Y si ellos cuentan con la misma habilidad que nosotros? —pregunta Víctor. Ya me he enfrentado antes a alguno de ellos y no he podido hacer uso de mi habilidad para derrotarle. Si cuentan con ella lo único que tenemos es nuestra fuerza bruta, y, pese a que seamos más fuertes, somos tres contra decenas, sin contar con que Manuel no tiene el poder del que gozamos nosotros.

—Lo tenemos bastante jodido entonces —dice Manuel—. No podemos enfrentarnos a ellos porque perderíamos, pero tampoco podemos pasar inadvertidos entre tantos. Es imposible colarnos sin que nos vean.

—Eso no es del todo cierto —dice Víctor—. Seiscientos quince y yo atraeremos su atención y tú te colarás por detrás. No tienen motivos para sospechar que somos más que nosotros dos. Los únicos que tienen habilidades extraordinarias que ellos conozcan, y ni siquiera deben contar con ella a estas alturas. Somos muy inferiores en número, pero podemos hacer que nos persigan un rato hasta que llegue el momento de la confrontación directa. Si no me equivoco usarán todos sus recursos para atraparnos. Seguro que Víctor cero les ha dado esas instrucciones. Ahora bien, si hemos de luchar contra todos perderemos irremediablemente, desde aquí no puedo verlo con seguridad, pero juraría que van armados.

—¿Y qué haréis una vez consiga entrar? ¿Me seguiréis dentro? —pregunta Manuel—. Entonces toda la horda de enemigos de ahí enfrente entrará también, y no habremos conseguido nada, sin embargo, si vosotros no venís conmigo jamás podré derrotar a alguien como Víctor cero yo solo.

—Ahora me acuerdo —dice Víctor—. Hay una garita justo al otro lado de donde nos encontramos. Cuando el resto de los Víctor y yo vinimos aquí hace tres días encontramos una especie de entrada secreta por allí. Bien, el plan es el siguiente entonces. Seiscientos quince y yo captaremos su atención, haremos como que queremos pasar inadvertidos escondiéndonos entre los árboles para que nos vean y vengan a por nosotros, cuanto todos nos persigan, que espero sea así o, si queda alguien vigilando la entrada tengas la suficiente pericia como para esquivarlo, tú entraras en el Huevo por la puerta trasera que está justo al otro lado. Cuando Seiscientos quince y yo veamos la oportunidad iremos a la garita y entraremos por el pasaje secreto sellándolo desde dentro de tal manera que no puedan entrar por ahí. Inmediatamente los guardias irán a las puertas principales de la instalación para atraparnos, pero eso es inevitable. Cuando logres entrar mira a ver si se puede sellar la puerta desde dentro para retrasarlos un poco. En cualquier caso deberemos encontrar a Víctor cero antes de que lleguen los guardias. ¿Lo habéis

entendido? —

Tanto Manuel como Seiscientos quince asienten con la cabeza conscientes de que es la única opción posible, y que, por arriesgada que sea tienen que jugársela ya que no tendrán otra posibilidad de acabar con Víctor cero.

A una orden de Víctor, Manuel se dirige hacia el otro lado del complejo no sin antes haber retrocedido unos cuantos metros para asegurarse de que no entraba de ninguna de las maneras en el campo de visión de los guardias. Cinco minutos después de su marcha tanto Víctor como Seiscientos quince llevan a cabo el plan. Ambos se dirigen en silencio hacia los árboles que se localizan frente al Huevo y, desde allí, caminan lentamente entre ellos, lo suficiente como para que les vean pero piensen que están intentando no ser vistos.

El plan funciona. Desde su actual posición, escondido tras unos arbustos, Manuel puede ver como los guardias se dirigen rápidamente hacia donde están sus compañeros. Todos ellos. Son más de los que contaron en un principio a juzgar por los cálculos de Manuel.

Sin embargo, y, a pesar de lo que Manuel creía, no todos se han ido a por Víctor y Seiscientos quince. Al menos dos se han quedado custodiando la entrada al recinto. Manuel sabe que no podrá contra dos. Quizá no podría ni contra dos que no tuviesen habilidades especiales. Recuerda lo que uno de ellos hizo el día anterior en el metro y se asusta ante la perspectiva de tener que atacarles. Pero ha de hacerlo. Sus compañeros se están sacrificando para darle una oportunidad.

Decidido coge una piedra y la arroja lejos de su posición golpeando unas ramas de un árbol. El viejo truco. Los guardias giran la cabeza al mismo tiempo hacia el lugar de donde procede el ruido y uno de ellos se dirige a comprobarlo.

Eso le deja un guardia al que enfrentarse, uno nada más, pero armado. En lo que parece ser una misión suicida, Manuel corre hacia él y, cuando el guardia lo ve, ya ha conseguido recorrer la mitad del camino que les separaba en un principio. El guardia levanta el arma, le quita el seguro y apunta a Manuel, pero este ya le ha alcanzado golpeándolo con la cabeza en el estómago como si de un violento miura encabritado se tratase, lo que propicia que el clon caiga de espaldas y pierda el control sobre su arma. Su compañero se percata de lo sucedido y corre a ayudarlo. No se atreve a disparar debido a la cercanía del extraño con su compañero. Parece que el plan de Manuel no ha funcionado. Y mientras, tanto Víctor como Seiscientos quince pueden estar en muy serios apuros.

El guardia se levanta y mira a Manuel, lo mira de la misma manera que lo hizo aquel hombre en el metro cuando mató a sus compañeros. Manuel

sabe que va a morir pero, sin embargo, se salva. Algo desvía la atención del guardia. Su otro compañero yace muerto en el suelo. Un hombre lo ha matado apuñalándole por la espalda.

En ese instante el extraño corre hacia el guardia, momento que aprovecha Manuel para agarrarle por la espalda con todas sus fuerzas. No tiene más remedio que confiar en el extraño. Este le alcanza enseguida y, clavándole el cuchillo en el estómago le abre las tripas. Lo ha matado. Manuel suelta el cuerpo del guardia sin vida. Acto seguido mira al extraño que se encuentra frente a él con el cuchillo ensangrentado en la mano mientras este le pregunta:

—¿Quién eres?

—Me llamo Manuel, estoy de tu parte, queremos entrar al Huevo para derrotar a Víctor cero.

Manuel se da cuenta de que le ha contado todas sus intenciones al extraño confiando en que este pertenezca a su mismo bando. En caso contrario estará muerto antes de volver a hablar.

—¿Estamos? —le pregunta el extraño.

—Sí, Víctor y Seiscientos quince, creo que se llama. Están distrayendo a los guardias para que yo pueda entrar sin problemas.

—Seiscientos quince —murmura el extraño—. Bien, entonces no debemos perder ni un segundo, ya habrá tiempo para explicaciones más tarde. Ahora debemos entrar en el edificio.

Haciendo caso al extraño ambos se dirigen a la puerta juntos. Manuel delante y el desconocido detrás de él asegurándose de que nadie les ve. Afortunadamente la puerta no está cerrada con llave ni precisa ninguna clave de seguridad, sin embargo, en el preciso instante en el que Manuel se dispone a echar mano del pomo, la puerta se abre desde dentro revelando la presencia de una persona frente a ellos.

## SOLUCIÓN FINAL

Al fin ha llegado. Tras mucho buscar Bermejo se encuentra frente al primer panel de control del Huevo. Es algo que solamente conocen él y el fallecido doctor Pérez. Él, como jefe de seguridad del centro de control de enfermedades está obligado a conocer el procedimiento. Un procedimiento que ni tan siquiera el jefe de seguridad del Huevo conoce. Una cuestión de protocolo y medidas de urgencia según decía el doctor Pérez para argumentar por qué el número uno de seguridad del proyecto Víctor desconocía este sistema.

Bermejo lleva tres días vagando por la ciudad, solo. Tras recibir la llamada del doctor Pérez advirtiéndole de que huyese lo más lejos posible ya que iba a destruir todas las pruebas que les incriminasen en el proyecto decidió ir al canal diez, al lugar donde trabajaba su hermano como presentador de informativos para desvelarle al mundo la verdad acerca del proyecto.

Sería juzgado y encarcelado por ello, pero no había otra opción en aquel momento. No, existiendo aún cuatro clones del sujeto cero libres y con la intención de liberarle.

Cogió el coche y se dirigió al edificio del canal diez cuando, de improviso, un coche colisionó con él. Golpeo al coche de Bermejo por detrás propiciando que este se golpease la cabeza a pesar de contar con airbag dejándolo inconsciente.

Cuando despertó, no sabía cuánto tiempo había pasado, pero era plenamente consciente de lo que había sucedido. Salió del coche y observó como toda la carretera estaba colapsada de coches estrellados unos contra otros ardiendo. Curiosamente no había un solo individuo en el interior de ninguno de aquellos vehículos.

Consternado ante tal imagen buscó posibles supervivientes en las cercanías, pero no pudo ver a nadie. No había nadie en los alrededores. Visiblemente asustado por este hecho corrió en dirección a Madrid desesperado e impotente. Por el camino contempló una y otra vez la misma escena, coches empotrados unos contra otros o contra la mediana de la carretera sin ocupantes.

Tras un par de horas caminando llegó por fin a la sede del canal diez. Subió hasta los estudios sin la esperanza de encontrar a su hermano. Si todo el mundo había desaparecido de repente ¿por qué iba a encontrar allí a su hermano? ¿Por qué iba a encontrarlo a él cuándo todo el mundo parecía haber desaparecido? Y así fue. Nadie. Lo único que vio tras buscar durante un rato fue un plató de telediario con una cámara encendida. Pero nada más.

Decidió no tocar nada y salir de allí. Sin saber realmente que hacer pensó en el Huevo. En que podía ser que en aquel mismo momento el sujeto cero estuviera libre. No sabía cuánto tiempo pasó inconsciente, sin embargo, sí sabía que se dirigía en coche a la cadena por la tarde por lo que en ese momento estaría a punto de anochecer. No obstante, tardó mucho tiempo en llegar a Madrid por lo que supuso que debía haber transcurrido un día entero desde que tuvo el accidente.

Sin más preámbulos buscó un vehículo y puso rumbo al centro de control de enfermedades. Ya sabía lo que tenía que hacer. Si el sujeto cero permanecía todavía en el Huevo activaría el sistema de autodestrucción de

la instalación matándolo en el acto, y si ya no estaba allí, al menos destruiría toda la maquinaria que poseían en aquel lugar.

Tardó dos días en llegar al centro de control de enfermedades ya que pasó casi la totalidad de uno de ellos descansado en un motel de carretera. Ahora está allí, frente al primer dispositivo de autodestrucción de los tres que existen. El doctor Pérez lo diseñó de tal manera que aun pudiendo producirse un fallo en el sistema o un fallo humano que provocase la activación de uno de los dispositivos, el Huevo no se destruyese por completo. Para eso es necesario activar los tres dispositivos que se sitúan en las distintas plantas del centro, y, aun así no se destruiría el centro por completo. Resistiría una pequeña habitación diseñada especialmente para tal efecto en la que podía protegerse alguna maquinaria importante o la gente misma.

Pero la sala estaba bien oculta dentro del complejo siendo prácticamente inaccesible a alguien que no supiese que existía y dónde se encontraba con total seguridad.

Sin más dilación activa el primer dispositivo de autodestrucción y se dirige al segundo. No puede saber desde donde está si su plan tiene éxito o no, pero está casi seguro de ello. Es imposible que nada salga vivo de una reacción en cadena de explosiones de semejante magnitud.

Tarda menos de cinco minutos en llegar al segundo dispositivo, el cual activa rápidamente. Queda uno. De nuevo, en menos de cinco minutos se encuentra frente al tercero. Es el fin del Huevo. Lo pulsa. Ya nada más puede hacer. Su parte en esta historia ha terminado. En este mismo momento en el Huevo se deben estar produciendo una serie de explosiones que hundirán por completo la instalación.

Una vez hecho esto, Bermejo se deja caer al suelo y comienza a llorar desesperado sin saber qué hacer a continuación. No hay nadie más ahí fuera, piensa. Sólo él.

## EL FINAL

Ha sido impresionante. La explosión pilló a Manuel totalmente por sorpresa. Realmente no se trató de una única explosión sino de un cúmulo de ellas que fueron destruyendo el complejo poco a poco. Fue sorprendente. Nada más abrir la puerta y contemplar el rostro de su esposa, un fuerte ruido le sobresaltó. Algo había explotado en el interior del huevo. Entonces todo fue muy rápido. Enseguida una cadena de explosiones comienzan a producirse al otro extremo de donde ellos están. Su mujer, aliviada por haberle encontrado, da media vuelta y echa a correr al interior del huevo. Manuel le grita que no entre que va a explotar pero ella no le hace caso. Se limita a gritar que debe rescatar a su hija mientras se va. Cuando oye esto Manuel toma la decisión de entrar con ella a ayudarla. Si su hija está dentro del complejo morirá si no hacen

algo.

Pero el desconocido se lo impide. Le agarra de los brazos y tira de él obligándole a huir lo más lejos posible del complejo. Todo esto ocurre en segundos. Cuando se encuentran a apenas veinte metros el complejo entero vuela por los aires. La onda expansiva de la explosión les impulsa hacia adelante haciéndoles chocar contra el duro suelo varios metros más allá. Cuando Manuel se levanta visiblemente aturdido por el golpe se gira y contempla lo que queda del Huevo, metal fundido y escombros por todas partes. Instintivamente corre hacia el derruido complejo con la esperanza de encontrar sanas y salvas a su mujer y a su hija, pero no tendrá tanta suerte.

Mientras tanto el desconocido se incorpora y observa como dos personas se acercan hasta su posición desde la distancia. Cuando está lo suficientemente cerca consigue distinguir a Seiscientos quince como una de esas personas. Le acompaña un desconocido que posee el mismo aspecto que Víctor cero, si es que no es él, piensa. Cuando llegan a su altura la mujer le dice:

—Setecientos doce, al final nos hemos encontrado, pero ¿qué haces aquí?

—Luego te lo explicaré todo, pero antes dime, ¿quién es este hombre que te acompaña y que se asemeja a aquel que nos trajo la desgracia?

—Es Víctor quince, un clon de aquel que nombras, me ha ayudado a intentar destruir a Víctor cero, el original.

—No entiendo muy bien de lo que me hablas. ¿Recuerdas cuándo te dije que iba a por material para la máquina tras aquella conversación que tuvimos acerca de ese que llamas Víctor cero? No fui a por material realmente. El día anterior a nuestra conversación capté una secuencia genética con el satélite. Ya sé que debería habértelo dicho y tengo que explicarte muchas cosas todavía pero déjame contarte únicamente lo imprescindible. La secuencia que encontré fue la de doscientos trece que siempre estuvo ahí realmente, pero pude comprobar como otra señal interfería con ella. No sé muy bien a qué es debido y tampoco cuándo se produjo este hecho, ya que en el espacio no existe el tiempo como nosotros lo entendemos aquí y puede que esa interferencia fuese emitida hace años pero yo la capté en ese momento. Era una respuesta procedente de la tierra a lo que parecía ser la pregunta de la secuencia genética. Eso significaba que si alguien en la tierra había descubierto el código genético de aquel individuo podría clonarlo si es que disponían ya de tal tecnología. Consciente del problema que supondría que aquel ser volviese a la vida decidí seguir el rastro de las ondas para impedirlo. Por eso me fui tan precipitadamente y no te comuniqué mis verdaderas intenciones. Lo

siento, pero solamente intentaba protegerte.

—Por eso has venido a parar aquí —dice Seiscientos quince—. Es donde la señal te ha conducido, al lugar original donde clonaron a doscientos trece. Pero como dices captaste esa respuesta años después de que se emitiera, ya que lograron clonarle y retenerle en este complejo donde experimentaron con él y lo clonaron un total de quince veces. Este que va conmigo es su clon número quince. Él junto a los otros intentaron detenerle, lamentablemente sólo él sobrevivió. Me encontró junto a otra persona llamada Manuel que ahora mismo no sé dónde se encuentra.

—Ha ido a comprobar si en los restos del edificio puede localizar a su mujer y su hija —dice el desconocido ahora identificado como Setecientos doce.

—No sabía que su mujer estaba en el interior del edificio así cómo su hija —dice Víctor quince.

—Parece ser que él tampoco, a juzgar por la sorpresa que se ha llevado al verla —afirma Setecientos doce.

Mientras los primeros hombres y Víctor quince hablan entre sí Manuel busca entre los restos a su mujer y su hija con la esperanza de encontrarlas con vida. Tras levantar montones de escombros y gritar sus nombres sin recibir respuesta las localiza. Sepultadas bajo varias toneladas de metal yacen muertas. No ha sido capaz de salvarlas. Después de tanto buscarlas tras recibir aquella extraña llamada de su mujer finalmente ha llegado tarde. Manuel grita de dolor y llora. Ahora nada tiene sentido para él.

—Parece que están muertas —dice setecientos doce.

—Desgraciadamente. Lo que también parece es que Víctor cero ha muerto también sepultado junto a su edificio. Nunca sabremos cómo ha podido hacer para evaporar a toda la gente de este planeta, así como qué debemos hacer para revertirlo— dice Víctor quince. Con él parecen haber muerto también todos los clones que custodiaban la instalación. Al menos no puedo ver a ninguno de ellos por aquí. No deben haber podido salir una vez les obligamos a perseguirnos dentro.

—Si eso es así —comienza Setecientos doce—, entonces nosotros cuatro somos los únicos seres vivos sobre el planeta, como antaño lo fuimos ella y yo.

—Eso no es del todo cierto amigo mío —dice una voz que se percibe lejana—. También estoy yo, ¿o es que pensabais repartiros el pastel sin

contar conmigo?

Los tres supervivientes se giran para comprobar que quien había dicho todo eso no era nada más y nada menos que Víctor cero.

—No puede ser —dice Víctor quince sorprendido—. Estabas en el interior cuando esa cosa ha explotado. Debías estar dentro.

—¿Por qué debía estar dentro según afirmas, pequeño clon? Acaso habéis entrado para comprobar si yo estaba en el interior del Huevo. La verdad es que lo estaba, pero la alarma de autodestrucción saltó justo a tiempo para permitirme escapar por la trampilla que lleva a la garita. Esa misma que tú usaste el otro día cuando te perseguía y no fui capaz de ver.

—¿Pero quién ha activado el sistema de autodestrucción? Manuel no ha llegado a entrar cuando comenzaron las explosiones. ¿Acaso uno de tus guardias te ha traicionado? —pregunta seiscientos quince.

—Eso es imposible ya que todos estaban intentando mataros. Esas fueron mis órdenes. Desconozco quien ha podido hacerlo ya que yo estaba en el interior del edificio solo, pero eso ahora es irrelevante, nada impedirá que continúe con mi plan. Si bien es cierto que me llevará un poco más de tiempo llevarlo a cabo. Por otro lado, todos mis clones han muerto lo cual me viene muy bien en cierta manera ya que prefiero no tenerlos cerca en tanto número cuando las cosas comiencen a funcionar como yo quiero—

—Es decir —comienza Manuel que acaba de unirse al grupo—. Quedamos sobre la tierra nosotros cinco.

—Así es —le responde Víctor cero—. Un número demasiado elevado para mi gusto. He de acabar con vosotros cuatro ahora mismo para no tener que solventar más contratiempos como este en el futuro—

—Hijo de puta —dice Manuel—. Has matado a mi mujer y a mi hija, juro que aunque sea la última cosa que haga acabaré con tu miserable vida.

—¿Y cómo se supone que vas a hacer eso? No tienes ni una sola habilidad, eres basura comparado con tus compañeros.

Como respuesta a semejante afirmación e impulsado por la ira provocada por la muerte de sus seres queridos, Manuel se lanza a por Víctor cero con la única intención de matarle. Lo hace sin pensar en nada, sin darse cuenta de las habilidades que aquel sujeto posee y que pueden acabar con su vida en un abrir y cerrar de ojos, como finalmente ocurre. Antes de que Manuel alcance a Víctor cero muere víctima de la más brutal de las decapitaciones. Su cabeza estalla violentamente salpicando a todos los presentes con los restos de materia gris y manchando sus ropas con

sangre.

Víctor cero sonrío mientras el cuerpo de Manuel se precipita contra el suelo de donde ya nunca más se levantará. Lleno de ira Víctor quince ataca a la persona de la cual le clonaron sabiendo que a él no podrá matarlo de esa manera, porque cuenta con la misma habilidad que él. Lo golpea violentamente en la cara a lo que Víctor cero responde y, así, se enzarzan en un brutal combate cuerpo a cuerpo. Seiscientos doce y seiscientos quince no tardan en incorporarse a la pelea. Entre los tres logran sujetar a Víctor cero y golpearle en el estómago mientras este no puede defenderse.

Pero no todos sus atacantes son como él, mientras que seiscientos doce y setecientos quince son congéneres suyos, habitantes de su mismo planeta con las mismas habilidades desarrolladas que él, Víctor quince es un clon parcial del mismo. La única habilidad con la que cuenta es la del aumento psíquico que a su vez permita reventar las cabezas de los que no poseen tal aumento. Sabiendo esto Víctor cero eleva su temperatura corporal a niveles por encima de lo humano propiciando que Víctor quince lo suelte y, aprovechando la confusión logra desembarazarse de sus dos compañeros de planeta.

Ahora frente a los tres últimos enemigos con capacidad de hacerle frente en todo el globo Víctor cero lleva a cabo el plan que tenía ideado desde el momento en que se quedó solo en el Huevo hace unos días. Saca un artefacto de su bolsillo que los otros enseguida identifican como un detonador. Sin tiempo para pensar Víctor cero activa el interruptor provocando que el poderoso explosivo que llevaba oculto pegado a su cuerpo explote llevándose a todos por delante.

Víctor cero ha muerto. De eso no hay duda. Su cuerpo está lejos de poder ser reconocido ya que no quedan más que restos esparcidos por el suelo. De sus tres enemigos poco más se sabe. Setecientos doce yace en el suelo abrasado por la onda expansiva de la explosión. Los cuerpos de Víctor quince y setecientos quince ni siquiera se ven por los alrededores. Solamente un par de miembros mutilados acompañan al cadáver de seiscientos doce. Un brazo y una pierna, aparentemente de personas distintas.

El plan de Víctor cero ha salido a pedir de boca. Ha conseguido eliminar a los únicos rivales que quedaban en la Tierra capaces de detener su plan y frenar sus ambiciones. Habiendo previsto que en algún momento el Huevo sería atacado por su último clon y, no sabiendo que le acompañarían aquellos dos, los cuales pensaba que ya no vivirían, pues hacia millones de años que los encontró por última vez, desalojó la máquina de clonación del edificio y la instaló junto a una pequeña gasolinera a unos pocos kilómetros de allí. Construyó un control remoto de tal manera que, una vez activado, la máquina comenzaría a reproducir la secuencia genética

original de Víctor cero consiguiendo clonarle apenas una hora después de activarla. Hoy, una vez el Huevo fue atacado por aquellos tres desconocidos, Víctor cero fue a la sala segura del Huevo que descubrió pocas horas antes y, allí activó la máquina de clonación para que hiciera su trabajo una hora después. Equipándose con el aparato explosivo que pondría fin a su vida se dirigió a por los tres o cuatro enemigos que todavía continuaban con vida mientras contemplaba como el Huevo era destruido por una serie de explosiones que, eso sí, él no había previsto.

Ahora el lugar donde durante tantos años se encontraba el Huevo no es más que un páramo desierto lleno de cadáveres, escombros y fuego. A pocos kilómetros del lugar la máquina de clonación ha completado su trabajo. Del interior sale una persona conocida. Surge Víctor cero con vida. El último hombre sobre la faz de la tierra.

213 continúa con una tercera parte que publicaré próximamente en me gusta escribir. Si queréis leerla ya o simplemente apoyar mi obra podéis comprar el libro en Amazon en [https://www.amazon.es/213-Sergio-Hern%C3%A1ndez-Montiel/dp/1096439255/ref=sr\\_1\\_2?\\_\\_mk\\_es\\_ES=%C3%85M%C3%85%C5%BD%C3](https://www.amazon.es/213-Sergio-Hern%C3%A1ndez-Montiel/dp/1096439255/ref=sr_1_2?__mk_es_ES=%C3%85M%C3%85%C5%BD%C3)

2